



NOS DUELE BOLÍVAR

José Sant Roz

Contenido

Sobre otras obras de José Sant Roz Velásquez, Ramón J.

Prólogo a la segunda edición Chalbaud Cardona, Eloi

Nos Duele Bolívar Sant Roz, José

Bolívar como amuleto contra la muerte Sant Roz, José

Bolívar contra la inmovilidad Sant Roz, José

El crimen de la solemnidad Sant Roz, José

El arido fruto del mañana Sant Roz, José

En la presencia esta el crimen Sant Roz, José

Nuestra sangre Sant Roz, José

Bolívar es todavía un enigma Sant Roz, José

Bolívar y los EE.UU. Sant Roz, José

Santander el estafermo de las Leyes Sant Roz, José

Santander, Nariño y nuestro presente Sant Roz, José

La guerra a muerte Sant Roz, José

Nuestros congresos Sant Roz, José

Libertinaje Constitucional Sant Roz, José

1825 Sant Roz, José

Páez el mañoso Sant Roz, José

Otras herencias funestas Sant Roz, José

Bolívar, el tirano Sant Roz, José

Danza de espeluznos y calofríos Sant Roz, José

De sus detractores Sant Roz, José

Otras detracciones Sant Roz, José

La saña de sañado Sant Roz, José

La viveza, plaga Nacional Sant Roz, José

Una consecuencia del delito político Sant Roz, José

Ejemplos de verdadera amistad Sant Roz, José

Amigos fieles hasta la muerte Sant Roz, José

Bolívar el poeta Sant Roz, José

Busca un puerto y el barco de la muerte se lo lleva (un paralelo entre el final de Bolívar y el final Tolstoi) Sant Roz, José

El mendigo iluminado Sant Roz, José

Al final, la noche Sant Roz, José

Sobre otras obras de José Sant Roz Ramón J. Velásquez

La capacidad para entender la psicología de un pueblo y penetrar en los secretos de la crisis nacional que lo conmueve hacen del libro de José Sant Roz sobre Colombia un texto de indudables valores políticos, sociológicos y literarios.

Es digno de atención el interés que el guariqueño José Sant Roz, ha mostrado por el conocimiento de la nación colombiana y por el estudio de sus figuras políticas fundamentales. Siendo vecinos y aparentemente unidos por lazos perpetuos, nuestro desconocimiento de Colombia abarca también la zona de los letrados y dirigentes del país. José Sant Roz se ha propuesto estudiar la historia y conocer la gente, en busca de una interpretación cabal de lo colombiano. Ahora escribe un libro sobre Obando, el dramático personaje de los días fundadores de la República. Conversa con los guerrilleros de 1988, y, al mismo tiempo entabla diálogo con quienes hace más de un siglo comenzaron esta historia de violencia y pasión interminable.

José Sant Roz que pertenece a una familia de escritores, es matemático, graduado en la universidad de California, ejerce la docencia en la Universidad de Los Andes y realiza con éxito su labor universitaria. Pero igualmente, su vocación de escritor y su afán de investigador le abren el camino de las letras y la historia.

Caracas. 26 de abril de 1988

Prólogo a segunda edición

El amigo José Sant Roz, ha querido que mi nombre aparezca en la segunda edición de su obra "Nos duele Bolívar", ahora corregida y ampliada. No me he negado a complacerle en sus deseos por dos razones. Es la primera, porque creo que el autor me distingue con ello. La segunda el deber en que estoy de contribuir siempre, Aunque sea en forma muy modesta, al mantenimiento y exaltación de las labores del espíritu. Y esta obra es eso: un gran esfuerzo del pensamiento dedicado a enaltecer. a través del dictamen ponderado,destacadas facetas de la vida del Padre de la Patria.

Trata el autor de colocar en el sitio que históricamente les corresponde a cabal idad, a aquellos hombres, civiles y militares quienes, en medio de la lucha por la independencia de América, no quisieron o no pudieron comprender la grandeza del Héroe y, con su conducta, fueron sus más protervos adversarios. La historia, a unos más que a otros, ha señalado claramente con su dedo acusador. Sus nombres estarán siempre oscurecidos por su propia sombra.

Para mitigar su angustia de escritor, Sant Roz, coloca en estas páginas su paralelo entre Bolívar y Tolstoi, el cual es una muestra de cómo el autor procura calar en la psicología de ambos personajes. Con talento y discreción.

Sentimos honda pena cuando, al adentrarnos en el conocimiento de la historia de las posteriores repúblicas latinoamericanas, nos encontramos conque aquellos grandes crímenes que se fraguaron y ejecutaron contra las doctrinas políticas, programas militares y la vida misma del Libertador, han venido repitiéndose hasta hoy entre los personeros a quienes ha correspondido en estos países el manejo de los destinos públicos. Enanos, desde luego, si los comparamos con aquellos guerreros y caudillos de la emancipación. En todas partes se hacen acusaciones y se señalan, con nombres y apellidos, a quienes se han considerado responsables del atraso político, económico y social de la América Latina. Pero, ¿son apenas esos personeros. a quienes la critica histórica señala, los únicos culpables?. No lo creemos. Pensamos, sí, en que el mal está en la sangre. No son meramente los posteriores caudillos civiles y militares los responsables: la enfermedad se encuentra en la conformación del pueblo mismo. Ese pueblo enfermo del cual a veces nos han hablado historiadores y sociólogos.

"Nos duele Bolívar" es un libro, cuya lectura nos obliga a meditar.

Eloi Chalbaud Cardona.

Mérida. 16 de septiembre de 1986

Nos Duele Bolívar

Una prueba evidente de la falta de nuestra memoria es nuestra ignorancia del porvenir.

León Bioy

Es diciembre, 17 de diciembre -año de 1980-mañana prematuramente brillante por aquí en San Diego, California. El día promete ser bueno para los demás; en uno ya comienza a cuajar en el aire y en los colores del cielo un dejo de melancolía. ¿Sé deberá a esta tierra extraña, lejana, o a los recuerdos miserables de la trastornada historia de mi pueblo? Remordimientos, soledad. A mi lado, un periódico: Los Angeles Times; en él, una foto del Libertador Simón Bolívar, erguido, espada al cinto, sereno, jovial, de mirada apacible. En un artículo se nos recuerda que hace ciento cincuenta años murió el Libertador.

Es un instante para reflexionar. Hace más de cuatro años que no visito mi país y tal vez los venezolanos transplantados a otras tierras mejoramos un poco. Mejoramos para hacer un balance más sincero y humano de nuestra historia: nuestra única historia, que comienza en 1810 y termina en 1830 con la muerte del Libertador. Después de 1830 pudiera hablarse de la historia atroz de nuestra desesperanza, la historia de nuestros remordimientos o la historia de nuestra desintegración moral. Desde entonces, no hay un solo hecho político por el que nos sintamos dignificados como hombres, como pueblo, como nación.

El título del artículo es un tanto siniestro: Simón Bolívar was despot at heart. Buena manera que tiene esta gente de recordarlo. Después de todo, los yanquis no tienen por qué quererlo, ya que Bolívar nunca les quiso. Sin embargo uno no deja de pensar en la honda ingratitud, recelo e injusticia que a veces se ha mostrado hacia el Libertador tanto en Venezuela como en el resto del mundo. Existen volúmenes completos sobre los detractores de Bolívar. En Colombia y el Perú, igual que en la Argentina, se cuentan por centenares los escritores que han tomado la pluma para denigrarle. De todos ellos, el caso más lamentable ha sido el de Ricardo Palma.

Pero contra Bolívar no se puede, así como, por ejemplo, no se puede luchar contra el ciclo de las estaciones. No hay nada personal en él por lo que se le pueda criticar: ni deseos terrestres, ni sentimientos torpes o vacíos, turbias satisfacciones o vaguedades

intrascendentes. La historia cada día nos lo muestra más limpio, más erguido y profundo a pesar del cúmulo de mentiras que sobre él se han lanzado.

Como en lo político interviene de un modo radical el interés provechoso y materialista de la sociedad -luchas de partidos, deseos frénéticos de figuración, residuos de venganza o rencor, divergencias raciales y miserias nacionalistas-, no ha habido héroe, santo o genio que no haya sido devorado, escarnecido por la estupidez humana. Ese es el complemento de la pena, decía el propio Libertador.

Es tan cruel esta verdad, tan probada y repetida en la historia, que parece una insensatez, una miopía terrible, la actitud de aquél que se mete a redentor, a salvador del mundo. Debería saber que a cambio sólo recibirá la calumnia, el odio atroz, la persecución, la muerte e ingratitud a través de todos los tiempos.

¿De dónde sacaron que Bolívar era un déspota de corazón? Sin duda que de la lectura de sus detractores, sobre todo de Salvador de Madariaga. Antes de entrar a considerar en detalle cada uno de los aspectos más resaltantes del Libertador -como estadista, poeta, militar, visionario- permítasenos hacer una rápida semblanza de esa vitalidad tan templada que ha sido la razón por la que tantas veces se le ha llamado déspota y tirano. Ante todo, parece más bien sobrehumano que Bolívar permaneciera intacto a las tentaciones de cometer desmanes terribles en una guerra tan violenta como fue la nuestra. Por el contrario, permanece impávido, seguro en sí mismo, casi un dios, cuando todavía muy joven y con serenidad dice: Españoles, si persistís en ser nuestros enemigos, alejaos de estas tierras, o preparaos a morir.

Esta simple declaración muestra a Bolívar como al predestinado a darnos libertad. Es la sentencia sólida, neta y formal de quien está compenetrado de una idea, de un valor y de una decisión más poderosa y consistente que la muerte. Es la sentencia del que va a regar de heroísmo toda la extensión de un continente; a levantar esclavos, a someter verdugos, hacer marchar a los hombres, a la tierra y al cielo en una espiral de anhelos y hazañas infinitas. Erguido y sereno como la foto que tengo a mi lado, lanzó al mundo esa frase que sería la tumba y el fin de un reinado. En Bolívar la palabra era acción y a veces más que acción, un fenómeno que se penetra a los acontecimientos, a los hombres. Su despotismo era el verbo y la acción rectificadora del mal.

Como dictador supo coordinar el poder político y militar en una dirección de efectivo humanismo. Está claro que guerreros y hombres audaces sobran en Venezuela para abatir dos o tres escuadras como las que vinieron de Morillo, pero no hombres que encarnaran mejor que el Libertador cohesión tan prolífica en áreas disímiles del pensamiento como eran lo militar, político y filosófico. Era un escritor nato de una sutileza psicológica certera y penetrante.

Pero lo que pasma del Libertador es su vitalidad, su constancia en el trabajo, su lucha obsesiva contra la inmovilidad. Él sabía que mientras hubiera vida habría conflicto y que antes de desertar era preferible morir en el combate. Pero no esperaba que el combate acudiera a él: Bolívar lo buscaba, desafiaba a los mil demonios de la locura con un desplante suicida. Llevaba sobre sí la dolorosa y terrible cruz de la dignidad y la libertad de un continente.

Hombres enérgicos y épicos como San Martín y Sucre terminaron inclinándose ante su genio, ante su prodigiosa capacidad para afrontar el peligro y las adversidades. Dice José Martí: ¡Qué hombre sería Bolívar, para que personajes del fuste de San Martín, Jefe del ejército, Jefe de Estado, dueño de verdes laureles, le ofreciera, apenas lo vio y lo oyó, ponerse a sus órdenes! ¡Qué hombre para haber inspirado la veneración que inspiró a varón tan probo, tan austero, tan recto y de tan analizador y descontentadizo espíritu como el del Gran Mariscal de Ayacucho!

Sin Bolívar la revolución no habría tenido la gloria y el hálito sagrado que todavía sopla entre nosotros. Era la eficacia rectificadora en una guerra cruel y bárbara. Todo se impregnaba de heroísmo a su lado: hasta el deseo de encarar la muerte tenía un sabor de aventura: es él, la evidencia de algún milagro, el peregrino de la gloria y la abnegación más absoluta.

Alguien dijo, en aquellos tiempos, que la vida sólo se justificaba para servir bajo las órdenes del Libertador. Nosotros, los de esta generación, lamentamos amargamente no haber tenido aquella oportunidad de servicio.

Es que Bolívar no era un político de frases multitudinarias y resonantes, de esas con que tanto se alucina a la juventud de hoy y de siempre; él no utilizaba los términos revolución o liberal sólo con el cerebro, sino que los hacía acción. Era el déspota en permanente desafío contra la nada, contra la inmovilidad, contra la indolencia y el olvido de nuestro propio destino.

Los jóvenes de hoy que están condenados a sufrir la verborrea de los negociantes de partido, padecen el crimen de que se haya separado lo místico de la política. Hoy nuestros políticos han perdido todo interés por la historia, por la épica, por la religión y la filosofía y ésta es la razón por la que no hay verdaderos cambios en los hombres, ni en las ideas, ni en el sistema. ¡El hombre -hay que gritarlo a los cuatro vientos-, más que formas políticas o instituciones, desarrollo económico o tecnológico, necesita urgentemente valores espirituales, fe en sí mismo, respeto por la vida y la verdad! Bolívar perseguía básicamente estos principios con una voluntad de sacrificio grandiosa, quijotesca, y éste ha sido el crimen de su despotismo.

Añádase a su despotismo el que Bolívar fue, en política, un hombre sometido al rigor de las leyes más absurdas que país alguno haya inventado. Esto por una parte lo ha hecho el genio más trágico del siglo diecinueve: su sensibilidad, su pasión y toda su obra grandiosa nace y vive en medio de las más frustrantes y devastadoras contradicciones. Libera un extenso territorio donde los grupos humanos no llegan siquiera a la condición de pueblo; acostumbrados por siglos a ser esclavos, de pronto, en la libertad, todos quieren mandar y nadie obedecer. Se genera entre los salvajes militares, orientados por el cinismo funesto de los cortesanos intelectuales, una desastrosa anarquía que desintegra y apaga la inmensa obra que fue la organización de la Gran Colombia. Es doloroso ver al hombre más asombroso de la América del Sur perdido, inmóvil ante el caos, ante el escándalo incontrolable de la calumnia, la intriga y la agresión. Lágrimas trágicas nos acompañan en el silencio presente de esta historia culpable, cuando en sus últimos días dice: Quisiera yo saber qué es lo que pudiéramos hacer... Yo no sé a qué

aspiramos, ni qué fin nos proponemos en nuestros sacrificios... Nosotros no podemos formar ningún gobierno estable, porque nos faltan muchas cosas, y sobre todo hombres que puedan mandar, y que sepan obedecer... Yo no sé qué hacer, ni qué aconsejar. Aquí no se puede respirar sin conmoción, y no se puede conmover sin explosiones horribles. No hay base sólida y fija, no sé sobre qué debemos contar... Deseara poderme mover pero no sé - nótese lo enfático en el no sé-de qué manera, de suerte que si los nuevos peligros que van a sobrevenir no me indican el camino que debo seguir, tendré que permanecer en la inacción, porque no veo más que incertidumbre y amenazas.

Bolívar como amuleto contra la muerte

Contra la estupidez, los mismos dioses
luchan sin alcanzar la victoria.
Schiller

Lo escrito anteriormente fue el comienzo de un trabajo que hice sobre nuestra historia de independencia. No me considero historiador. Sencillamente, escribo esto con el sentimiento de mi experiencia, del conocimiento que he tenido de los hombres; con el dolor de las frustraciones bajo el duro y violento desafío del oficio de vivir. En este trabajo estaremos del lado de la poesía trágica.

No podemos sustraernos de la deuda humana y moral que como venezolanos debemos a Simón Bolívar. Porque, ¿qué sería Venezuela, Latinoamérica entera, sin la obra magna del Libertador? ¿En quién se habrían inspirado los héroes del pasado para llevar a cabo sus luchas, y mantenerse firmes en medio de las borrascas, de las amargas derrotas? Bolívar es munición, canto y esencia de la honda revolución moral que está por venir. Con Bolívar nos formamos en el misterio de nuestras soledades hacia una realidad compenetrada de aventura, valor, creación; él nos infunde un esfuerzo demencial contra el hediondo curso de la muerte. A él acudimos con la esperanza y la posibilidad de otra vuelta más en la espiral de la vida.

Cuanto más conocemos su obra, tanto más nos domina la fuerza de la soledad. Es como la necesidad de una compenetración con el silencio místico. Acorralados y sin salida por un hondo escepticismo de lo que nos rodea, la única esperanza fatal que se vislumbra es el olvido; el olvido de nosotros mismos. Pero si hemos estudiado la obra de Bolívar, ésta se nos revela como una luz que quema. Nos decimos: ¿Pero ese hombre existió? ¿De dónde sacó su esperanza, su fe, para adentrarse en el oprobio de la guerra, de las debilidades y miserias del hombre? ¿Por qué su genio no lo convirtió en un incrédulo irremediable ante nuestro caos? Su desafío es una revelación: un amuleto práctico que nos llena de valor y de deseos de vivir. Entonces volvemos a creer en la salvación del misticismo, en los hombres, en un modo de morir con la posibilidad última de permanecer fiel a nosotros mismos...

Sacudimos nuestros nervios, nos templamos un poco para atrapar con valor a la realidad. Puede que no haya mucho orden en nosotros y es porque no queremos ser unos brutos lineales y perfectos; preferimos el argumento de la locura para salvarnos. Para salvar esa verdad que Bolívar nos muestra más allá de la muerte, del tiempo y de todos los espacios. ¡Déjenos, pues, hablar!...

Bolívar contra la inmovilidad

Mi sinceridad es tal, que me considero criminal en todo aquello que reservo.
Bolívar

Tal vez somos egoístas con las personas que amamos y creemos que nuestro amor es el único verdadero y sagrado de cuantos podrán haber y han habido. En ocasiones me he callado el nombre de Bolívar en un instante que merecía nombrarse y utilizarse como una espada de claridades, de convencimiento, de concordia; mucha gente de este país está indigesta de ignorancia y además recargada de una imagen petrificada y endiosada del Libertador que les impide el discernimiento propio. Para muchos, Bolívar es un hombre que ya pasó, y se le recuerda de acuerdo con el calendario o con motivos meramente oficiales, de gobierno. Por supuesto, que esta beatería patriótica nada tiene que ver con el heroísmo ni con la justicia sincera de quererle; por eso, al ver sus monumentos, llegamos a sentir que de veras el Libertador está muerto; enterrado en el centro mismo de la tierra. Y así, mientras los gobiernos se dedican a quererle decorativamente, uno se pasea cabizbajo y silencioso bajo la inmensa bóveda de este continente que es la representación silenciosa de su grandeza, de su virilidad.

Nos pasa que, al contemplar las montañas de nuestra tierra, nos corre la sensación que de ella brotarán bruscamente aquellos poetas guerreros que la recorrieron. No hay un solo trazo de nuestro territorio que no haya sido recorrido por Bolívar, sentido y amado por él con esa nostalgia profunda que está en el devenir trágico de las contingencias. Bolívar sufría constantemente las fatigas acuciantes de sus propias revelaciones y en la contemplación de esa naturaleza fastuosa tuvo la premonición de su grandeza y las funestas contradicciones que le esperaban. Cualquiera sea el lugar de Venezuela donde nos encontremos podemos decir con melancolía: Aquí estuvo Bolívar. Desde aquí calculó la avanzada del enemigo. Bajo un fuerte chaparrón cruzó impávido, sombrío, las grandes extensiones de las escarpadas tierras orientales. Allá, en aquella montaña, él, que tanto gustaba de las alturas, debió pasar una noche entera midiendo lo inconcebible de su misión; palpando los abismos de la más absoluta soledad. Ríos, selvas tupidas, manglares, sol y mar están empapados de su presencia exuberante. La eternidad se nos mete en los huesos, en esos segundos entusiastas de nuestra contemplación interior:

misantr6pía, ilusiones y locos desafíos sacuden el momento estéril de nuestra inmovilidad. Sufrimos la acción del pasado envuelto en ese paisaje, petrificados de mismidad, de arrebatos gloriosos, de impotencia y de honda melancolía. Repito, es que el aire, los caminos y los colores están impregnados de lo inaudito y contradictorio de esta naturaleza tropical, que no es otra cosa que la propia naturaleza del Libertador... los linderos de su especiosa obra. Toda esa naturaleza tiene el ritmo de sus discursos políticos y proclamas implacables, el vigor de sus ataques y el corazón despótico ante el horror de las injusticias y del crimen.

El crimen de la solemnidad

No existe ningún imbécil que no haya
venido al mundo para perjudicarme
Wells

Cuando vine al mundo, desgraciadamente ya el sol de Bolívar se había ocultado; el sol vivo de su naturaleza física. Azar del vivir, si es que hay algún azar en el vivir. En todo caso ha sido para uno un gran infortunio. ¡Cómo, a veces, he sentido la más dolorosa envidia, al saber de aquellos que le mostraban una fidelidad suicida! Cree uno haber podido llegar más lejos si se nos hubiese presentado la misma oportunidad. Nos domina un silencio de amorosa identificación al saber, por ejemplo, que Juan Francisco Ortiz, siendo aún niño, echó su caballo al galope porque le habían dicho que el Libertador pasaba cerca del lugar donde se encontraba. Igual envidia he sentido por la limpia y nítida amistad que el general Daniel Florencio O'Leary mostraba al Libertador Refiriéndose al atentado que se le hiciera a Bolívar el 25 de septiembre de 1828, le escribía O'Leary ¡Cuánto siento a Ferguson, cuánto compadezco a Bolívar y cuánto envidio su gloriosa muerte! - habían matado a Ferguson en el atentado-. Créame, V.E. mi general, que el mayor sentimiento que tengo es el de no haberme hallado cerca de su ilustre persona en aquella noche, para defenderla a costa de mi vida. Y qué decir del amor que le expresaba Sucre, quien supeditaba prácticamente toda su vida afectiva a las decisiones morales del Libertador. En una ocasión le pidió consejo sobre si debía casarse o no; y otra vez, estando su esposa grave de muerte y habiendo sufrido el Libertador cierta fiebre biliosa, se debatía el bravo cumanés en un dilema extraño de amor y congoja: no sabía por quién sufría más.

Al leer estas muestras de fidelidad se siente uno melancólico, confuso y piensa en la vida ausente que cada cual lleva a costas. A veces es una nostalgia que se condensa en forma de desamparo, de algo que hemos perdido de modo irreparable. Ahora, me encuentro haciendo un esfuerzo por meterme en los fatigados huesos del Libertador, y es que esta actitud responde a una necesidad del espíritu, a una queja del presente y a la esencia humana de nuestra nacionalidad. Nuestro profundo deseo de estudiarle, conocerle e identificarnos con su obra es porque, además, el momento presente no ofrece hechos políticos heroicos por los cuales sacrificarnos. Necesitamos al héroe.

Entonces optamos por la catarsis, sumergirnos en ese pasado espléndido, tan lleno de interesantes y complejas revelaciones. Pero de antemano advertimos que todo estudio sobre el Libertador deja una sensación de algo inacabado, es una empresa agotadora, frustrante, por la multitud de ideas y sugerencias que convergen ante los hechos que rodean a Su Excelencia. La complejidad inefable no es oficio de pluma sino del deleite interior. Sobre todo, sus profecías y revelaciones son lamparazos que sacuden tanto al político como al filósofo, al poeta. Cuando el Libertador actúa, consulta a su corazón; a su instinto afinado en las arremetidas de la locura, y por supuesto, esto sólo pertenece a los linderos de la poesía, a la belleza de lo irracional. El héroe se mezcla con los hechos por arrebató de inspiración.

Bolívar consiguió compenetrarse, mejor que nadie en este continente, con la imagen que tenía de sí mismo. Esto le permitió marchar al ritmo natural de las cosas -de las cosas lírico-heroicas, por supuesto-. Al igual que los elementos naturales, él se nos escapa, nos envuelve, nos aturde; a veces no nos acuden las palabras sino un caos pasivo de mutuo acuerdo interior que nos hace abandonar la empresa de dar orden y colorido a lo que de por sí pertenece a la esfera de lo inaudito, del misterio, o del milagro.

Es necesario haberse empapado desde la infancia en las grandes proezas del Libertador para apreciar en la juventud, en la madurez, la dimensión sublime del héroe. Recuerdo que hacia el año 1955 ó 1956 se vendían en algunas bodegas figuras del Libertador; se ordenaban en un álbum muy hermoso que en cada recuadro traía una leyenda referente a los más importantes hechos de la independencia. Las figuras mostraban retratos, esculturas y obras pictóricas de los mejores artistas que han recreado con el cincel, o el pincel, nuestra historia. Era de veras un deleite entre los pequeños de mi escuela competir por rellenar aquel álbum. Todavía tengo nítidas en mi memoria muchas de aquellas figuritas y recuerdo el orgulloso placer que sentí al completar el álbum. El premio para el que lo llenara consistía en un cartel artístico que era un conocido retrato del Libertador.

Esto era cuando estudiaba tercer grado y teníamos un buen maestro de escuela que llenaba de sabrosas explicaciones cada una de las barajitas del álbum. Desgraciadamente no recuerdo su nombre completo; todos lo conocían por don Manuel. Creo que era ecuatoriano, de esa noble región de América que ha sido siempre agradecida con la obra del Libertador. Nos hablaba don Manuel de un modo tan animado y colorido que nos daba la impresión de encontrarnos en una película. Parecía un tipo salido de la historia misma de la revolución independentista. Don Manuel leía mucho y complementaba los hechos de la historia con los de su propia experiencia, que era compleja y variada. Una vez nos dijo que por allá, en los años de 1825, 1826, Bolívar y Sucre se disputaban sucesivamente las horas de charlas en los cafés y calles de Buenos Aires. Que en esos lugares "la tertulia era amena como una mañana de primavera... copa de champaña, ya de la savia que dan 105 riesgos corridos o como sol que agota y madura el fruto de la esperanza, de las promesas juveniles..." Eran de Sarmiento estas referencias, pero él las expresaba con una sencillez penetrante y activa que despertaba en nosotros el más puro sentimiento patrio, y la avidez por la buena lectura.

Después de ese aire fresco y romántico de nuestra infancia, cuando la historia nos llega más al corazón que al intelecto, viene el descanso, el rancio descanso de la domesticación profesional. La historia se convierte entonces en un alimento seco, amargo, difícil de masticar, imposible de digerir. Entonces odiamos la historia porque odiamos a nuestros maestros, porque nos aburren los textos oficiales y las historias oficiales y sobre todo la mentira atroz de las alabanzas oficiales al Libertador. Llegamos a creer que si Bolívar es tan amado por esa gentuza desvergonzada, por exclusión, no merece el interés ni el amor verdadero de nosotros: no queremos mezclar nuestros sentimientos en un punto, que nos puede hacer inhumana e indulgentes con ese enemigo sutil, venenoso y rapaz que se escuda tras los símbolos sagrados del pasado.

En los cursos de historia, Bolívar es atacado de consunción memorística, estéril y aburrida. De solemnidad infecunda y estática. Se vuelve difuso, pierde importancia como ideal, como fuerza para reordenar positivamente nuestras pasiones. Los estudiantes, ergotizados, reaccionan ante la imagen del Libertador fríamente, indiferentemente, llegando incluso a creer que pertenece al antro de los que atentan contra la verdad cruel de nuestra desesperación. Que Bolívar mimetizado es como una base de granito inamovible, perfectamente adaptada al mortal sistema de gobierno que nos idiotiza, que nos enferma con su indignidad e ignorancia.

Puede ser tal nuestro desprecio o nuestra abulia hacia los viejos valores de la patria, que si no es por una voluntad profunda, valerosa, de levantarnos por sobre los escombros de la solemnidad, tal vez moriríamos -como seguramente han muerto muchos- con Bolívar completamente olvidado en nuestro corazón.

En la Universidad, raro -rarísimo- si algún líder, algún representante de los estudiantes, menciona a Bolívar, su obra, sus sacrificios, sus ideas políticas de unión, de integración. Eso es anticuado, pasado de moda, completamente fuera de lugar en la juventud. Se tiene la creencia de que Bolívar es asunto de viejos, de ataduras morales y de verborrea decorativa de presidentes, leguleyos y maestros de provincia.

Una vez conseguido el título profesional la gente se encuentra apabullada por su propia especialización o por los compromisos sociales, o el sueldo, y no quiere saber nada de ideales, ni de ninguna mística revolucionaria. Pasan a la realidad del ejercicio de alguna clase de poder, ese mismo poder que tanto criticaron y despreciaron bajo el impulso sano de la juventud. Se adaptan con media cara oculta a la verdad, a los bailoteos de la política y aprenden de Bolívar un curso mediocre que les permite intervenir con cierta comodidad en los brindis y celebraciones patrioterías.

Después de esa hecatombe de lugares comunes con que nos atiborran los políticos de partido, los malos libros y las aburridas clases de la escuela -aquí me refiero a mi propia experiencia, que creo es aplicable a muchos jóvenes de nuestro país-; después, digo, de ese bochorno de vaciedad y confusión, terminamos por ser unos escépticos, sobre todo, en política. Y es entonces cuando Bolívar comienza a aparecer con tonos diferentes. Vemos que su desengaño se parece al nuestro; se nos muestra más familiar, más humano, más puro, desmomificado de ese frío salón de los espectros oficiales. Hay una renovación completa en nuestros sentidos para ver el pasado; percibimos ecos de una

resonancia doble de angustia y rabia. Nos reprochamos el haberle abandonado y tratado tan injustamente.

A medida que nos alzamos contra esa infecunda solemnidad de académicos y eruditos, Bolívar se nos cruza violento y mordaz. Percibimos que hay algo roto en la vieja integridad de nuestra hombría, de la verdadera virilidad que nos corresponde de acuerdo con el salto dado por nuestros héroes. Más horrendo aún, que en nuestra intimidad social hemos cometido un crimen espantoso que disimulamos públicamente los unos a los otros; lo queremos cubrir con flores falsas, lágrimas falsas, palabras falsas, mientras nos repartimos el botín de una rapiña infernal. Nuestro despertar moral aparece cuando queremos hacer un balance consciente y valiente de ese crimen. Descubrimos que cada cual practica con respecto al Libertador una higiene que le va bien de acuerdo a sus propósitos y oficios. Un caso al azar: los partidos políticos tienen una prohibición inconsciente de utilizar efigies, símbolos o estandartes con la figura de Bolívar, porque perciben que el Libertador en casa de partido es como un pistoletazo en medio de un concierto. (Así y todo, ¡qué buen provecho sacan de su obra!) No hablemos del Bolívar que adorna las oficinas de gobierno: el Bolívar más cadavérico, dilapidado y momificado de todos. El, que detestaba los oficios de bufete y que fueron los oficios de leguleyos y habladores de pasillo los que le mataron prematuramente, se ha visto constreñido a sufrirlos por una eternidad.

Es por esta evolución como nos acercamos a los inmolados que aún imploran por una revisión valerosa de nuestra historia. Entonces oímos, desde el fondo de nosotros mismos, sus lamentos, sus hórridas quejas; dejándonos llevar por ellas, buscamos el flujo y reflujo de sus angustias, una verdad nueva, oculta, palpitante: es que al fin penetramos los tonos amargos de la tragedia que ronda a los héroes. Es que estamos maduros para penetrarla, para sentirla y disolvernos en ella. Bolívar no puede ser comprendido, ni sentido, ni valorizado, sino por el poeta, por el hombre de talento que ha convivido con el hondo dolor del fracaso, de la autodestrucción consciente, alguna clase de delirio, de amor por sus semejantes. Los días finales del Libertador están empapados de la desintegración más completa: la fibra de su agonía no es más que el desastre de la nada inevitable que nos espera a todos; es el grito horrendo, insalvable del Rey que clama: ¡Un caballo! ¡Pronto, un caballo!... ¡Mi reino por un caballo! Este grito genuinamente de él es la inercia de sus tribulaciones todavía danzando sobre el deplorable paisaje de la vieja Colombia. No se puede destruir, barrer de nuestros genes ni del ambiente fétido de nuestra libertad, la criminal ingratitud de nuestros paisanos. Cada venezolano lleva en el rostro el remordimiento o la desvergüenza de los crímenes políticos, de las injusticias con que frecuentemente pagamos a los sufrimientos del Libertador.

Los que hemos quedado errando sobre este desierto de hombres y de ideales, nos acercamos al Libertador con la esperanza sublime de reencontrar lo que verdaderamente somos. Hay algo en él que pertenece a nuestra intimidad intransferible, a las potestades secretas de nuestra individualidad.

Es así, pues, como Bolívar comienza a pertenecernos por derecho natural. Sacamos por esta catarsis, al fin, a Bolívar de su tumba, tumba en la que por tantos años nos habían

obligado a enterrarle, a sepultarle cada vez más profundamente. Dejó de ser una luz que nos cegaba para ser una luz que nos acompaña en nuestra desorientación y tormento. Este don de revivirlo nos lo da el haber estado nosotros también atormentados, frustrados y derrotados; el haber sufrido y arrastrado la desintegración de nuestra personalidad, en niveles cada vez mas complejos y amargos. Después de ese baño de ácido sulfúrico estamos más o menos orientados para hacer una radiografía de sus delirios y penas.

Antes de concluir este capítulo cabe preguntarnos algo que nos mueve a una con miseración mortal hacia nosotros mismos: si Bolívar con todo su genio y actividad no pudo hacer de nosotros el pueblo que ambicionaba, ¿quién hoy puede hacerlo? Podríamos decir con respecto a él lo que Jesús crucificado imploraba del cielo: Señor, ¿por qué nos has abandonado?

El árido fruto del mañana

Tengamos una conciencia recta
y dejemos al tiempo hacer prodigios
Bolívar

El camino para llegar a las potencialidades ocultas del Libertador está lleno de arduos desafíos. Permítanme repetir que todos nuestros esfuerzos se quedan a medio camino, muchas de las veces en el mero intento, en un deseo apasionado, inexpresable, de identificación con su destino. Llegar hasta él y verlo en toda su extensión requiere de una voluntad única, de un temple capaz de arrostrar y soportar todas las miserias y humillaciones que se le atraviesan a los santos, a los mártires.

Es un oficio terrible; más terrible aún cuando Bolívar es el hombre más escarnecido de todos los gobiernos y de todas las generaciones que le han sucedido; el más osificado por las alabanzas oficiales; el más abyectamente traicionado por sus paisanos, el más burlado y trampeado por los partidos y, por añadidura, el más desconocido, por esa nueva moda "revolucionaria" de nuestra juventud que muestra desdén por toda moral y dignidad de principios. Es terrible ejercer la defensa de un hombre ultraglorificado. No existe un solo ejemplo, en estos últimos ciento cincuenta años, por el que podamos decir que somos de veras sus hijos, los merecedores de su dolor, de su sacrificio, de su honda tragedia. Por el contrario, cómo campea lo que él tanto abominaba: la corrupción, el engaño, la disipación, la desunión, los partidos, la insidia, la polémica baja y estridente. ¡Todas estas prendas de un Peña, un Leocadio Guzmán, Soto o Azuero, Mariño, Paéz o Santander!

Mientras haya un hombre verdadero entre nosotros se sentirá la ausencia amarga de lo que tuvimos con Bolívar y de todo lo grandioso que imperdonablemente dejamos perder. Con Bolívar lo podíamos todo; sin él, como un mutilado que aún cree poseer sus miembros, caemos de bruces, nos damos de golpe contra una realidad que sólo él contenía, que sólo él sabía dominar y conducir.

No tiene nada de agradable conocer nuestra historia. Regresar a los hechos históricos y ver el pozo sin fin de nuestra desolación, requiere familiarizarse un poco con la locura.

No aconsejamos a las almas débiles acompañarnos en el camino que pensamos recorrer; no es fácil arreglárselas para salir, sin pérdida cierta, del laberinto decadente que nos ahoga porque sentimos que no hay mañana ni esperanzas; porque no hay un Bolívar entre nosotros y porque nadie anda en busca de sueños grandiosos, ni gloria alguna. Desprovistos de confianza en nuestros hombres, el camino de esta existencia es a veces una ocupación frívola, sin sentido, sin justificación ni valor.

Y cómo puede haber confianza si todavía laten en nuestras sienas los alaridos de esa peste desintegradora que abyectamente abjuró del Padre de la Patria. Todavía laten, porque aún nos rodea, nutriéndose de nuestra paciencia, de nuestra desidia y perdición.

En la presencia está el crimen

¡Qué magnificencia! Dios se ve, se siente, se palpa
¿Cómo pueden haber hombres que lo nieguen?
Bolívar (a orillas del río Magdalena)

En 1830, la catástrofe interior de Bolívar huyendo de Bogotá, tiene las tonalidades místicas y dolorosas del Tolstoi atormentado que huye de Yasnaya Poliana. Afrontan los mismos espantos: la revelación de una pronta hecatombe que está en el aire, en la siniestra figura de hombres ambiciosos, en la fatiga de un pueblo esclavizado.

Los clamores, las alertas continuas de sus visiones se pierden en el mare magnum del as intrigas: una horda de anarquistas, masones, ateos, liberales, etc.; todos con la cara del frenetismo agresivo e irresponsable, se mofan de ambos pensadores; es el calvario que precede a la nada. Ninguno de los dos sabe ciertamente adónde va. La tierra, el aire, el hombre mismo, se les hace insoportable. Buscan el camino del olvido y de la impersonalidad eterna: aniquilar toda presencia, que es la causa de las agresiones y de las infinitas inconformidades de sus semejantes.

Tolstoi llega a la miserable estación ferroviaria de Astopovo, agitado, agotado, tembloroso: con su muerte se desplomará la heroica tradición de la sagrada Rusia; él que la ha penetrado hasta los tuétanos, le duele más que a nadie abandonarla. El otro llega a Santa Marta lívido, descarnado, con una nube congelada de tristeza en la mirada. Está desahuciado de toda esperanza...

Y la naturaleza que los había convertido en una fuerza rectificadora del mal, los deja morir en su propio medio allí donde recibieron sus sueños, sus glorias.

Nuestra sangre

Nuestra tristeza es la imagen
invertida de nuestra nobleza.

Carlyle

Acerquémonos más a la materia humana, a la sangre y a la conciencia dolorosa de donde provenimos; mentes sutiles y profundas han llegado a ver en nosotros una mixtura misteriosa de crimen y maldición. (El proceso de la santidad, en nosotros, al contrario de otras razas, se da por una alta purificación interior. No necesitamos recurrir al infierno para salir mejor formados y endurecidos de él: hemos nacido con el infierno por dentro). Hay algo torturante: el odio profundo de las razas que pugnan por integrarse, reconciliarse en nosotros mismos; se perciben en nuestro espíritu el esfuerzo agotador por la integración de mezclas culturales tan dispares. Una lucha dolorosa, donde de momento parece triunfar la equivocación y lo grotesco. No hay una personalidad definida; deambulamos en medio de la más terrible desorientación. En esta enrarecida mezcla de autodestrucción -dice Teresa de la Parra- se encierran nuestros errores, nuestra absurda democracia, nuestra errante inestabilidad.

En contraposición a lo anterior encontramos que de esa composición han provenido también individualidades extraordinarias, muy coloridas y vivaces, como jamás podrían darse en ningún otro lugar de la tierra. Bolívar es tal vez el ejemplo más completo del jugo creador de nuestras mezclas: su color se transfiguraba en una incertidumbre de honda melancolía; sus ojos negros y brillantes eran el fuego atávico de lo sublime, místico y salvaje de lo español, de lo negro, de lo indio. Se revela Bolívar a veces taciturno, retraído, dominado por sombríos pensamientos; parece un indio que contempla resignado y triste la pérdida de sus antepasados, sus costumbres y su cultura. Otras veces ríe franca, ingenuamente, como esos muchachos mestizos de nuestros pueblos bulliciosos; o estalla en una verbosidad colorida, penetrante, burlona o divertida de la que nadie puede sustraerse: es la plasticidad vivaz y expansiva del negro. Agreguemos que es feo y sublime como el español; está lleno de un desprecio amargo por la vida: desafía a la muerte con desparpajo y serenidad. Sin duda se han conjugado en él los niveles positivos más totales de estas tres razas. Por eso Teresa de la Parra decía que tal vez se elabora en nosotros algún tipo social exquisito y complejo que aún no sospechamos.

Bolívar es todavía un enigma

Nada es tan movedizo como el alma cuando actúa. Es más ágil que todo lo que la naturaleza ha puesto bajo nuestra mirada.

Lucrecio

¡qué infames y malagradecidos aquellos seres, que como Santander y Páez jamás pudieron apreciar ni estar a la altura de la amistad que les ofrecía Bolívar! A excepción de unos pocos, Bolívar se encontraba entre una horda de alimañas ponzoñosas. Es inconcebible -repetimos- que hombres de la sensibilidad de un Bolívar, o Sucre, pudieran soportar tanto tiempo el escándalo humano y devastador de nuestra guerra de independencia. Tener que tratar con la dura corteza política de Páez, con el bárbaro Arismendi o el insolente Bermúdez, el terco y soberbio Mariño, el petulante Piar; convencer con palabras a un ladrón como el italiano Bianchi o a un degenerado como aquel general Obando de la Nueva Granada, revela que la naturaleza de Bolívar es sólo comparable a la del Quijote o Jesucristo.

Refirámonos, por ejemplo, al alma conciliatoria del Libertador en medio del horrible panorama de nuestra guerra; su lucha desde que se hizo soldado fue la de hermanar pueblos; unificar y cohesionar los distintos partidos, las distintas opiniones. Todos lo buscaban para dirimir diferencias, y como no hay Dios que calme los bajos odios personales, su obra de conciliación terminó en el fracaso. Quiso reconciliar a Mariño y Páez con Santander, luego a Justo Briceño con Urdaneta, a los legisladores, a los partidos, etc. Basta leer sus cartas para darse cuenta de sus nobles intenciones. De haber sido Páez y Santander ecuanimes y sinceros -con el primero en Venezuela, el segundo en Bogotá y Sucre en el sur-, el sueño de la Gran Colombia se habría realizado.

Una muestra al azar de la sutil vena conciliatoria del Libertador la encontramos en las siguientes líneas, de una carta escrita a Justo Briceño, sólo a un mes de su muerte: He visto con infinito sentimiento, lo que dice Fernández contra Murgueza que no merece ni

desconfianza ni que lo traten de una manera tan injusta... ¿Es posible que no ahorquen Uds. en el triunfo del Santuario esos sentimientos mezquinos y dañosos? Por mi parte sé decir que más quisiera que los enemigos vencieran por fortuna y por valor, que no perdernos por nuestra culpa y temeridad. En el momento que vea sacudir la discordia sus teas incendiarias, me embarco y me voy a Europa, porque ya tengo mucha experiencia de los partidos; yo me sacrifico por ellos y ellos se ríen de mí, dejándome siempre burlado. De seis o siete discordias y guerras civiles que he procurado apaciguar, ninguna se ha extinguido enteramente y todas me han procurado embarazos mortales y enemigos irreconciliables...

Querido general, sea V. generoso. Olvide V. todo lo pasado, o a lo menos obre como si lo hubiera olvidado; pues sin este heroico desprendimiento no se puede conseguir ni vida, ni patria, ni honor. Procure V. inspirar este sentimiento a nuestro querido Tomás, a quien amo como a mi hijo. Ruegue V. por Dios y por mi parte que tenga moderación y honor, pues si él pierde a su país y a sus amigos, será execrado de todos por más excelente que sea. Yo espero con seguridad de V. y su cuñado que no me harán arrepentir de haberlos amado tanto...

Nosotros hemos creído humildemente que debíamos añadir algo a lo que otros han dicho de Bolívar. Siendo venezolanos, esa deuda nos oprime, nos acosa, más aún, cuando vemos escrito por hombres de tierras lejanas expresiones de honda gratitud y justicia a su obra. Este llamado me ha venido, más que de ningún otro, del escritor Domingo Faustino Sarmiento. Nos dice Sarmiento: Nadie ha comprendido todavía al inmortal Bolívar, por la incompetencia de los biógrafos que han trazado el cuadro de su vida. En la Enciclopedia Nueva he leído un brillante trabajo sobre el general Bolívar en que se hace del caudillo americano toda la justicia que merece por sus talentos y por su genio; pero en esta biografía, como en todas las otras que de él se han escrito, he visto al general europeo, los mariscales del imperio, un Napoleón menos colosal; pero no he visto al caudillo americano al jefe de un levantamiento de masas, veo el remedo de la Europa, y nada que revele la América.

Colombia tiene llanos, vida pastoral, vida bárbara americana pura, y de ahí partió el gran Bolívar; de aquel barro hizo su glorioso edificio. ¿Cómo es, pues, que su biografía lo asemeja a cualquier general europeo de esclarecidas prendas? Es que las preocupaciones clásicas europeas del escritor desfiguran al héroe, a quien quitan el poncho para presentarlo el primer día con el frac... La guerra de Bolívar pueden estudiarla en Francia en la de los chouanes: Bolívar es un charrette de más anchas dimensiones...

La manera de tratar la historia de Bolívar, de los escritores americanos y europeos concierne a San Martín y a otros de su clase. San Martín no fue caudillo popular... Si San Martín hubiese tenido que encabezar montoneras, ser vencido aquí, para ir a reunir un grupo de llaneros por allá, lo habrían colgado a su segunda tentativa... El drama de Bolívar se compone, pues, de otros elementos de los que hasta ahora conocemos: es preciso poner antes las decoraciones y los trajes americanos, para mostrar enseguida el personaje. Bolívar es todavía, un cuento forjado sobre datos ciertos: Bolívar, el

verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo, y es muy probable que cuando lo traduzcan a su idioma natal, aparezca más sorprendente y más grande aún.

No habiéndonos acercado con las expresiones debidas a las complejidades que tuvo que afrontar Bolívar, es fácil sacar de sus determinaciones la absurda leyenda de su tiranía, de su despotismo. El despotismo de Bolívar era su desprecio inaudito a la mediocridad, a la cobardía, a intereses mezquinos. Su indignación, su cólera, estaban más del lado de la piedad que del odio.

Lamentamos profundamente que nosotros no hayamos tenido en la Gran Colombia de aquellos tiempos un Sarmiento que se empapara del barro y de la grandeza de aquellos caudillos. Entonces tal vez Bolívar estaría en su lugar, afincado definitivamente. Con los colores valerosos de su Facundo, nos habría dado la medida ¿pica de la geografía y el carácter de los llanos, de la voluntad de Bolívar y de la fiereza de los españoles. Con los colores de Páez habría pintado los nervios guerreros de Bolívar y para su sensibilidad habría tomado los tonos suasorios y claros de Sucre.

Para completar, algunos intelectuales nuestros que han tenido la responsabilidad de preocuparse por Bolívar lo han hecho bastante mal. Rómulo Betancourt y Rómulo Gallegos sugirieron al escritor norteamericano Waldo Frank que emprendiera una interpretación del grande héroe.(1).

Yo creo, que Waldo Frank temiendo algo de la irresponsabilidad nuestra, y cuidándose de algún dislate en su trabajo sobre un tema que no le era tan familiar, dejó constancia en las preliminares del libro de las personas que se encargaron de revisarlo. Se han hecho muchas ediciones de este libro graves equivocaciones Existe una edición hecha con motivo del Bicentenario del Libertador, por la Fundación para la Investigación y la Cultura de Cali, Colombia, en octubre de 1983. Y aparece en la página 464, que en 1830, Bolívar -antes de partir hacia Cartagena- y Sucre -antes de ir al Sur- se abrazaron en Bogotá. Textualmente: Sucre marcha a la residencia en que Bolívar estaba retirado fuera de Bogotá... Los dos hombres se abrazaron al despedirse. Eran hombres duros y tenían la ternura de la fortaleza. Los ojos de Sucre se cuajaron de lágrimas al ver el rostro desvaído de su jefe. El corazón de Bolívar se angustió al comprobar que su hijo, su único sucesor, se retiraba también - y vuelve a repetir:- Se dieron el último abrazo.

Hablemos ahora del alma imprevisible, movediza, del libertador mientras actúa. Empecemos por decir que uno de los errores clásicos de los biógrafos de Bolívar como dice Sarmiento es compararlo con Napoleón. Nada más absurdo o estúpido. Napoleón tenía una mente lógica, matemática, acostumbrada a dialogar con hombres cultos, de una sensibilidad moldeada por siglos de educación y buen trato. Napoleón, en sus horas de descanso, tenía para recreo de su mente una elite de sabios notabilísimos, como Laplace -creador de la Mecánica Celeste -, Lagrange -creador de la Mecánica Analítica - , Monge -fundador de la Geometría Analítica y padre de la enseñanza matemática moderna en el mundo civilizado-, etc. Hacía Napoleón la guerra con minuciosos planes estratégicos, que resultaban casi infalibles como ecuaciones matemáticas. Además discutía con hombres ecuanímes en un ambiente sereno de calmado raciocinio; con hombres de una vieja y sólida tradición cultural. Si Napoleón se hubiera enfrentado a un

incontenible asesino como Boves, o hubiera tenido de lugarteniente a un José Félix Ribas, o a Arismendi, Piar, Paéz, Bermúdez o Mariño, no habría durado como jefe más de lo que soportó Miranda. Bolívar parecía un oriental; su verbo era poético y apasionado, jamás lineal. Todos los que lo conocieron afirman que tenía un alma contradictoria, intranquila, que entre las situaciones más adversas, en medio del caos de la guerra, era capaz de levantar las ideas más inesperadas y contundentes contra el enemigo. Más que a Napoleón, Bolívar se parece a Aníbal. Era clarividente en el peligro y sus campañas y sus ataques eran improvisados, porque de aquellos lugares no habían buenos mapas; se desconocía la geografía e incluso a la propia tropa que se dirigía. Muchos criticaban a Bolívar porque había dicho que la táctica militar era excusada, y cuanto se había escrito sobre el arte de la guerra, puerilidades y quimeras. Lo mismo opinaba Tolstoi, quien pensaba que la guerra la decidía el que tuviese más moral y mayor decisión de ganarla; todo lo demás podía obviarse. No dependía el triunfo del terreno que se eligiese, ni de los armamentos, ni del número. ¡Tonterías!, decía Tolstoi. Las millones de eventualidades lo deciden todo en el momento del combate. En Bolívar no había cálculo sino fe.

Cuando Morillo creía haber fatigado y derrotado al Libertador, éste aparecía más peligroso y arriesgado. Tenía tan asombrosa constancia en sus propósitos que toda clase de programa y táctica eran inútiles en el momento decisivo. Se trasladaba a lugares distantes del enemigo, se organizaba y volvía al ataque cuando éste menos lo esperaba. Su facultad de resistencia resultaba inconcebible a la raza más enérgica: la española. Insistimos, Bolívar jamás fue hombre de esquemas; sus proyectos eran la audacia y la voluntad; se dejaba guiar más por la intuición que por ninguna otra cosa. ¿No es acaso el proyecto de la invasión a la Nueva Granada un acto del todo inesperado, un gesto genialmente intrépido, ni imaginado ni presentido por el enemigo? Si en un combate el enemigo ataca en columna cerrada y él los recibe en batalla, en el próximo encuentro hace lo contrario: se adelanta en columna cerrada para desconcertar al enemigo. Sabe muy bien que en el cambio constante está la preparación y la destreza de sus oficiales. Decía Bolívar en las instrucciones a sus generales: Harán ustedes que las primeras compañías sean de hombres selectos, para ponerlos siempre al frente, porque las tres primeras filas deciden regularmente de la suerte de la columna y aún de la victoria. El resto de la columna sigue el impulso de su cabeza.

Imagino al Libertador antes de la acción como a un hombre flotando por encima de las circunstancias. En trance de gloria, previendo y penetrando sin proponérselo los planes del contrario. No hay tiempo para razonar y es una especie de mago de sus propios riesgos. Se deja llevar porque si razona fracasa. Si reflexiona se hunde y pierde la inspiración. Es irreal. Siempre he pensado también que Bolívar tenía unos nervios y una demencia genial parecida a la de T. E. Lawrence que no se tenía confianza desde el punto de vista militar y que cuando luchaba creía ser un prestidigitador que ensayaba un truco poco conocido y decía: . . . quedaba muy sorprendido de que me saliese bien. Una serie de estos trucos bien logrados me dio la impresión de que poseía cierta capacidad al respecto. Eso es todo.

Nadie sabe antes de una batalla si va a ganar o a perder. Decía Lawrence: uno no puede poner convicción en sus sueños diurnos. Si tenemos éxito habré procedido bien

con los materiales que se me han dado, y esto dará cuenta de tu luz de calcio. El triunfo si llega, será una gran desilusión, pero. . .

Dice O'Leary que cuando iban hacia Nueva Granada, en el famoso salto de Los Andes, sólo los jefes conocían su objetivo. ¡ Igual que Aníbal cuando cruzó los Alpes! Bolívar sabía que a la tropa no había que darle explicaciones, ya que a ella sólo le apetecía el ser vicio activo.

El código militar español -refiere O'Leary en sus memorias- fue adoptado con muy pocas variantes; pero como Bolívar tenía al ejército en movimiento constante, no había tiempo para entregarse a los ejercicios disciplinarios. No se observaban reglas uniformes y cada comandante de batallón ejercitaba su cuerpo conforme al método que mejor le parecía. .

Además, el procedimiento disciplinario del Libertador era: transmitir a los demás la misma fe, la misma confianza y resolución de la que estaba poseído. Su determinación es la misma de Saint-Just en el frente de batalla: Cuento con el coraje del ejército y con el mío. Y contaban estos héroes con el coraje del ejército porque habían hecho de sí mismos una imagen en sus soldados de la que éstos no podían sustraerse en el momento decisivo de la lucha. Le ocurría a Napoleón, caer en bochornosas depresiones en medio del combate; situación del todo inadmisibles en el caso de Bolívar, quien al contrario, derrotado era más peligroso que triunfador.

El historiador Ralph Korngold dice que los hombres dotados de capacidad política o militar están en situaciones de una particular dependencia de las circunstancias. Que tal vez Lenin sin la Gran Guerra no habría pasado de ser un teórico de café. Que en las calles de París, Londres o Nueva York se pasean en la actualidad Robespierre o Saint-Just en potencia. Que Napoleón no habría llegado siquiera a general de no haber sido por la revolución.

Es posible. Pero en el caso de Bolívar no hay manera de creer la opinión de Korngold. Mientras hubiera un tirano, entre nosotros, un Bolívar no se iba a sentir tranquilo. Cualquier injusticia le habría arrebatado, le habría inflamado de odio y de valor. (Y cómo no estallar de indignación, por ejemplo, en esta América tan plagada de corrupción y de crimen). La tierra siempre está bien abonada para un hombre del carácter y del espíritu del Libertador. No fueron las contingencias políticas las que hicieron a Bolívar.. .

Hay una diferencia tremenda entre un elegido y un hombre ordinario. Al primero no le es dado escoger una existencia vulgar, mediocre. Es impulsado inevitablemente hacia la tragedia. No es capricho dejarse llevar por la onda de su talento, de su audacia y de su voluntad. Es a pesar de los demás y de su tiempo lo que hace, siente y arrastra tras de sí.

Casi todas las biografías de Bolívar, o llevan el tono de la solemnidad más extrema, calculadas bajo el tinte profesional de historiadores de oficio, o están plagadas del solapado deseo de injuriarle. Ninguno de los dos extremos deja el sabor de la veracidad, del convencimiento. Es que suele trabajarse con una idea errada del bien, del valor, de lo meramente circunstancial. La experiencia no da para mucho, cuando esa experiencia

está sólo relegada al hábito de un oficio externo, un oficio que no nos toca en lo más íntimo de la hombría. Hay que salir, a fuerza de destrozarnos por dentro, del caos colectivo. De esa lucha agotadora, frustrante, amarga, sacamos el temple para decir nuestras verdades. . . Ese derecho hay que ganárselo...

Cita

1.- Sabido es que la historia de los países latinoamericanos se hace cada vez menos clara. Vicente Lecuna quemó docenas de cartas del Libertador. los colombianos retocaron las cartas de Santander e hicieron desaparecer algunas en las que el granadino quedaba como un malvado intrigante. Ahora. los historiadores modernos se permiten presentar los documentos con ortografía actualizada de acuerdo con las reglas actuales de la Academia de la Lengua".

Es necesario ir más allá de lo que nos dicen los historiadores, incluso de aquéllos que fueron testigos de los acontecimientos de la independencia. Por ejemplo, valdría la pena investigar si realmente Sucre llegó a Bogotá el 5 de mayo de 1830-luego de su comisión a Venezuela-. Esto lo dicen dos testigos presenciales de los hechos que sucedían en la capital: Posada Gutiérrez y Restrepo. Desde entonces, todos los historiadores han repetido lo mismo: que el Libertador y Sucre se abrazaron antes de despedirse. Es imposible que después de aquella amistad de dos héroes que se consideraban marcados por el destino para una hermandad legendaria, o sublime, en la oportunidad, digo, de partir el Libertador hacia Europa, estando Sucre en Bogotá no formara parte de la comitiva que salió a despedirlo. Lo más revelador de esta confusión histórica, está en el hecho de que la última carta que le escribió Sucre a Bolívar, llegó cuando éste se encontraba en Turbaco a 18 días de camino de la capital, cerca de Cartagena. Sucre salió de la capital el 13 de mayo, muy probable es que llegara a Bogotá cuando ya Bolívar había partido. Es cuanto se desprende de esa última carta (sin fecha) que el Gran Mariscal escribió a su padre desde la capital. Para la pequeña aldea que era Bogotá en 1830 es del todo inexplicable que Sucre no haya podido estar en casa del general Pedro Alcántara Herrán -cerca del palacio de gobierno donde se alojaba el Libertador. Mayor yerro cometió R. J. Lovera De Sola en el prólogo al libro "Bolívar viaja aleje de la esfera". cuando dice que el Libertador y Sucre se dieron el abrazo de despedida el 26 de mayo de 1830. (Asdrúbal Gonzalez, editores Vadell Hermanos. Valencia. 1986. pág. 31.)

Bolívar y los EE.UU.

Los hombres pequeños pagan con lo que hacen;
los grandes con lo que son.
Goethe.

Vamos ahora a definir esa línea que opone caracteres tan distantes como son los del sajón del Norte y los del latinoamericano; pero antes de entrar en ciertos detalles de la nefasta actitud de EE.UU. hacia nosotros, queremos advertir que no pretendemos justificar nuestras miserias, nuestra indecible irresponsabilidad para con nosotros mismos diciendo que EE.UU. es la causa de todos los males. No puede ser EE.UU. completamente culpable de la corrupción que acogota a nuestros países, de la hediondez y suciedad de nuestras ciudades, de la desidia, del desorden, del caos, de la maldita viveza conciudadana, de la desunión, flojera, indignidad, descuido, etc. No puede degradarse a un pueblo que está compenetrado de su deber, de su destino, de su valor y capacidad de sacrificio. De lo que sí acusaremos a los EE.UU. es de aprovecharse de pueblos inválidos, indefensos, mutilados, ignorantes, estupidizados y trastornados por toda clase de desgracias tanto políticas como morales. Es que no hay papel más bajo y denigrante que utilizar a conciencia a seres envilecidos, con fines de provocar una corrupción generalizada en el continente latinoamericano.

Había dicho que cuando se cumplieron 150 años de la muerte de Bolívar leí ese artículo que se titulaba: Simón Bolívar was a despot at heart. Título ofensivo para cualquier latinoamericano, si recordamos los amargos dolores que padeció Bolívar en busca de unión, decoro y la libertad de América. Uno cree encontrar ciertas razones para ese encono solapado que todavía se siente contra el Libertador en EE.UU. El carácter mercantilista del sajón del Norte y la imaginación del Libertador, forjada en todo instante en los linderos de la muerte y de la poesía trágica, tenían por fuerza que repelerse.

Empecemos por recordar que España y Francia prestaron grandes servicios a la causa de la independencia de los EE.UU. Venezuela, en los inicios de su revolución, esperaba contar con la ayuda de países amigos de la libertad. No hay duda de que tenía fe en la ayuda del vecino del Norte, que hacía poco se había liberado de la dominación de Gran Bretaña. Es decir, consideraba a los norteamericanos hermanos por sufrir los efectos funestos de la colonización y por ser, después de todo, hijos del Nuevo Mundo; que

además conocían los tremendos sacrificios que representaba enfrentarse a un país poderoso por tradición guerrera, como lo eran los viejos imperios de Europa; que sabían que nuestra lucha era más terrible, por cuanto iba a ser afrontada por un pueblo en su mayoría analfabeto, sin recursos militares, sin ninguna experiencia en la administración de gobiernos, sin ejércitos y sin la fuerza de cohesión moral de lo que se llamaría pueblo, los ciudadanos, ya que éstos estaban divididos en clases infeccionadas de odios y recelos.

Aunque al principio se buscó ayuda en el Norte, la gran esperanza se concentraba en Inglaterra, donde Miranda desde hacía muchos años realizaba una ardua labor revolucionaria. Estas esperanzas se desvanecieron cuando Inglaterra, dirigida, como siempre, por intereses meramente mercantilistas, decidió dar apoyo a España en su lucha contra Napoleón. Para entonces ya Venezuela había quemado las naves y se encontraba en pleno hervidero revolucionario. Nunca pueblo alguno se lanzaba a una lucha tan peligrosa en medio de recursos deplorables y rodeado por el sombrío silencio de las naciones poderosas. Parecía que Bolívar desafiaba los mil demonios de la guerra contando sólo con su valor y el valor de unos cuantos harapientos soldados. El terror y la tragedia no tardó en llegar, y aunque Bolívar -como veremos- estaba dispuesto a luchar contra el mundo entero, si el mundo entero se oponía a la causa de la libertad americana, el grueso de los políticos no podía dejar de considerar la posibilidad de un tratado con alguna nación poderosa. En este sentido, encontrándose casi todos los caminos cerrados, se pensó seriamente en conferenciar con Rusia. A tales extremos habían llegado la angustia y la desesperación, que se pensaba en un país tan extraño y desconocido para nosotros, tan distante en todos los sentidos y que además era gobernado por una aristocracia despótica y que tenía -como lo demostró más tarde- grandes intereses en común con los imperios monárquicos de Europa. Esto podía catalogarse de locura o síntoma de desorientación, de la más desastrosa agonía moral.

La pregunta que se nos viene a cualquiera de nosotros es: ¿Qué hacía con respecto a la independencia suramericana el poderoso del Norte, nuestro vecino? La rica, fresca, impasible, extensa y vigorosa América del Norte contaba 35 años de haberse declarado independiente cuando nosotros firmábamos la declaración, por allá en el año de 1811. Así, pues, que no debía ser por falta de madurez y poder por lo que EE.UU. se mostraba reacio a dar una contundente ayuda a nuestra lucha. A diferencia de los gobernadores del Norte, Simón Bolívar libertó el extenso territorio de la Nueva Granada, hoy el país de Colombia; cruzó los Andes e independizó también al Ecuador, al Perú, y fundó la República de Bolivia. No sólo eso, sino que Bolívar quería inmediatamente hacer planes para libertar Cuba y Puerto Rico. Es de advertir que la libertad de Cuba se vio estropeada durante dos generaciones, porque EE.UU. en connivencia con Inglaterra hizo saber a nuestros patriotas que no estaban de acuerdo con la inmediata independencia de aquella isla. Es decir, que si EE.UU. permitía que nos debatiéramos en la más horrorosa escasez de recursos era sencillamente porque poco le interesaba el que fuéramos esclavos o independientes. Fue así como durante más de diez años mantuvo una inexcusable imparcialidad a pesar de los innumerables pedidos de ayuda de nuestros pueblos. A veces su imparcialidad se traducían en burla, en desprecio e incluso en una sórdida alianza con los enemigos de la revolución. Los patriotas,

fatigados de recibir negativas y excusas de neutralidad con el invasor español, decidieron cancelar sus ansiosos pedidos a EE.UU. Mientras así nos trataba EE.UU., Haití, uno de los países más pobres del mundo, trastornado por toda clase de calamidades sociales, en condiciones económicas deplorables, tuvo la infinita nobleza y generosidad de ofrecer hombres, armas y dinero para nuestra libertad. Compárese el pasado con el presente y véase la funesta actitud del país del Norte ante los débiles de Latinoamérica. Hoy envían armas a El Salvador, no por la libertad de ese país, por supuesto, sino porque, como ellos mismos dicen, se está peleando en su backyard, en la parte trasera de su patio, en su corral.

Pero detengámonos un momento y veamos en qué consistía la imparcialidad de Norteamérica en nuestro conflicto. Primero, el gobierno del Norte hizo presos a numerosos ingleses que venían a servir bajo las órdenes del Libertador. Además, promulgó una serie de leyes para impedir toda clase de auxilios a los patriotas. Una de ellas decretaba diez años de presidio y diez mil pesos de multa a todo ciudadano en Norteamérica que quisiera proteger la causa de los independientes suramericanos. Según palabras del propio Bolívar, estas leyes inexorables equivalían a declarar la muerte a los que simpatizaran con nuestra revolución. Estas leyes estaban aún vigentes para el año 1819, ocho años después de haberse firmado nuestra declaración de independencia.

En 1818 se presentó un suceso en extremo interesante porque dilucida la doble cara, propia de Tartufo, con que los norteamericanos tratan a nuestros desgraciados pueblos. Dos goletas, la Tigre y la Libertad, provenientes de EE.UU., entraron por el Orinoco. Bajaban por la región de Angostura para abastecer de armas y alimentos a los realistas.⁽¹⁾ En esa zona se preparaban serios combates y el Libertador había decretado un bloqueo, el cual hizo público a todas las naciones del mundo. Las dos goletas haciéndose las inocentes pretendieron burlar nuestras fuerzas; pero fueron apresadas y se les confiscó todo lo que llevaban. Debemos recordar que Bolívar era invariable y severo en todo lo que concernía a nuestra soberanía y a nuestra dignidad como hombres. Incluso hubo momentos en que desafió al propio cielo, porque algunos creían ver en los fenómenos naturales la causa de alguna oposición a sus ideales de libertad. El honor era esencial para su sentido de la vida. La precaria condición de nuestros pueblos al respecto lo mató prematuramente. En sus últimos años, viendo al país destrozado por las miserias y las estridencias de los partidos, exclamó: En América no hay dignidad y tengo vergüenza de llamarme americano.

Pero volvamos al tema de las goletas norteamericanas. Al saber los yanquis que habían sido detenidos los buques, pidieron a través de su agente en Venezuela una inmediata indemnización. Se consideraban heridos en lo más profundo de su dignidad, porque no hay nada que martirice tanto a los sajones del norte como aquello que tenga que ver con los negocios, con el dólar. La justicia de esos países puede perdonar a un criminal, pero jamás a un mal negociante. Así pues, interviene el agente norteamericano cuyo nombre era Bautista Irvine; su lenguaje es quejoso y acusa de ilegal y abusivo el apresamiento de los buques. Exige explicaciones. Se desata entonces un intercambio de correspondencia donde Bolívar asume el caso con todas las de un jurista experto en asuntos internacionales.

El argumento principal que esgrime Irvine es que se le ha hecho daño a los neutrales. En este caso al gobierno norteamericano, quien ha declarado al mundo que no tiene interés alguno en participar en nuestra contienda con España. Bolívar no deja esperar su contundente respuesta: ¡ Neutrales! quienes han intentado y ejecutado burlar el bloqueo y el sitio de las plazas de Guayana y Angostura, para dar armas a unos verdugos y para alimentar a unos tigres, que por tres siglos han derramado la mayor parte de la sangre americana. ¡Sangre de sus propios hermanos!

En esto último debemos reconocer que Bolívar utiliza un argumento ineficaz a la sensibilidad del norteamericano. Los yanquis jamás se han considerado nuestros hermanos. Mover estos resortes era del todo inútil, como veremos más tarde⁽²⁾.

Irvine replica diciendo que ellos desconocían el bloqueo. Aquí Bolívar lo sorprende en flagrante mentira. Le aclara que en la Gaceta de Norfolk (en EE.UU.), del 6 de enero de 1817, había sido publicado el estado de bloqueo a dicha zona. Que el buque Tigre no zarpó hasta el 17 del mismo mes y que este argumento -ratifica el Libertador- es por sí bastante para declarar a la Tigre como buena presa. Desde el momento en que este buque -le escribe el Libertador- introdujo elementos militares a nuestros enemigos para hacernos la guerra. violó la neutralidad, y pasó de este estado al beligerante: tomó parte en nuestra contienda a favor de nuestros enemigos, y del mismo modo que, si algunos ciudadanos de los EE.UU. tomasen servicio como españoles, estarían sujetos a las leyes que practicamos contra éstos; los buques que protegen, auxilian o sirven su causa deben estarlo y lo están. Casi al final de este documento -del 6 de agosto-, que consta de unas seis densas páginas, Bolívar arremete: ¿No sería muy sensible que las leyes las practicara el débil y los abusos los practicara el fuerte? Tal sería nuestro destino si nosotros sólo respetásemos los principios y nuestros enemigos nos destruyesen violándolos. Aquí Bolívar nos revela una fuerza de predicción tremenda con respecto a la política del Norte. Nada más cierto eso de que EE.UU. siempre exige cuando le conviene el cumplimiento de las leyes, pero se ríe en las mismísimas barbas del débil el día que las viola. Todavía está fresco en Latinoamérica su inaudito apoyo al Imperio Británico en el caso de las Malvinas. Sin duda que bajo las órdenes de Bolívar se podía confiar; era Bolívar de esa clase de hombres que jamás dejaba a sus compatriotas en la estacada; que llevaba hasta las últimas consecuencias la defensa de su dignidad, la integridad de su hombría, que entonces era representación de la virilidad de todo un continente.

El agente Irvine no cesa en sus contrarréplicas. A mediados de agosto responde al Libertador. Dice que los comerciantes neutrales no deben abandonar su profesión por hacerse partidarios políticos. La mente de Bolívar, siempre en ebullición estalla: Si es el libre comercio de los neutros para suministrar a ambas partes los medios de hacer la guerra, ¿por qué se prohíbe en el Norte que se nos ayude? ¿Por qué a la prohibición se le añade la severidad de la pena, sin ejemplo en los anales de la República del Norte? ¿No es declararse contra los independientes negarles lo que el derecho de neutralidad les permite exigir?

El agente Irvine calla por unos días. Por el modo que responde se ve que no lee cuidadosamente los argumentos de Bolívar. Tal vez está convencido que para triunfar

nada más fácil que insistir una y mil veces en los planteamientos primeros de la discusión: declarar ilegal el apresamiento de los buques y exigir una inmediata indemnización. Pero estos trucos no van con Bolívar. A cada lamentación el Libertador lo pone en su lugar, ya sea con argumentaciones que muestran un profundo dominio de las leyes internacionales, como con el valor y el derecho natural de los pueblos a defender su libertad. Poco a poco el agente va perdiendo fe en sus reclamaciones; pero su terquedad y el verse humillado por la razón del jefe venezolano le hacen tomar un camino lo más extraño. De pronto cae en un terreno vulgar, de burlas y despechos. Dice que los independientes no tienen poder suficiente para imponer un bloqueo, que nuestras fuerzas militares son insignificantes, sombras de sombra. Sombras de sombra son palabras textuales del agente yanqui. En resumen, que nuestro ejército es incompetente, exiguo y hasta risible. Bolívar lo detiene diciéndole que no va a caer en ese terreno de bajos insultos; que no habiendo acuerdo entre los dos era preferible someter el caso a unos árbitros y que ellos decidieran. Que ha decidido suspender la correspondencia con él para que no degenera en farsa. No me atrevo a creer -le dice Bolívar- que sea el objeto de Ud. convertir en ridículo una conferencia seria por sí misma y por las personas que la tratan (3).

Entre las burlas del agente Irvine que más nos llaman la atención está la expresión caballería nadadora. Asegura el Libertador que en su ejército existe una división con ese nombre. El yanqui no sabe si le habla en serio o le toma el pelo. Esa caballería nadadora, según el propio Bolívar, había realizado proezas inauditas. Se lanzaban a caballo a ríos caudalosos como el Caura, el Caroní y el Apure para abordar y abatir buques enemigos. A Irvine le parece que esto es lo más ridículo que ha oído en toda su vida. El hecho es en sí mismo muy interesante porque revela la extraordinaria imaginación del Libertador, siempre lindando con lo poético, a la vez que pone de manifiesto la árida mente del yanqui restringida a menesteres habilidosos y prácticos.

En efecto, esas imposibles caballerías de río existieron e incluso fueron las que dieron una fama tremenda a nuestro caudillo José Antonio Páez. No era la primera vez que un extranjero pretendía burlarse de hazañas extraordinarias realizadas por nuestros patriotas durante la guerra de independencia. Por ejemplo, el biógrafo de Bolívar, Lorraine Petrie, nos dice que en la emigración de toda Caracas, el año 14, el Libertador, a pesar de la desesperada situación de su empresa, consideró el envío de un agente para inaugurar las relaciones de Venezuela con Gran Bretaña. ¡Esto -dice Petrie- en un tiempo en que la República estaba en las últimas! Hay algo -añade-, mezcla de ópera cómica, que parece inseparable de muchas cosas suramericanas. No sabemos en qué ve este señor lo grotesco. Harán ópera cómica los que no están poseídos de una verdad total y absoluta como la de Bolívar, los que divagan y no hacen nada, los que amenazan sin fuerza moral, los que carecen de coraje y babea en las plazas públicas un lenguaje rancio de peleas miserables y locales.

Queremos aclarar un poco más el asunto de las caballerías nadadoras, ésas que movían a risa a Irvine. Lo haremos en expresiones de un escritor inglés que quedó profundamente maravillado por sus relatos. Refiriéndose Cunningham Graham a las proezas de estos llaneros ~que con lanzas en 'Os dientes desafiaban caimanes y abordaban buques y flecheras- dice: probablemente es la primera vez en la historia que

una caballería diese una escaramuza en el agua. Solamente hombres como los llaneros de aquellos días montados en caballos acostumbrados a las exigencias de seis meses de inundaciones de la región, podían echarse al agua como perros de Terranova para realizar semejante hazaña.

Finalmente Bolívar concluye el asunto con Irvine advirtiéndole que con el gobierno de Venezuela no se juega. Que si no somos tan poderosos en cantidad de armamentos y soldados, la habilidad y el valor suple con creces esas deficiencias. Que se ha visto con frecuencia un puñado de hombres libres vencer imperios poderosos. Que es lo mismo para Venezuela combatir contra España que contra el mundo entero, si todo el mundo la ofende.(4).

Van implícitas en estos argumentos de Bolívar las ideas morales de Tolstoi y de Gandhi sobre los conflictos bélicos. Aunque estos dos humanistas eran severos pacifistas, aseguraban que la guerra la ganaba quien contase con más fuerza moral, con más seguridad en sus derechos y principios.

Concluimos este análisis diciendo que fue para el Libertador tan enojoso este asunto de los yanquis que jamás lo pudo olvidar. A finales de 1825 llamaba a los yanquis regatones americanos. Regatón, como se sabe, significa vendedor al por menor, persona que regatea mucho. Esto es el mejor título que le queda al país de los best sellers , al que vende el amor, que vende sus presidentes, que negocia con la mafia y con tiranos y que trafica hasta con Dios en mil sectas o compañías diferentes. Aborrezco a esa canalla de tal modo -dirá el Libertador de los yanquis- que no quisiera que Se dijera que un colombiano hacía nada como ellos.

Recuérdese que cuando dice colombiano se refería a los habitantes de la Gran Colombia, país que comprendía a Venezuela, Ecuador, Colombia y lo que hoy es Panamá.

Recordar a Bolívar y nuestra historia aviva en nosotros el sentimiento antinorteamericano...

Cita

1.- También EE.UU, practicaba desvergonzadamente el contrabando de armas a favor de los realistas, y el comodoro ,Stewart de la marina de guerra de EE.UU. espiaba para ayudar a España.

2.- Fue el 8 de marzo de 1822 cuando EE.UU. reconoció la independencia de Colombia.

3.- En 1820 escribía Bolívar a José Tomás Revenga: jamás conducta ha sido más infame que La de los norteamericanos con nosotros: ya ven decidida la suerte de las cosas y con protestas y ofertas, quién sabe si falsas, nos quieren lisonjear para intimar a los españoles y hacerles entrar en sus intereses.

4.- El 3 de febrero de 1827 el cónsul de EE.UU. en Lima, Mr. William Tudor, envió al Departamento de Estado una muy significativa casta -a raíz del trastornado congreso de Panamá- donde decía: La esperanza de que los proyectos de Bolívar están ahora

efectivamente destruidos es una de las más consoladoras. Esto no sólo es motivo de felicitación en lo relativo a ¡a América del Sur, liberada de un despotismo militar y de proyectos de insaciable ambición que habrían consumido todos sus recursos, sino que también Estados Unidos se ve aliviado de un enemigo peligroso en el futuro... Si hubiera triunfado estoy persuadido de que hubiéramos sufrido su animosidad...

(Del libro Bolívar: Pensamiento precursor del antiimperialismo, de Francisco Pividal.)

Santander el estafermo de las leyes

¡Desgraciados de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! Porque sois como blancos sepulcros, cuyo exterior parece soberbio, pero cuyo interior está lleno de osamentas humanas y podredumbre. De igual modo vosotros, exteriormente, parecéis justos entre los hombres, y por dentro no sois más hipocresía e iniquidad. Mateo, XXIII, 27:28.

Tendría Bolívar unos cuarenta años cuando el joven Santander comenzaba a verle con más admiración que amor y con más envidia que deseos de emulación. Era el joven y gallardo granadino, alto, corpulento, blanco, de cabellos lisos y castaños. Su educación y la conciencia de su importancia política, al lado de su afortunado aspecto físico, conjugaban armoniosamente con ese carácter áspero del militar que había pasado la mayor parte de su vida dando órdenes y que jamás admite la menor contradicción.

Bajo la férula de su férrea ostentación de mando estuvo la generación más aguerrida e ilustrada de lo que hoy es Colombia, Ecuador y Venezuela. Los presidentes granadinos Márquez, Herrán, López, Cipriano Mosquera y José María Obando fueron en parte sus pupilos políticos; ante él se inclinaban con admiración y respeto, y a él en parte le debían el influjo y la preponderancia de sus cargos, de sus charreteras y de sus honores burocráticos. Otros, como Páez, Sucre y Juan José Flores (que llegaron a ser en distintas épocas jefes de Estado de Venezuela, de Bolivia y del Ecuador) tuvieron que responder de sus actos políticos y militares ante ese Jefe constitucional de la Gran Colombia, llamado por Bolívar el hombre de las leyes.

No sólo fue Santander el creador del primer partido político colombiano, el Liberal, sino que fue el iniciador de esas estrategias desafortunadas de perturbación social, que tantas guerras intestinas han traído a nuestros pueblos. Sus sólidos y brillantes conocimientos sobre leyes y la administración del Estado se convertían en él en un arma para el personalismo político, para la satisfacción de la vanidad, y el pago de sus propias venganzas, odios y rencores.

La interpretación y aplicación de las leyes del Estado fueron sus mayores manías intelectuales. Se consideraba -siguiendo las normas de Cicerón- un esclavo de las leyes; que esta esclavitud era el único camino hacia la libertad y la verdadera paz pública; aseguraba, de modo enfático, que el pueblo más desgraciado era aquél donde se humillaba y ofendía a la razón.

Estas manías lógicas y estrictamente axiomáticas de interpretar la constitución, no fueron ejecutadas por Santander con un espíritu sano de imparcialidad, ni con un juicio sereno, desprendido de amor propio, sino con frívolos deseos de fama, de figuración, de autoadmiración.

En este trabajo veremos parte de ese subterfugio legista y de esa sutileza psicológica de Santander, que le hizo el máximo representante de la legalidad, a la vez que el más instigador a la anarquía, a la rebelión "constitucional" y a la desmoralización de las instituciones de nuestras nacientes repúblicas, como eran el ejército, el Congreso y el Poder Judicial.

Eso sí, Santander ponía una constancia infatigable, reiterativa y obstinada en la consecución de sus objetivos, ya fueran nobles o perversos. Es bien sabido que, al tiempo que trataba los asuntos más disímiles con sus secretarios, escribía cartas y artículos para los periódicos. Leía en inglés o en francés y estaba al tanto de lo que pasaba en el mundo. Leía a los clásicos griegos y latinos y tenía el genio de transformar antiguas sentencias en argumentos de fuerza alucinadora y convincente. Era un ferviente admirador del sistema democrático de EE.UU., y leía e imitaba frecuentemente a los más importantes políticos de aquel país. Monroe era una máxima de las guías morales y políticas de su intelecto, de su corazón.

Pero el modo esquemático y rígido de interpretar la vida dejó a Santander huérfano de ideas profundas. Hoy poco o nada se recuerda o pervive de lo que escribió, porque trabajó sólo para el presente aciago de su existencia como político de partido. No fue un hombre de sensibilidad poética o trágica; su dedicación apasionada por la polémica lo mató prematuramente. Su final fue horrible porque murió desahuciado de toda fe, sin amor y con el silencio capcioso, desolado y amargo de los que no se arrepienten de sus crímenes, de sus traiciones, de sus ingratitudes...

Nació Santander en 1792, en el Rosario de Cúcuta, frontera de la Nueva Granada con Venezuela. Este accidente -como veremos- hizo de Santander el político más afortunado de la revolución de nuestra independencia. De haber nacido venezolano, sus talentos políticos y militares habrían sido escuálidos, comparados con los estadistas y guerreros que se forjaron en Caracas, en la costa de Oriente y los llanos de Apure.

Desde muy joven Santander mostró especial interés por la lectura y se vio favorecido por la ayuda de un clérigo que lo orientó positivamente en sus estudios. En Santa Fe se dedicó al estudio de las Santas Escrituras y adquirió ese estilo pomposo, grave y barroco que se observa en sus discursos, actas y proclamas. Sin embargo, ese estilo, un poco confuso y recargado, habría de darle grandes ventajas en su proselitismo político.

En 1810 estallan los primeros brotes de la revolución y Santander con su juventud e inteligencia busca los puestos de avanzada. No llegaba aún a la veintena cuando ya estaba incorporado a las primeras milicias populares que se organizaron en Santa Fe. Allí recibe las primeras lecciones en el manejo de las armas en un cuerpo de veteranos que se llamaba El Fijo.

Oye con fervor los discursos patrióticos y se va empapando de las cuestiones políticas que trastornan a Europa. Lee los periódicos extranjeros con avidez y en las noches mientras los demás duermen o descansan él camina tenso, enamorado de sí mismo. Habla solo, en voz alta, canta y recita de memoria aturcidas frases de los románticos de la época. Él vive su propio caos placenteramente; aun sus odios y pasiones son indefinidos; cree estar en el centro vital de los acontecimientos de su tiempo. Llegan frecuentemente a él los nombres de Nariño, Urdaneta, Manuel Castillo, baluartes de la euforia revolucionaria. Entonces muchos creían que España aceptaría las pérdidas de sus colonias, ilusión que duraría muy poco: los ejércitos del rey ya venían sedientos de venganza a restituir la esclavitud, a humillar las inauditas pretensiones de los rebeldes. En aquel primer torrente de muerte y anarquía, Santander va a entrar en la campaña de Cúcuta y Pamplona; va a dar sus primeras órdenes; palpará de cerca la sangre y la muerte, el dolor, la impotencia y el crimen; se irá haciendo hombre a fuerza de maltratos.

Arenga en ciudades y campos, y algunos oficiales ven algo más que el hombre culto, apasionado; tiene cierta distinción innata; desenvoltura natural y decidida. Se pronuncia por una guerra a muerte y sin cuartel contra los españoles. Percibe que su mejor arma está en la pluma y comienza a escribir cartas y artículos con facilidad. Su estilo es duro, apasionado y cáustico. No perdona a nada ni a nadie en sus ataques desmedidos contra la tiranía extranjera. Ve, siente, que la gente se le inclina; que se le escucha y obedece y descubre entonces que su destino puede ser mágico, fastuoso bajo un cielo y un sol todavía desconocidos. Lee mucho sobre leyes, sobre Alejandro y César, y penetra en el saber político de Alcibiades, Catón, Aristides. Prefiere entonces la actitud de Cicerón a la de Catilina. Comienza a descubrir sus propias habilidades administrativas, hace acertadas observaciones de cómo podrían equilibrarse los distintos poderes de un Estado democrático. Se siente un republicano de corazón, pero todavía cree que una monarquía liberal podría ser el primer paso para la integración de nuestra caótica y esmirriada sociedad. Sólo algo le preocupa vivamente y es que su nombradía dependa de su heroísmo como guerrero. Él no está hecho para la guerra, para ese coraje desproporcionado, incesante y violento que oye de otros guerreros como Bermúdez, Piar, Urdaneta, Páez, Mariño y Arismendi. Si algún día su razón, su estilo republicano, triunfa, sin duda tendrá que vérselas amargas con ellos; ¿y cómo aceptar rebajarse a tamaña chusma, a tan insolente barbarie?...

Santander, Nariño
y nuestro presente

Guardaron la ley del silencio, mirándola como
la ciencia divina. Pero entendieron en secreto las
voces, sobre las que le hubiera sido difícil callar,

si no hubiesen sabido de antemano que
el silencio también es un lenguaje.
Preceptos pitagóricos.

Es el año de 1823. En este año Santander se muestra enemigo de la Federación tan sólo porque él es el eje del gobierno central y también porque Nariño y algunos venezolanos la sugieren como la mejor forma de gobierno. Al mismo tiempo ataca Santander a Zea, otro prócer granadino. Santander -obcecadamente ambicioso- se propone destruirlos (a Zea y a Nariño) porque sabe que la vicepresidencia es forzosamente cargo para los granadinos. Siendo Bolívar el presidente de la República y procurando éste la creación de la Gran Colombia -aunque había venezolanos de altas luces como Pedro Briceño Méndez, Mariano Montilla, Urdaneta, Miguel Peña, Soublette-, no podía, por elementales razones de política, dejar los altos cargos todos en manos de sus paisanos.

¡Qué afortunado Santander, que nació en el Rosario de Cúcuta, a pocos kilómetros de la frontera con Venezuela! Sólo ese hecho, ese azar -como hemos dicho-, forjó su ambición y toda su ilusión política. De otro modo -ya que sus triunfos eran básicamente militares- en Venezuela habría estado por debajo de Mariño, Bermúdez, Páez, Arismendi, Urdaneta.

Los ataques de Santander a Zea y Nariño llegan casi al frenesí, a una obstinación enervante. Bolívar no sospecha que detrás de ese carácter legalista y sutilmente venenoso del vicepresidente, se encuentra su propia ruina moral, la anarquía y la catástrofe de Colombia. Algunos se lo advierten, pero el Libertador no es hombre de habladurías. No puede creer que Zea es un personaje de dudoso patriotismo, como se lo pinta el jefe de Bogotá, y que Nariño, un intrigante y canalla que no hace más que instigar al caos o a la federación; que es un viejo ambicioso y perverso.

Santander, pretendiendo defender al presidente de los cargos que él mismo inventa, no busca otro motivo que limpiar el camino de contumaces y contrincantes. Nariño -que hacía poco le había disputado la vicepresidencia- por sus dotes de patriota y su resplandeciente pasado político, era enemigo nato de sus pretensiones. Zea, por su parte, había cometido el inexcusable error de criticarle públicamente el fusilamiento de los treinta y nueve oficiales españoles tomados en Boyacá.

La frecuencia con que Santander se queja de estos dos granadinos alarma y preocupa al Libertador, porque lo hace directamente, a través de la prensa, por anónimos y con la ayuda de diputados inescrupulosos como lo son Soto y Azuero. Y finalmente sus ataques parecen darle buenos frutos, porque comienza a aparecer entre sus connaturales del Congreso como el posible sucesor político del Libertador. Comprende por primera vez que los Azueros y Sotos son los secuaces ideales para su ambición. ¡Con estos hombrecitos Santander haría su partido, su República!

No se comprende -en su amor a las glorias del Libertador- ese modo agresivo y obcecado que despliega Santander contra Nariño. Estaba el pobre Nariño desesperado, cansado de insultos y calumnias; decepcionado de los sacrificios hechos a la patria, de sus cicatrices, de sus canas, de sus desvelos. No hay un lugar de paz para sus huesos,

ni ningún respeto para su pasado. Bolívar no ha tenido tiempo para aconsejarlo, para atenderle, y el vicepresidente -temiendo que no muera pronto- no le busca una posición desde donde despliegue sus talentos políticos o militares. Se encuentra el viejo patriota incomunicado y ofendido por el chismorreo, por los habladores de pasillo, que en aquellos días se concentraban en Bogotá. Y el centro de las hablillas era el propio vicepresidente, quien las reflejaba al Libertador. Bolívar contemplaba con pavor aquellas miserias, donde no veía otra cosa que su propio infierno, la maldición desintegradora de América. Fue una de las razones por la que siempre despreció las oficinas de gobierno. Allí no había más que intrigas, corrupción y petulancia.

Viendo el Libertador que la campana contra Nariño -con todos los aperos de las más rudas acusaciones- está basada en una supuesta defensa de su propia reputación, se dispone a parar el trote. Recapacita sobre su anterior conducta y trata de llamar a la cordura al vicepresidente. Fastidiado, por tener que hablar de mezquindades y rabietas pueriles, le escribe a Santander: No he leído ni encontrado los papeles insultantes -se refiere a los que el vicepresidente dice que Nariño escribe contra él- de que usted hace mención; tampoco he leído los números del Patriota del 13 en adelante. Lo único que puedo decir a usted es que, en el caso que usted está, debe mostrar moderación y generosidad de principios. Rousseau decía que las almas quisquillosas y vengativas eran débiles y miserables y que la elevación del espíritu se mostraba por el desprecio de las cosas mezquinas. Yo he ganado muchos amigos por haber sido generoso con ellos, y este ejemplo puede servir de regla. Si esos señores son justos, apreciarán los talentos y los servicios de usted, y si no lo son, no merece que usted se mate por ellos... Recorro muy velozmente la comparación que usted hace de Nariño y yo; ya esto es llegar a las manos, y ya también es tiempo de ir parando el trote del caballo por una y otra parte.

Insiste el Libertador en sus consejos pedagógicos y le dice que trate de ganarse a todo el mundo, para que haya quietud y fuerza; de otro modo -le advierte- no habrá sino disensiones, contradicciones y penas, y después flaqueza y más flaqueza de ánimo y de medios.

¿Pero qué hace Santander ante estos consejos? Realmente no comprende o no quiere comprender el alma grande del Libertador. Se queda siempre en los huesos raquíticos de las palabras, en las formulaciones legalistas de las ideas, en la testarudez de sus abstracciones. Responde a Bolívar con un prurito y una afectación odiosa, casi femenina: Por mi parte jamás le diré (a Nariño) ni indirecta ni nada que pueda ofenderle -pero aclarando-, mientras su Señoría no me toque.

Poco después, le escribe al Libertador que se ha reconciliado con Nariño. ¡Pero vaya reconciliación! Más habría valido que no hubiera escrito aquella carta conciliadora al insigne anciano, porque va en estos términos: Yo no escribo a usted para que me conteste, pues sería una imprudencia hacerle trabajar con sus enfermos ojos; escribo, porque esta es una prueba de amistad... La carta es completamente seca y chocante y no hace más que referirle una serie de hechos insustanciales y fastidiosos, que no tienen nada que ver con la amistad que aparenta ofrecerle.

¿Podía contener el Libertador -preguntamos- este infierno de politiqueros y ganar tanto a Nariño como a Santander, a Páez como a Bermúdez y Mariño, para la verdadera causa

de la unión y la paz? Sabemos hoy que sus esfuerzos inauditos fueron en vano y que todavía sobre el escombros de sus huesos reverbera la desolación, el crimen y la intriga. Y que, ayer como hoy, los fariseos de partido que cantan sus glorias es la misma canalla santanderista sin sentido de orden ni patria alguna.

El propio Bolívar había dicho una vez que luchar contra los elementos de partido era como luchar contra lo imposible. Yo no puedo -decía- luchar contra la naturaleza de esta tierra ni variar el carácter de los hombres débiles.

Así pues, que comprendiendo Bolívar que el odio de Santander a Nariño era enfermizo, no podía él identificarse con sus quejas personales; le aconseja moderadamente, en sus cartas, que domine su carácter. Que no le conviene -le dice- que siga escribiendo panfletos y anónimos, porque eso no es propio de uno de los primeros magistrados de la República. Al mismo tiempo el Libertador se siente adolorido y hasta culpable por la situación moral de Nariño, quien recientemente le había escrito diciéndole que quería irse de Colombia o llegarse hasta donde él, en Guayaquil. Aquella carta debió haber impresionado mucho a Bolívar, porque Nariño vivía una resignación angustiosa y humillante; era que se moría -porque estaba enfermo en una cama- sin gloria, hundido en la ingratitud de sus compatriotas y abandonado de la patria que tantos servicios le debía. Horrenda pudo haber sido la visión que entonces tuvo Bolívar de su propio destino. La canalla que le rodeaba le reservaba, a él, el mismo fin.

Inmediatamente le responde el Libertador a Nariño diciéndole que quiere verle y ayudarle, para sacarle del amargo laberinto de la capital. Al mismo tiempo -con remordimiento de culpa por haberlo atacado (a Nariño), tal vez injustamente e influenciado por Santander- le escribe al vicepresidente las siguientes líneas: Nadie puede hablar de sí sin degradar de algún modo su mérito (era muy propio de Santander alabarse en demasía cuando atacaba a sus enemigos). Es tan fuera de propósito el que el primer magistrado sea redactor de un papelucho, que no puede imaginarse el mal que se hace. Le pide que no siga utilizando ese procedimiento aunque sea para defender a Colombia o aterrar a sus enemigos, porque ese sistema, aunque produce bienes, hace odiosos a sus creadores. Le asegura que muchas cosas son útiles y los que lo ejecutan quedan para siempre aborrecidos, desahuciados de sí mismos y de la sociedad.

Nariño no tuvo tiempo de ver al Libertador y murió solitario en un abandono parecido al que habría de sufrir el padre de la Patria y tantos otros forjadores de nuestra libertad. En nuestra revolución de independencia pudieron más los materialistas habilidosos que los verdaderos principios republicanos y liberales. Por la ineptitud moral de Santander para comprender las enseñanzas del Libertador se ve que no era más que un simple hombre de partido, un administrador de bufete, lleno de ideas terrestres, de vanidad y deseos de figuración. Nunca siguió uno sólo de los consejos del Libertador -lo que prueba que era bastante cínico, además de hipócrita-, porque siguió en su manía de escribir anónimos contra sus enemigos desde la vicepresidencia. Más tarde como presidente haría lo mismo y su estilo insultante y ofensivo fue su diario laborar hasta la muerte. No aceptaba la menor réplica ni contrariedad de aquéllos que eran sus subalternos, y una agría

polémica con un general granadino lo llevó prematuramente a la tumba. Jamás se retractó de una sola de sus acciones, aunque ellas habían devorado a Colombia.

Cuando Bolívar estaba moribundo en Santa Marta, Santander bebía el vino de su venganza en Europa. Finalmente Colombia se escindía: por un lado Pedro Briceño Méndez, Mariano Montilla, Juan Francisco, Revenga, Castillo y otros pocos pretendían revivir el país a la cabeza de Urdaneta; del otro lado estaban los liberales apoyados por Soto y Azuero secundados por Páez, Mariño, Peña y Guzmán en Venezuela. Los indiferentes eran la gran mayoría; algunos desintegraban al país, incluso de buena fe, obnubilados con un nacionalismo de pequeño alcance y confundidos con una falsa ilusión de bien.

Sí, más pudo en aquella revolución la necesidad del simple existir que todas las ideas grandiosas de la unión colombiana, de la confederación latinoamericana y de todos los principios morales y humanos del Libertador. Triunfó un Páez que, después de la independencia, luchó sólo para conservar sus haciendas y su poder. Triunfaron un Santander y un asesino como Obando.

Hoy estamos absolutamente persuadidos de que Bolívar no comprendería nuestro presente: la indignidad con que los gobiernos de América se inclinan y se venden a las potencias colonialistas; las horrendas dictaduras al servicio del imperio norteamericano y la infinita necesidad de nuestros gobiernos que nos han hecho dependientes de los trust y de los bancos internacionales más allá de los tuétanos de varias generaciones por venir.

Así y todo nuestros políticos de partidos celebraron con grandes luces y ruidos el bicentenario del nacimiento del Libertador, cuando no hemos hecho realidad sus esperanzas, ni los más elementales principios de la moralidad que propugnaba.

Las ideas liberales y partidistas de Santander son las que América Hispana celebra y practica desde la muerte del Libertador. No hay, en medio del horror de nuestras disensiones, el espíritu de amor necesario para hacer justicia a los dolores, al pasado del Libertador.

La guerra a muerte

¿Por qué es necesario que las acusaciones sean escuchadas con tanta avidez y las apologías sean recibidas con tanta indiferencia?
Diderot.

En la Guerra el dios de la victoria es el dios de la muerte también.

En toda guerra (y mucho más en las de independencia), los decretos de exterminio al enemigo van siempre implícitos. Tomemos un ejemplo que corresponde más o menos al tiempo de las guerras de Bolívar: la batalla de Borodino en 1812. Ochenta mil personas murieron en aquella batalla. En Guerra y paz, de Tolstoi, dice el príncipe Andrés: Si no dependiera más que de mí, no haríamos prisioneros. ¿Prisioneros? Eso es puro quijotismo. Los franceses han saqueado mi casa y piensan saquear Moscú... No hacen más que ultrajarme en todo instante. Hay que matarlos. Desde el momento que son mis enemigos, no pueden ser mis amigos, pese a todos los hermosos discursos de Tilsitt.

Lo que todo el mundo hace en una guerra es declarar una lucha a muerte al enemigo, ni más ni menos; Bolívar afrontó esta responsabilidad con las consecuencias que implicaban para su reputación, para su gloria. Era una situación insalvable. No podía seguir permitiendo que el genio del crimen tuviera entre nosotros su imperio de muerte. Nadie -exclamaba indignado- puede acercarse a ese imperio sin sentir los furores de una implacable venganza.

Pero veamos lo que agrega el príncipe Andrés: No hacer prisioneros sería transformar toda la guerra y hacerla menos cruel. En lugar de eso, jugamos a la guerra; por desgracia nos hacemos los generosos. Esa generosidad me recuerda la de una damisela que se siente mal al ver degollar una vaca: su excelente corazón no le permite ver correr la sangre; pero luego no tendrá empacho en saborear esa misma vaca aderezada con una buena salsa. Se ponen de relieve las leyes de la guerra, la humanidad, la caballería, el respeto de los parlamentarios, etc. ¡Tonterías todo ello!... No; ¡no hay que hacer prisioneros, sino matarlos a todos e ir uno mismo a la muerte!... Sin esa falsa generosidad, no iríamos más que cuando hay que ir, a una muerte cierta... Así sería una guerra más auténtica... ¿Qué tiene que ver la guerra con la

galantería? ¿No es ésta la más infame que hay en el mundo? Habría que acordarse de eso y no convertirla en una diversión; esa terrible necesidad debe ser aceptada con la seriedad requerida. Apartemos toda mentira: la guerra, pues, es la guerra, y no un pasatiempo. No hay que hacer de ella un recreo para uso de ociosos y de espíritus ligeros...

Y Saint-Just, la espada de la revolución francesa, exclamaba: Más valdría llenar los cementerios que las prisiones con los traidores.

Decía Bolívar mucho antes que Tolstoi: La guerra se alimenta del despotismo y no se hace por el amor de Dios.

Napoleón (totalmente distinto de Bolívar como guerrero), con su mente lógica, disciplinada en el arte de las matemáticas y los meollos tácticos, decía que los rusos le habían jugado sucio; que él les había ganado la guerra con todas las de la ley, limpiamente, y sin embargo ellos no terminaban aceptando las reglas de la derrota. ¿Y cuáles son esas reglas?, se pregunta todo el mundo. Y nosotros repetimos exactamente la misma pregunta a aquellos señores intelectuales e historiadores, que siempre han lloriqueado sobre los documentos de la Guerra a Muerte.: ¿Y cuáles son esas reglas de la guerra, señores?.

Tolstoi añade: La finalidad de la guerra es el homicidio; sus medios el espionaje, la traición y el estímulo a la traición, la ruina de los habitantes, el pillaje y el robo organizado para la subsistencia del ejército, el engaño y la mentira adornado con el nombre de ardid de guerra...

-¡Nada de prisioneros!- fue también la orden de Napoleón el día anterior a la batalla de Borodino.

Han sido muchos los historiadores y escritores que han hablado de La horrenda mancha del Decreto de guerra a Muerte. El historiador Aníbal Galindo dice que el mundo no ha oído antes en boca de Alarico ni de Atila semejante grito de exterminio y de muerte. Mitre habla de los excesos bélicos de los patriotas después del decreto, y nuestro talentoso Juan Vicente González también se quejaba.

Habría que repetir que la guerra no es asunto de oficinistas ni de burócratas del espíritu. La mayoría de las frases que han acuñado contra ese decreto son producto de una filantropía falsa e incluso ociosa; no hay nada de sincero ni convincente en ellas, y sus quejas poco tienen que ver con la realidad de aquel junio de 1813.

Dice, por ejemplo, Gil Fortoul: que oscuros y desalmados aventureros, como Monteverde y sus tenientes, quisieran acabar con los blancos criollos es cosa explicable por el interés personal, pues en la guerra americana buscaban sobre todo ascensos militares y recompensas materiales... pero que un patricio de refinada cultura como Bolívar, y sus nobles tenientes como José Felix Ribas, Rafael Urdaneta, Santiago Mariño, Juan Bautista Arismendi y tantos más se contagiasen enseguida de la pasión vandálica de un Tizcar o un Zerberis es cosa que revela un descarrío mental poco comprensible por el despecho de haber sido derrotados en 1812 y la necesidad de desquitarse a toda

costa... Al equipararse éstos en salvajismo con aquellos, no hicieron más que retardar el triunfo definitivo de la independencia.

¡Puro palabrerío fraudulento!

¡Retardar la independencia, como si la experiencia no nos demostrara, en el caso de Cuba y Puerto Rico, que los españoles eran insensibles al suave trato de negociaciones políticas! Cuando los historiadores y políticos más prudentes de la Nueva Granada - como Restrepo, Posada Gutiérrez y los Mosqueras-, que conocían la condición política de nuestros pueblos y la poca moral de la mayoría de sus dirigentes, llegaron a la conclusión, después de insufribles años de inseguridad -1860-, de agitación e inestabilidad social, de que si Bolívar no nos hubiera libertado todavía habríamos seguido siendo una colonia.

Estamos seguro que de haber vivido Gil Fortoul en los negros años de la revolución, habría sido uno de los indecisos; de los que veían hacia qué lado se doraba mejor la situación, para prestar allí sus servicios. Fortoul -que por una contradicción inexplicable tituló su historia Historia Constitucional de Venezuela- fue un puppet de la dictadura más bochornosa que haya sufrido América; entonces él, que tal vez ya se había empapado de humanidad, de filantropía y gran sensibilidad política, mucho más que aquellos patricios a quienes tanto criticaba, debió haber combatido -como lo hicieron Pío Gil, los Blanco Fombona, Pocaterra, etc.- a Juan Vicente Gómez, la vergüenza de América.

Habríamos querido saber cuál era la respuesta filantrópica del señor Fortoul a la rabiosa crueldad de los españoles; al espectáculo de ver las ciudades y los campos con niños, mujeres y ancianos desollados, sacados los ojos, arrancadas las entrañas. ¿Cuál habría sido su actitud ante aquellos tigres que habían hecho exclamar a Bolívar que los tiranos de la América no eran de la especie de los hombres? Qué fácil -en palabras de Diderot- es para los que están en la orilla, desde la que contemplan ociosamente a un piloto que combate con el furor de los vientos y de las olas, exclamar: Ese hombre debía gobernar su barca de otra forma, mientras que, si tuvieran el timón en la mano, se hallarían más embarazados sin comparación, e incluso naufragarían de mala manera.

La Guerra a Muerte tiene complejidades profundamente arraigadas al carácter español. Bolívar era sincero y expresó en un documento la guerra que tenía que llevar contra aquel enemigo terrible. Napoleón aniquiló contingentes enemigos cien veces superiores a los que enfrentaba Simón Bolívar; con mayor o igual furia y denuedo los atacaba y destruía, pero no por ordenanza escrita sino de viva voz.

¿Qué clase de historiador era Gil Fortoul que decía que lo de la Guerra a Muerte era por el despecho de haber sido derrotados en 1812? Por eso los jóvenes no deben confiarse de las mentiras de los académicos. La guerra no era asunto de intelecto ni de materia gris sino de resolución, de carácter. Cuando el literato retoca sus papeles en un departamento oficial tiene que mirar a los lados y sopesar el qué dirán; en la guerra se vive en medio de un equilibrio inconsciente, espontáneo e imprevisible.

No nos horricemos, pues, en un acto de matar, en una guerra como aquella.

Bolívar estaba en su mejor momento. Con una confianza ilimitada en sí mismo; sabía mejor que ningún otro lo que hacía y su seguridad arrastraba a los cobardes, a los indecisos, tullidos y tontos. Pero ese valor no era brutal, como lo poseía un Páez, Córdoba, Obando o Infante. Bolívar además tenía armas más mortales que el simple coraje militar -que después de todo no sirve para nada.

Tenía certeza inconsciente de su destino y un atrevimiento y una nobleza que conquistaba a los dioses, y éstos parpadeaban en medio de sus proezas.

Gil Fortoul quería complacer a la clientela de sus seguidores que estaban muy lejos de comprender los nervios de un Bolívar. O tal vez lo comprendían, pero tenían miedo de confesárselo a sí mismos. Esto ocurre con frecuencia.

En cambio un T. E. Lawrence escribe con extraña perturbación en una de sus cartas: El último destrozamiento lo hice hace pocos días en el ferrocarril de Hedjaz, donde hice volar un tren con dos máquinas ¡Oh, los dioses fueron misericordiosos! Matamos a un número muy elevado de turcos... No seguiré mucho tiempo con este juego; fallan los nervios, el ánimo se resiente, y uno necesita ilimitadamente de ambos... Este matar y matar turcos es atroz. Cuando uno ha terminado los encuentra hechos pedazos, muchos de ellos vivos todavía, y uno sabe que ha hecho lo mismo con centenares de ellos antes, y que hará lo mismo otra vez, si le dejan.

Ya los españoles nos habían declarado una guerra a muerte: la de la esterilidad, el bostezo y la holganza, y tenía más que razón Bolívar en proclamar que era preferible replicarles atrocemente antes que sufrirla. El Libertador quiso hacer en parte un experimento de amputación que requería de una mano y de un pulso único. Desmembrar esa parte nefasta, mercantilista, esclavista, criminal, pordiosera, aventurera y mercenaria que era la sucia España que había emigrado hacia nosotros. Después de siglo y medio de tan cruenta guerra, padecemos más o menos los mismos males. Han cambiado tal vez los nombres de las calles, de las plazas y el color del cielo; la moda del vestir y del caminar serán diferentes, las aldeas se habrán transformado en ciudades, las chozas en altos edificios y las recuas de mulas en ampulosos carros. Pero, en el fondo, el hombre macilento, el carácter a veces turbio, otras rabioso y dejadizo, persevera haciendo entre nosotros estragos. Domina ese carácter altanero que pretende ocultar la incapacidad o la ignorancia; esa árida verborrea que rabiosamente protege a la mediocridad. Los cabildos, sindicatos, partidos y congreso siguen bajo la estridencia de leguleyos, de seudocaudillos y fariseos, y nos ahogamos en el sopor de una agonía sin nombre. Verdea mucho la mala hierba en nosotros: divididos más que nunca, explotados y dependientes de las potencias extranjeras más que nunca, imitadores de todo lo malo más que nunca: nuestros países mantienen en el horizonte turbulentas nubes de tempestad política, miseria, anarquía, desesperanza. Toda esa hierba mala habría querido Bolívar calcinarla con su voz y con su espada.

Dice Indalecio Liévano Aguirre: El deseo de establecer una situación privilegiada para los americanos, aunque fueran enemigos, y una guerra sin cuartel contra los españoles, así fueran indiferentes, revela muy a las claras el propósito de Bolívar de crear una

frontera definitiva entre España y América, de la cual se engendrara la conciencia americana frente a la Metrópoli. A la lucha de razas y de castas desatada por los caudillos españoles, que había hecho de la guerra de emancipación una guerra civil entre americanos, Bolívar contestaba con la guerra a muerte, destinada a transformar la lucha en una mortal contienda entre españoles y americanos, a unificar al Nuevo Mundo frente a la Metrópoli conquistadora.

Que esta forma de guerra obedeció a la necesidad de establecer una tajante separación entre España y América, para poner término al engrosamiento progresivo de las tropas realistas con nativos del continente, y evitar el paso de desertores de las fuerzas republicanas a las del monarca hispánico...

Ahora, obsérvese, que esta guerra no se llevó a cabo en territorio granadino, consecuencia por la cual allí quedaron más o menos intactos los más perniciosos elementos del pasado, de la enferma y torpe España que vino a nosotros, fuertemente adherida a las costumbres del pueblo y en gran parte a la vieja estructura feudal y administrativa de sus gobiernos. Las primeras convulsiones que iban a chocar contra el sistema republicano se dieron en Pasto, la crema más retrógrada e infernal de lo que nos llegó de la península. Allí, encastrada la sangre belicosa del conquistador con bárbaros y antiguos caníbales, se produjo una explosiva raza que tendría en jaque a Bogotá por varias décadas. Nació de aquí el mito de la rebeldía granadina representada por indios, y a estos salvajes se les harían monumentos.

Más tarde la locura de Pasto se apagó, como se apaga todo, pero quedó su abominable enseñanza, y los elementos más atroces se usarían luego en las guerras nacionales. Iba a intervenir principalmente en estas contiendas la infecta España que había quedado intacta de la hecatombe independentista. Y Boves y Morales, Calzada y Tízcar iban a quedar pálidos ante el derroche de terror y descuartizamientos que los distintos bandos se inferirían. Cuando Bolívar entró en la Nueva Granada, casi todo el mundo asustado se llamó colombiano y al "Tirano en Jefe" le tembló la mano para realizar lo que se había propuesto: extirpar la oscura e infernal herencia de la torpe España.

Entonces quedaron todos los elementos que habrían de provocar la violencia colombiana, tan parecida a la española y que lleva ya tantos muertos en este siglo -con sus perfiles grotescos y absurdos- como la guerra civil española. Hoy, aún se oye en los pueblos el macabro batir de tambores excitando al odio cada vez que cae "un combatiente". A mediados del siglo veinte, la violencia ha recrudecido. Dejo a monseñor Germán Guzmán Campos que nos hable de un genocidio en La Mesa de Limón, donde "mueren 13 personas. La cabeza de un niño de tres meses la dejan sobre una estacada frente a la del padre ensartada en otro poste de la cerca".

Esta no puede ser la gleba que se hace justicia. Hacer justicia suicidándose en sus hijos de la manera más horrible; parto bestial de la locura que campea en esta tierra. Y hay que afrontar el horror aunque nos tiemblen los ojos, y nos apriete el asco porque esto fue lo mismo que palpó el Libertador en su tromba de rehabilitación el año 13. Monseñor Guzmán refiere el siguiente relato fidedigno de un campesino: "ultimaron a una familia cuyo hijo menor de seis meses fue estrellado contra un cimiento por Luis A. Silva, quien

luego lo descabezó para impedir -según sus propias palabras- que el cuerpo del 'chino', siguiera brincando "; otro fue crucificado sobre un tablón, expuesto al sol y luego rematado por los puntillones que le clavaron por los ojos... y a Jesús Anzola le quebraron los dientes con unas tenazas, le rebanaron las plantas de los pies y lo obligaron a caminar por sobre el piso regado de sal hasta que expiró de dolor".

¿De dónde viene esta avalancha histórica, sádica, sino de haber impedido -por puro capricho demagogo, hipócrita de los liberales desde 1828 - darle poderes a Bolívar y que éste calcinara con leyes implacables el vicio enervante del crimen del 13, que poco a poco se veía reverdecir?

Ahí está hoy Colombia, con el fruto obtenido de la abstracción de una república aérea, con sus leyes jamás entendidas, frías como la geografía de la altiplanicie, sede central del gobierno, con su plaza donde el Vicepresidente caracolea su caballo sobre los cuerpos aún convulsos de los hombres fusilados, algunos de ellos, enemigos personales; (plaza en la que para bochorno de la humanidad se ha colocado a Bolívar a sufrir los más espantosos atentados terroristas); se nos ahoga el alma, en esta barahúnda de inextricables maldades, cuyas frías leyes desencadenaron una guerra fría donde los bandos exclaman: "Qué paz del carajo, lo que importa es la victoria"; el grito maligno de la peste realista que una vez lanzaron los pastusos, la guarida infernal de la antigua España, y que luego los demagogos explotaron para convertirla en el recurso de sus alzamientos.

Este desprestigio de Colombia ha traspasado sus fronteras. Cuando en un país ocurre un horrible crimen, la prensa sin averiguar mucho lanza la hipótesis de que son colombianos los culpables. Así ha sucedido muchas veces en Estados Unidos, y Colombia humillada, maltratada, ha tenido que protestar; una protesta cohibida, que suena a dolor, a pena, a tormento.

Veamos el panorama geográfico, político y humano que era la antesala de la guerra en que Bolívar se vería envuelto. Empecemos a decir que una de las guerras de independencia más devastadoras del planeta se dio en territorio venezolano. En nuestra América hispana, como en España, ha fructificado mucho la agresión, la autodestrucción. En política, en orden y disciplina hemos sido de los más despistados. El conquistador español vino en busca de oro para explotar salvajemente esta tierra y a sus hombres; no es extravagancia afirmar que algunos de nuestros caudillos eran también unos pequeños conquistadores, tan salvajes y destructores como los primeros que vinieron a América. No luchaban, de veras, por amor al país o ideal alguno. El grito de libertad para ellos era un estandarte anárquico preñado de maldición (el español de antes y el venezolano de hoy viven en nuestro país como en casa ajena, como gente indolente que va de paso; insensibles al caos y al hedor que nos rodea por los cuatro costados).

El grito de guerra a muerte lanzado por Bolívar contra los españoles es la etapa bárbara, brutal, de nuestra lucha de independencia. (Habríamos de tener más tarde -después de la batalla de Boyacá- la etapa espiritual de la revolución). Esta primera etapa, escandalosamente implacable, permitió someter bajo el imperio de la rudeza, de la

supervivencia del más fuerte de carácter y de voluntad, a las huestes revolucionarias desperdigadas y desunidas que vagaban por la exigua República.

No hay que llamarse a engaños: Arismendi, uno de nuestros generales en jefe, superó a muchos españoles sanguinarios en sus bárbaros procedimientos. Bermúdez, Piar y Páez tienen historias bien oscuras. Es que nuestros recursos humanos para hacer una revolución sólida y equilibrada eran de veras deplorables. Escuchemos a Bolívar: Cuántos resortes he tenido que mover para lograr los pocos sucesos que nos tienen con vida; para comprometer cuatro guerrillas, que han contribuido a libertarnos, fue necesario declarar la guerra a muerte; para hacernos de algunos partidarios fieles, necesitamos de la libertad de los esclavos; para reclutar los ejércitos del año pasado y éste -esto lo dice en 1820- tuvimos que recurrir a la formidable ley marcial... Todo esto es nada, y para conseguir este nada nos hemos empeñado en emplear el todo de nuestras facultades.

En aquella guerra infernal no era de esperarse, de ningún bando, consideraciones humanitarias. El español que vino a reconquistar las colonias, a las órdenes de Morillo, cometió en la Nueva Granada los asesinatos más abominables: niños, mujeres y ancianos indefensos fueron juguetes de la degollina inclemente. De haber conseguido España dominarnos con tales procedimientos, el mundo civilizado habría dado la razón al crimen. Estados Unidos, por ejemplo, con su repugnante imparcialidad, habría sido el primero en respetar la justa recuperación de las colonias por parte de España. Lo habría respetado hasta que su sensibilidad mercantilista se lo permitiera.

(¡Vaya vecinos que nos tocaron!).

España estaba desde hacía muchos años congelada en el barbarismo frenético de los semitas. Bolívar mismo nos dice que fueron ellos los que transportaron el Asia a América. Quienes nos enseñaron el Alcorán con sus prácticas, y nos habían inspirado con espíritu nacional el terror. Como corolario de estas afirmaciones añadía: Cuanto más pienso en esto, tanto más me convenzo de que ni la libertad, ni las leyes, ni la más brillante ilustración nos harán hombres morígenos, y mucho menos republicanos y verdaderamente patriotas. Por nuestras venas no corre sangre sino el vicio mezclado con el miedo y el terror. ¡Qué tales elementos cívicos! Basta de filosofía política.(1)

Parecía nuestra guerra de independencia un combate de diabólicos suicidas. Más pesaba en los españoles la sed de destrucción, el ansia del crimen, que el deseo de reponer pacíficamente las colonias al rey. Por nuestro lado, el desquite era la venganza de alguna afrenta inaudita: la sublevación de nuestra sangre humillada. Si algunos jefes españoles utilizaban como escarapela la oreja de los criollos en sus sombreros, uno de nuestros jefes patriotas llegó a exigir cierto número de cabezas de españoles para ascender en rango militar.

La nuestra fue una guerra civil tan espantosa como la que habría de sufrir la España del siglo XX. Dominar y expulsar a los realistas de nuestros territorios era asunto bien atravesado; es que eran hordas fanáticas con un pasado de leyendas terribles desde California a la Patagonia. En palabras de Cervantes, nuestra América era refugio y amparo de los desesperados de España, iglesia de los alzados, salvoconducto de los

homicidas, pala cubierta de jugadores, ñagaza general de las mujeres libres, engaño común de muchos y remedio particular de pocos.

Ambos bandos dan a veces la impresión de ser grupos enfermos que buscan aniquilar en el otro alguna clase de crimen íntimo, personal: algo así como lavar ultrajes entremezclados en esas sórdidas conveniencias que el esclavo ha tenido que conceder al poderoso. Era una lucha de desdoblamiento, un parto terrible de contradicciones raciales o, tal vez, una guerra severa de integración racial. Guerra que todavía padecemos solapadamente mientras nos adecuamos a los diversos elementos del medio natural.

Obsérvese que no había ninguna constancia en muchos de los primeros hombres que pasaron a dirigir la lucha. Claro que exceptuamos a personajes muy definidos, como era la gran mayoría de los criollos y hombres de carácter recio y patriota como José Félix Ribas y los Bolívar. En la masa había la más horrenda confusión: por un lado los españoles mezclados con pardos y negros llevaban una guerra de terror contra los mantuanos, aristócratas criollos; los indios y llaneros tan pronto seguían a los españoles como cambiaban de parecer, según los frutos y los placeres agresivos y violentos que les ofreciera el caudillo más atrevido y audaz.

Por ejemplo, cuando mataron al realista Boves las hordas que le seguían buscaron otro jefe que los guiara en sus hábitos devastadores; lo encontraron en Páez, quien de paso siempre anduvo indeciso y esquivo a las órdenes del Libertador. No estaba entonces muy seguro Páez de lo que hacía.

Páez fue el guerrillero venezolano más activo y sagaz; pero la guerra para él, durante un tiempo no fue más que satisfacción a sus ímpetus aventureros; una guerra caprichosa, exclusiva de su poder. No tenía ninguna cultura, no sabía nada de la historia de Europa, de sus sistemas políticos, ni de cabildos, ni de representaciones diplomáticas. Había visto que sobre América se extendía una onda de terror y para guarecerse de una muerte inútil se unió a llaneros bravíos, de mucho ñeque y empuje para el peligro. Poco tiempo le bastó para darse cuenta de que tenía poder natural de mando y que en cuanto a riesgo y desprecio por la muerte nadie le igualaba. La historia terminó gratificándolo; sin duda que lo merecía.

Por otro lado, imaginemos a Bolívar en medio de aquel infierno; un hombre culto y refinado como él, que se había paseado por fastuosos salones de la vieja Europa, que se había empapado de sus costumbres, que conocía a los clásicos griegos y latinos; amante de la verdad, del buen vivir, dominado siempre por el deseo de aprender y de emular a los grandes hombres...

Después de ese dulce baño de paisajes, sueños, placeres, holganza; de las sugerentes y exaltadas pláticas con Simón Rodríguez, Andrés Bello, Humboldt, Miranda, etc.; después de todo eso, viene a ese baño pulverizante: pavor, sangre, todos los cataclismos de la barbarie. Se sumerge en un horror que es privilegio sólo de santos, de mártires. Convivir y tratar con hombres que palpaban el crimen sin la menor vacilación; dominarlos, conducirlos, e inducirles humanidad y hacerlos útiles para la sociedad, ha sido una de las obras más grandiosas del Libertador.

Sin duda que su honda sensibilidad iba en proporción con el espanto del desastre, y sólo de ella podía sacar las leyes inclementes para una rectificación de orden moral, de justicia implacable, en medio de las tinieblas.

Las dificultades que presentaba nuestra liberación en realidad no eran sospechadas por nadie entonces. Miranda, el más experto general y revolucionario de América, era el llamado a dirigir nuestros primeros pasos. Su derrota fue abrumadora, escandalosa, en su propia tierra; tenía razón Humboldt cuando dijo a Bolívar en París: Yo creo que su país está maduro para la libertad; mas no veo el hombre que pueda realizarla. Estas palabras debieron sonar con estridencia en Bolívar, en aquellos días confusos de la revolución. Después es Miranda quien le grita desesperado: ¡Bochinche! ¡Bochinche y más bochinche es todo lo que hay y se consigue en esta América! La situación era para promover en los más decididos un escepticismo y un desánimo mortal.

En el año de 1812 quedó guillotinado la rebelión contra España, y fue entonces cuando, sobre aquellos escombros, lanza el grito de ¿Guerra a Muerte!. Bolívar va a impedir que nos disolvamos en guerritas de grupos desesperados, sin cohesión moral para las tremendas adversidades. Antes de regresar al teatro de las batallas define su posición. Está dispuesto a no jugar con sus palabras ni con los hombres. Ha asumido una responsabilidad, una seriedad terrible con el destino: con él se ha aliado la muerte porque la muerte es el único dios de la victoria entonces. La muerte es la única fuerza capaz de exterminar el fanatismo inclemente e impenetrable de los voluntariosos españoles.

Sólo un decreto como el de Guerra a Muerte podía poner freno al odio desmedido y devastador de los realistas. Los españoles no eran, por ejemplo, los ingleses que aceptaron y comprendieron la lucha pacífica y religiosa de Gandhi. ¿Qué seres más pacíficos que los indios de México y del imperio incaico? Sin embargo, ¡cómo fueron torturados, exterminados con el pretexto vil de la posesión de nuestras riquezas y el de la imposición de un dios extraño que parecía más cercano al crimen y la destrucción que el propio Satanás!

Las montoneras de Mariño, Arismendi y Bermúdez paseaban una bandera de destrucción implacable también; pero gris, caprichosa, indefinida. El verdadero capitán ha salido de La Grita, y en una sucesión de brillantes victorias: en sólo cincuenta y dos días ha reconquistado la República. Podía ese día, 7 de agosto, en que entró a Caracas, morir y sin embargo quedar eternizado por la empresa grandiosa que había realizado.

(Pero la Hidra de mil cabezas apenas salía de su guarida: Boves, la representación funesta de un hijo concebido en esa atmósfera sórdida de esclavitud y vileza, se alzaba a la altura del derecho de la muerte. La etapa brutal de la guerra alcanzaba entonces su punto más alto. Se necesitan otras armas para triunfar. El Libertador fracasa de nuevo y conoce otros niveles de humillación. El país todo puede hundirse en la desesperación; él no: consigue vencerse a sí mismo y vuelve al combate. Conoce cada vez mejor a los hombres; a los hombres de su tierra. Se llena de agudeza, de astucia suicida. Su sensibilidad está en proporción inversa al coraje brutal y desmedido de los realistas y de casi todos los jefes patriotas. El talento político y militar no basta. El único recurso

parece ser la constancia y la locura, cubierta de una fina e impenetrable tela de misterio, de improvisaciones rápidas y desconcertantes: parece entonces el Libertador un verdadero asiático, y así entra en la lucha sin fin de la soledad y de la muerte).

Cita

1.-carta a Santander del 12 de Junio de 1820.

Nuestros Congresos

He visto también a mi izquierda un segundo mundo lleno de deformes y torcidas figuras, de cuadros de perversidad, de calumnias, de sarcasmo y burla. Todo este mundo avanzaba como un enjambre cuya punta se dirigía hacia mí.
(Visiones de Ana Catalina Enmerick, el 11 de agosto de 1821)

En 1821 se reunió en Cúcuta el Congreso que debía estudiar las más importantes leyes de nuestra naciente República. En realidad las recomendaciones y proposiciones hechas por el Libertador desde hacía muchos años eran, en sí, el espíritu y el incentivo más alto de este Congreso. Sin embargo, desde que comenzaron las sesiones predominó un ambiente raro de desgano, de pugna solapada y venenosa que dejó en el país las primeras señales de la desintegración, de la tremenda incapacidad moral de muchos de nuestros primeros legisladores.

Estando reunido este Congreso se dio el triunfo de la Batalla de Carabobo. La batalla que habría de sellar en Venezuela once años de terror, de degollina realista. El país había quedado poblado de osamentas, cenizas y miserias, y sobre ese triunfo había la esperanza de la más grande regeneración moral y humana. Al día siguiente de la batalla, Bolívar hizo un balance de la fiera lucha: habían caído el general Cedeño, el coronel Ambrosio Plaza, el comandante Heras y el teniente de caballería Pedro Camejo, junto con otros compatriotas. Bolívar escribe a Santander que la conducta y la temeridad de Páez lo había hecho acreedor al más alto rango de la milicia. Yo, en nombre del Congreso, -le escribió-le he ofrecido en el campo de batalla el empleo de General en Jefe de Oficiales.

Este ofrecimiento causó en el Congreso ciertas alarmas y resquemores, aunque nadie se atrevió entonces a criticarlo públicamente. Aquellas exaltaciones patrióticas del Libertador -sin antes consultar a los legisladores- constituían motivo de disgusto en muchos de ellos. Sobre todo porque Páez mostraba notorio desprecio hacia los hombres de pluma.

Por su parte, Páez recibió el ofrecimiento con gran euforia; entonces para él, Bolívar era el hombre más grande del continente. Su alegría no tenía límites: cantaba, silbaba, bailaba; su voz y sus nervios se llenaron de juramentos. Pidió un fraile y habló como un poseído: Señor cura, tome usted este juramento como mi única fe después de la cristiana; así como hay un Dios en el cielo, hay entre nosotros, en nuestro pueblo, en el mundo, un hombre que merece todos los honores, nuestra gratitud, la más ciega obediencia; por ese hombre merecemos el título de hombres y a él debemos el curso grandioso de nuestra inmortalidad.

Aunque parezca extraño, esta batalla ahondó las diferencias entre granadinos y venezolanos. A los primeros les parecía que más gloria había dado la batalla de Boyacá.

Santander hacía correr la idea, entre sus paisanos, de que la de Boyacá era insuperable, la más benéfica y sublime de todas las que pudieran haber. Era irrefutable que la segunda resultaba la hija menor de la primera. Y así fue entendida: la batalla de Boyacá habría de ser la más celebrada y recordada por el Gobierno de la Gran Colombia.

Sin embargo, la noticia del triunfo en Carabobo tuvo en los legisladores un efecto de patética solemnidad: algo así como un frío deleite de miedo, euforia y rabia. Los desconcertaban sobre todo las posibilidades prodigiosas de valor y recursos humanos, que en las situaciones más difíciles era capaz de crear el Libertador. Jamás héroe alguno había dado a su tierra tantos sacrificios, ejemplos de desprendimiento, muestras de valor, genio, generosidad y vitalidad creadora. Entonces, el propio Washington parecía borroso, endeble y gris ante el brillo de su carrera. El otro gran guerrero, Napoleón, estaba ya sepulto y olvidado en los escombros de sus errores.

No había en el mundo entonces un hombre de la categoría moral y política de Bolívar. Veamos, sin embargo, la forma en que aquel Congreso agradeció, premió, los esfuerzos de Bolívar.

Entre los diputados se encontraban hombres nobles, cultos y de suaves modales, como el historiador José Manuel Restrepo; pero por cada uno de éstos había siete o cinco mandrias de la más baja calaña. Se encontraba allí, por ejemplo, el doctor Franciso Soto, hombre tímido, de cierto talento literario y muy instruido; de una habilidad venenosa, reiterativa y servil. Entre una de las decisiones acordadas por aquel Congreso estuvo la de nombrar a Soto secretario perpetuo. Este acuerdo habrá de traer devastadoras consecuencias a la República: entre ellas, entre bastidores, el fusilamiento en Bogotá del general Infante; la destitución de Miguel Peña en sus funciones de la Corte Suprema de Justicia; el proceso al general Páez; las perfidias contra la reelección del Libertador en su cargo de Presidente; las intrigas contra los Generales en Jefe de Venezuela; las acusaciones desmedidas y frecuentes contra los poderes extralimitados, despóticos y tiránicos de Bolívar, y, finalmente, la desintegración moral del gobierno constitucional, en la tristemente famosa Convención de Ocaña (1). Es curioso señalar que estos señores diputados -por las recalitrantes y confusas ideas jacobinas que sostenían- estaban contra todo mandato perpetuo de los demás; sin embargo, cómo se posesionaron tan rabiosamente de una curul en el Congreso (¡de por vida!) y ¡qué

histerismo más endemoniado opusieron al proyecto del gobierno vitalicio de la constitución boliviana!

El doctor Soto provenía de una familia muy quisquillosa, mercantilista, perturbadora y muy unida a la familia de Santander. Era de la región de Cúcuta. Ambas familias (los Soto y los Santander) odiaban casi por instinto al Libertador, y creo que el Libertador obraba recíprocamente. Eran definitivamente naturalezas contrarias, de ésas que se repelen en el fondo de los principios humanos y morales. En varias oportunidades Bolívar le hizo saber a Santander la perfidia de los Sotos -y hasta de la familia del mismo Santander-, quienes parecían conducirse, en su desdén por la causa patriota y por ciertos hábitos irresponsables, como aliados de los godos. Molesto por la actitud miserable de gentes como ésta, decía el Libertador que Cúcuta y San Cristóbal merecían ser tratados como enemigos; que había allí mala voluntad hacia la causa revolucionaria y hacia el propio ejército patriota.

A Soto -arquetipo de nuestros sempiternos leguleyos- se le veía siempre con una casaca vieja, negra, desteñida y mal abotonada, y un aspecto encogido y paliducho, retraído y parsimonioso, buscando, sin duda, esa impresión un tanto misteriosa y estrafalaria de los plumíferos. Todo esto no era mas que pose intelectual, un medio de hacer proselitismo político y de alucinar a unos cuantos jóvenes, bobos rabiosos y disipados que no tenían nada en qué utilizar el tiempo. Pero el filósofo Soto, a la hora de hacer negocios en su hacienda de Cúcuta, ponía toda la atención estoica de un verdadero bellaco judío. Estando, en mayo de 1820, las tropas del Libertador -las mismas que habrían de triunfar en Carabobo- estacionadas en Cúcuta, Soto se hizo rico con las fanegas de maíz y el ganado que vendía al ejército. Esto indignó sobremanera al Libertador, quien escribió a Santander: El señor Soto ha cargado al ejército unas cargas de maíz a 14 pesos cada una, habiendo sido tomadas y conducidas por las mismas tropas; y unas reses tomadas por el mismo ejército a 40 y así todo lo demás. Puedo asegurar a usted, con seguridad y mucho sentimiento, que tanto los godos como los patriotas tratan a este ejército como enemigo, y generalmente he oído decir que este ejército se ha portado con una moderación que yo no esperaba últimamente. Tengo el sentimiento de decir a usted que he tenido que desterrar a Pamplona a los parientes de Soto y de usted...

(Era así como Bolívar terminaría ganándose el título de tirano).

Se encontraba también en este Congreso Vicente Azuero, hombre profundamente amargado, algo leído, burócrata de sangre, intrigante, enemigo mortal de Bolívar y el más acérrimo defensor del federalismo y de la idea de separar Venezuela de la Nueva Granada. Existían algunas acusaciones de robo en su contra. Este fanfarrón sin nombre fue quien clavó el puñal de la más terrible ingratitud a Bolívar, al hacerle saber, mediante un oficio del gobierno de Mosquera, que los venezolanos pedían su expulsión del territorio colombiano a condición de llegar a un acuerdo político con aquel país. Este señor era el típico representante de nuestros oportunistas. Cuando Morillo tomó Nueva Granada, Azuero, en nombre del Rey, fue hecho abogado de la República. Trabajaba en la sección de secuestros y por supuesto recibió la purificación a que eran sometidos los

criollos en servicio a la causa de España. Cuando Bolívar entró triunfante en Bogotá (1819), Azuero estuvo entre los primeros que salieron eufóricos a recibirle.

Cuando Bolívar regresó del Perú, fue Azuero quien infeccionó la República con la alarma de la dictadura, de la tiranía, del despotismo. Estas alarmas causaron un daño irreparable en la reputación del Libertador y fueron la causa de los alzamientos de Bustamante en el sur, de malestar en muchos generales granadinos, la semilla de las rebeliones de Obando y López, el atentado de septiembre y el alzamiento de Córdoba. Este señor Azuero, que era otro recalcitrante enemigo de las leyes inexorables y de poderes extralimitados en tiempos de guerra, y de otras medidas extremas contra el delito insoportable de las guerritas internas, fue el mismo que pidió con denuedo, en el Congreso de la Nueva Granada del año de 1831, ¡poderes dictatoriales! para el asesino Obando. Practicaba Azuero la máxima del perverso Felipe que decía: Calumniad siempre, si la herida se cura, quedará la cicatriz.

Otro elemento de importancia capital, en el teatro de batallas jurídico-políticas, fue el venezolano Miguel Peña. Este personaje extraño, talentoso y vengativo fue el artífice intelectual de la desintegración colombiana. De cara enjuta, de ojos claros y vivos, llenos de empuje y de poder, gustaba como pardo que era, hacer ostentación de prendas lujosas; prendas que tal vez había comprado con capital de nuestros pobres gobiernos. Porque Peña se llevó una buena tajada del tesoro público; ése fue el delito que pulverizó su gloria, los grandes sacrificios que había hecho por la revolución. Este señor decía de Santander que era un enemigo temible que tenía todas las arterias de Maquiavelo y todos los crímenes de la Edad Media en su corazón. Lo definía bien el venezolano, porque en el fondo Peña tenía un carácter parecido, era rencoroso e incapaz de rectificar sus errores o de imponerse sobre sus odiosas manías personales. La venganza absurda que juró contra los granadinos la terminó pagando la patria y el pobre Libertador, quien siempre estaba en medio de aquellas miserables rencillas. Tanto Peña como Santander eran esclavos de sus propios odios e imprudencias.

Es interesante observar que todos aquellos congresos de la década del veinte fueron inconcebiblemente ineficaces; por una parte sus legisladores siguiendo la moda revolucionaria de los jacobinos -como suele suceder con nuestros políticos de partido: siempre imitando las ideas torcidamente-, se habían convertido en una especie de beatos de las leyes; en unos jueces y detectores morales de la obra del Libertador, cuando en realidad carecían hasta de las más mínimas condiciones para conducirse como personas en medio de nuestros escuálidos pueblos. Exigían del Libertador la más irrestricta obediencia a sus leyes absurdas, los más severos sacrificios, la más ardua austeridad, entre tanto que ellos se peleaban como perros enfermos; jamás cumplían lo que aprobaban, se robaban nuestros exiguos capitales, llegaban retrasados o nunca iban a las sesiones e infeccionaban de pasiones malsanas a la juventud y a los militares resentidos. Bolívar no tenía derecho a quejarse; sus quejas eran siempre interpretadas como patadas a la constitución; como violaciones reiterativas e injuriosas a las máximas supremas de la justicia republicana y a los dones sagrados y divinos de la inmarcesible representación del pueblo soberano. La guerrita que le hacían los leguleyos a Bolívar desde los suaves y muelles cojines del gobierno y del Congreso era más terrible,

angustiante y agotadora que la de mil Boves, Morales, Morillos o Calzadas. Los leguleyos lo mataron de consunción moral.

Por ejemplo, en el Congreso de Cúcuta algunos legisladores honestos consiguieron que se aprobara un reconocimiento a la obra del Libertador, y que se colocara en los salones legislativos un cuadro de Bolívar con una leyenda: Simón Bolívar, Libertador de Colombia. ¡Vanas promesas! Se aprobó también que se levantara una columna ática en la llanura de Carabobo para recordar a la posteridad los nombres de Bolívar, Ambrosio Plaza, Cedeño, etc. ¡Inútil! Todo se quedó en palabras y ofrecimientos, porque más estaban interesados los leguleyos en su propia perpetuidad que en la de Bolívar o en la de los patriotas que habían sido inmolados en las guerras. La más asquerosa mentira de aquellos legisladores irresponsables estuvo en no hacer jamás el esfuerzo para construir la prometida ciudad, que sería la capital de la Gran Colombia y que llevaría el nombre del Libertador. Esa proposición fue acogida con estruendosos aplausos, con grandilocuentes discursos, firmas, resoluciones escritas, órdenes fervorosas. Para el año de 1826, cuando el Libertador regresó del Perú, esta ciudad habría de tener al menos una plaza y cuatro casas. Algo que mostrara el deseo de cumplir lo que con tanto ruido y ofrecimientos habían hecho al país que representaban, a la historia, al propio Libertador. Sin embargo, cuando Bolívar pisó tierra colombiana -en su regreso del Perú-, no se repetía otra cosa sino que él había violado el juramento de sostener la constitución de Cúcuta por diez años; que las actas de Quito y Guayaquil eran el crimen funesto que iba a matar la constitucionalidad y la propia República, etc. Si, Bolívar era juzgable, aniquilable... pero a los legisladores, ¿quién se atrevía a condenarlos? Ellos eran sagrados, intocables, inviolables.

Se discutió también en el Congreso el lugar que sería la capital de Colombia. La mayoría se decidió por Bogotá. Esta decisión la protestaron sobre todo los venezolanos, que se creían con derecho a la capital porque habían sobrellevado el peso más horrible de la guerra ofensiva. Algunos propusieron a Pamplona, Cúcuta o Maracaibo como un lugar más cercano a ambos departamentos -la Nueva Granada y Venezuela-; Miguel Peña era el artífice de esta idea. Un proyecto que Bolívar presentó para que se creara un departamento intermedio entre Venezuela y la Nueva Granada, de carácter neutral y por capital Cúcuta, no fue ni siquiera discutido.

Bolívar había enviado al Congreso su renuncia: estaba de veras fastidiado con los continuos desaciertos y torpezas de nuestros legisladores. Estos señores piensan -escribía entonces el Libertador a Santander- que la voluntad del pueblo es la opinión de ellos, sin saber que en Colombia el pueblo está en el ejército, porque ha conquistado el pueblo de manos de los tiranos, porque además es el pueblo que quiere, el pueblo que obra y el pueblo que puede. Todo lo demás es gente que vegeta, con más o menos malignidad, con más o menos patriotismo; pero todos sin ningún otro derecho a ser otra cosa que ciudadanos pasivos. Esta política no es ciertamente la de Rousseau, al fin será necesario desenvolverla para que no nos vuelvan a perder estos señores... Piensan esos caballeros que Colombia está cubierta de lanudos arropados en las chimeneas de Bogotá, Tunja, Pamplona. No han echado sus miradas sobre los caribes del Orinoco, sobre los pastores del Apure, sobre los marineros de Maracaibo, sobre los boga del Magdalena, sobre los bandidos de Patía, sobre los indómitos pastusos, sobre los

guajiros de Casanare y sobre la horda salvaje de Africa y América, que como gamos recorren las soledades de Colombia.

¿No le parece a usted, mi querido Santander, que esos legisladores más ignorantes que malos, y más presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la anarquía y después a la tiranía y siempre a la ruina?.. De suerte que si no son los llaneros los que completan nuestro exterminio, serán los suaves filósofos, de la legitimada Colombia. Los que se creen Licurgos, Numas, Franklines, y Camilo Torres y Roscios y Ustáriz y Roviras y otros númenes que el cielo envió a la tierra para que aceleraran su marcha a la eternidad, no para darles repúblicas como las griegas, romanas y americanas, sino para amontonar escombros de fábricas monstruosas y para edificar sobre una base gótica un edificio griego al borde de un cráter.

Poco antes Bolívar confesaba a Santander que lo tenían muy molesto las intrigas de los legisladores y que estaba definitivamente convencido de que era imposible mantener el equilibrio. Que era un verdadero milagro si podían salvar el pellejo de aquella revolución. Que por ésta y muchas otras razones estaba decidido a separarse del mando en cuanto el Congreso se instalara. Que estaba resuelto a no asistir para que no lo forzaran a aceptar su deshonor y su ruina moral.

Santander siguiendo el ejemplo de Bolívar renunció a la vicepresidencia. Presentada la moción para que se eligiera presidente y vicepresidente, se fijó el 7 de septiembre para las elecciones. Ciento cincuenta votos obtuvo el Libertador para la reelección. Dos candidatos se disputaron la vicepresidencia, Nariño y Santander, logrando este último las dos terceras partes del sufragio. Se comentó entonces que Nariño tenía muchas y mejores cualidades que Santander para ejercer la segunda magistratura, pero que éste último tenía el apoyo de Bolívar, quien exageraba sus talentos administrativos y mostraba hacia él una confianza excesiva. Un hecho que causó hondo desagrado entre los representantes honrados del Congreso, fue que Bolívar no consiguiera la reelección por mayoría absoluta. Sobre todo, no se comprendía este resultado, siendo que el Libertador con su infatigable marcha contra los españoles, sus triunfos y su reciente éxito en Carabobo merecía la total aprobación de sus capacidades, tanto militares como políticas. Pero mientras hubiera en aquellos congresos un descarado como Azuero y un cínico y sofista como Soto, Colombia iba a ser el calvario de Bolívar... Estos enanos no

perdonaban la grandeza del Libertador. No se podía ser grande impunemente.

Cita

1.- Esto sin añadir que fue Soto quien dio los primeros pasos para entregar el Canal de Panamá a los gringos, por allá en la década del treinta. Sí, el mismísimo ultraliberal de Soto...

Libertinaje Constitucional

¡ Ah, Colombia! pobre tierra, triturada por la violencia, donde un Boves quedaría pálido ante sus criminales. "Corte de Mica", "Corte de Franela", "Corte Francés", "Corte de orejas", "Corte de Corbata", patentadas perversiones que asquean, que ruborizan. Donde los partidos políticos miden las glorias no por bienes sociales sino por los toneles de sangre que sus huestes han derramado en aberrantes batallas. ¿Dónde se han visto tamañas locuras políticas en hombres que -como decía Bolívar- se devoran como caníbales; que son sus propios verdugos? Vosotros conocéis la historia del "Tirano en Jefe", de la "horrible dictadura del 28 al 30", y aquellos santos bonachones que sufrían bajo el mazo de los bolivianos: Florentino González, Soto, Azuero, J. Hilario López, José María Obando, Juan Gregorio Sarria, Noguera, los España, Erazo, pléyade de ínclitos republicanos. ¡Pobrecitos! Colombia se vana gloria de sus liberales y de que ha tenido muy pocas dictaduras. Ahí está el gran país que querían: "Leyes, leyes, leyes". Rábulas, rábulas, rábulas. La gran institucionalización de una democracia cuya constitución es flexible a cualquier crimen. Se hacen buenas y sabias transacciones al delito. El territorio lleno de leyes que nadie ha entendido nunca. La abyecta frialdad del delito hecho abstracción legal. El terror frío de la legalidad. "-Señor, ¿podré hacer esto?", "-Mucho cuidado ciudadano, que eso puede ser ilegal". La herencia escueta, firme y formal del Padre Francisco de Paula Santander: el genio asimilador de los buenos modales, señor de las fastuosas urbes, creador de la rapiña que viene del procedimiento legal, "la última prórroga", el picapleitos, "al servicio del agio por ese grupo sórdido de rábulas, inteligentes, guarduñas, estudiosos, aguzando las garras en los dorsos de los tratados de Derecho, husmeadores de la desgracia, del escándalo, de la demanda miserable... Usando el derecho de propiedad como una ganzúa. Ladillas nacidas entra la ingle del Código de Procedimiento, y con los años y un empujón político envejecen como honorables jurisconsultos, honra del Foro, y podridos de dinero".⁽¹⁾

Del "Hombre de las Leyes", el verdadero poder quedó en la abstracción de una guerra palpitante y oscura, oculta en los resquicios del Código de turno. Todos los alzados lo hacían en defensa de la Constitución, y todas las constituciones se hacían para que se alzaran en su nombre, sin menoscabo ni perjuicio de su valor. Durante el FEDERALISMO, quedó admitido que las insurrecciones eran un medio legítimo para cambiar los gobiernos de los Estados y se expedía por ejemplo, la ley 6a del 12 de marzo de 1867 en Colombia, que disponía: "El gobierno de la Unión reconoce que los

Estados tienen por la Constitución facultad para mantener en tiempo de paz la fuerza pública que juzgan conveniente".

Nada más y nada menos que se daba la patente de corso a los Estados para alzarse contra el mismísimo gobierno cuando les diera la gana. Y la ley 20, del 16 de abril del mismo año: "Art. 1º: Cuando en algún Estado se levante una porción cualquiera de ciudadanos con objeto de derrocar al gobierno existente y organizar otro, el gobierno de la Unión deberá observar la más estricta neutralidad entre los bandos beligerantes".

"Art. 2º: Mientras dure la guerra civil en un Estado -es decir la eterna panacea de los carnavales colombianos- el gobierno de la Unión mantendrá sus relaciones con el gobierno constitucional, hasta que de hecho haya sido desconocida su autoridad en todo el territorio; y reconocerá al nuevo gobierno, y entrará en relaciones oficiales con él, luego que se haya organizado conforme al inciso primero, artículo 8º de la Constitución".

¿Quién comprende tamañas barbaridades legales que impulsaban a una permanente anarquía? Para extirpar estos absurdos tuvo Tomás Cipriano Mosquera que declarar al país en estado de guerra y aplicando un artículo de la misma Constitución -el artículo 91- cerró las sesiones del Congreso.

Esa ley número 20 de la Constitución de Rionegro -que con tantos bombos y platillos acaba de celebrar Colombia (julio 1986)-provocó 40 rebeliones y levantamientos, una guerra nacional, la de 1876-1877. Claro, ¿quién iba a obedecer a un gobierno central tan débil con períodos de dos años, con elementos militares escasos ante Estados con ejércitos poderosos, y además siempre levantiscos?

Pero calcule el lector la locura que se desató, siendo que Bolívar con todo su empeño siempre había dicho que la federación no era lo más conveniente para nosotros. Todavía anda por ahí Germán Arciniegas promoviendo la anarquía y la indecencia social diciendo que el mal estuvo en que el Libertador no quiso seguir los pasos de Jefferson. Cuando volvió la euforia federal a Colombia, en Antioquía solamente se promulgaron siete constituciones, en el Magdalena y en el mismo período cuatro; Panamá perdió la cuenta y se conocen las de 1863, 1865, 1868, 1873, 1875 y 1881. El Tolima también cambió las suyas cuatro veces y en Cundinamarca la situación fue tan variable que no vale la pena llevar la cuenta. Digamos solamente que en los nueve estados que entonces hubo hasta 1885, se expidieron como quien receta agua con azúcar, 43 constituciones.

En el presente, Colombia con gran orgullo -y en medio de un caos social horrible, donde los estudiantes radicales hablan a placer de una higiénica guerra civil -celebra el Centenario de su constitución. Cien años de promulgada, pero no de acatada.

El caos social en parte se reduce al residuo psicológico de no haber los colombianos obtenido la independencia por sus propios medios. Razón por la cual a veces se pondera más la lucha que se hizo contra el tirano caraqueño que la que llevaron a cabo contra los realistas.

El soplo de Bolívar en Venezuela fue una ráfaga que nos dejó sin aliento, también. Aún no sabemos de dónde nos llegó la libertad.

Como corolario de este desastre pondremos aquí las palabras del granadino Antonio

García en la novela *Viento Seco* ; valen tanto para Colombia como para Venezuela: "Estamos cosechando la única siembra que han hecho nuestros partidos históricos: en esta sangre derramada, en estos delitos infamantes, en esta crueldad sin castigo, se resume el sentido de nuestra historia partidista. Los verdaderos responsables de este derrumbamiento no son los delincuentes vulgares: es el sistema político que los toma como sus instrumentos, como sus órganos de dominio, que los alienta, que los estimula, que los remunera, que los premia."

Ahí está el pueblo, en ese subsuelo anónimo, invisible a los ojos, fuera de todo horizonte político. Nadie ha querido verlo: los republicanos de todos los partidos han hablado de su soberanía y han escarnecido su incapacidad de moldear y conducir su propia suerte. Le han movilizado para las guerras electorales o para las guerras civiles y le han dejado ahí, al margen de la historia, aislado de una patria que no esta presente en sus necesidades, en sus problemas, en su drama biológico y espiritual.

Los intelectuales, las elites, los grupos dirigentes, son responsables de esta degradación multitudinaria, de esta renovada mutilación de todos los hombres humildes... Son responsables por su cobardía, por su egoísmo, por su estrechez moral, por su noción deforme de la patria.

Todos somos responsables. Todos estamos viviendo -conformes, cristianos, fríos, monstruosamente tranquilos- sobre esta herencia de sangre. Lloramos leyendo a María, pero nos negamos a conmovernos y a detener las aguas negras que corren por debajo de nuestros pies y por encima de nuestro espíritu (2).

Nuestra América es grotesca en asunto de leyes, de códigos. En este aspecto todo se hace a la ligera y de modo oscuro. Existe un placer ilimitado por la diatriba y se juega al derecho con un sentido de maldad, de violencia oculta y sangrienta. Nuestros códigos huelen a sangre, salpican odio y venganza. ¿Cómo podría explicarse que en un lugar donde a todo el mundo se amenaza con la "legalidad", sea a la vez donde más se violen las leyes y donde campea inclemente la impunidad de los delitos más espantosos? Esto da para una tesis que aún no se ha investigado y que Waldo Frank apunta en su libro *Nacimiento de un mundo* cuando dice que el Hombre de las Leyes, Santander estaba enamorado en secreto de la violencia venezolana; y añade: violencia, crueldad y legalismo no son términos contradictorios; la ley puede ser violencia establecida y estabilizada por la razón; la crueldad de la ley es quizá la peor, porque es fría y abstracta.

Citas

- 1.- *Vidas oscuras*, J. R. Pocaterra, Edime, 1967.
- 2.- Antonio García, prólogo" a la novela *Viento seco*, por Daniel Caicedo. (Buenos Aires, 1954; 3° ed.), PP. 15-43

1825

Un desengaño vale más que mil ilusiones
Bolívar

Aí lado de las borrascas que sofistas y militarotes levantaban en Colombia, se produce el más grande acontecimiento del Sur: Sucre triunfa en lo que sería la batalla definitiva contra los españoles. Fue el 9 de diciembre de 1824. Vale decir que sin Ayacucho tal vez no habría habido independencia total en América. La Santa Alianza pretendía recuperar las colonias para España. Con Ayacucho se acabaron esas ilusiones.

La magnitud del triunfo de una guerra se mide por el carácter del hombre que la dirige. Bolívar fue el genio inspirador de todas; Páez el dios de los Llanos, Mariño de Oriente, Urdaneta infatigable en todas, Bermúdez suicida, arriesgado y aguerrido como ningún otro; Arismendi, terror de España; pero Sucre fue el valiente de los valientes. Cupo en él, el honor de triunfar sólo donde la providencia reservaba laureles al más grande. El asumió tan temible responsabilidad desplegando cualidades militares y políticas que asombraron al propio Bolívar; habría que agregar que fue el fiel de los fieles y el justo de los justos de la revolución de independencia.

El 20 de diciembre escribía Bolívar a Santander: Yo esperaba salir de esta horrible situación para continuar nuestra correspondencia familiar que tanto nos ha servido en la carrera pública.. Qué satisfacción tendrán en Colombia por la gloria de sus bravos hijos. Sucre ha ganado la más brillante victoria de la guerra americana. Yo lo considero bien digno de ella así como el ejército lo consideró digno de una gran re compensa. Adjudicaba Bolívar un justo merecimiento a Sucre por su magnífica campaña.

En aquella carta, Bolívar ofrecía todo lo que tenía a su querida Colombia: las minas de Aroa, que según él habían costado a su familia en tiempos de la conquista cuarenta mil pesos. Como Bolívar no ponía cuidado alguno a sueldos ni a bienes de ninguna especie, se hallaba sin un céntimo. (¿Podrá creerse que Bolívar casi nunca tuvo en su bolsa dinero, más que en su primera juventud, cuando viajó a Europa? Le decía a Santander: No tengo con qué vivir siendo a la vez presidente de Colombia y dictador del Perú. Por no tener a gajes este país no cobré el sueldo que me asignaron, y no teniendo autoridad

en Colombia ya, no puedo pedir sueldo allá. Así es que estoy pidiendo dinero prestado...)

Así termina este año, que comenzó con terribles males y amenazas para la América, con la más grande victoria de la independencia; 1825 sería el de las esperanzas, 1826 el comienzo de la tragedia y el fin de todas las ilusiones de Bolívar... ¡Qué distancia tan corta entre la ilusión y la decepción!

¡Cuál no sería el hastío que dominó al Libertador después de celebrar el triunfo de Ayacucho! Algo parecido a la muerte fue el espectro del triunfo. Para las almas superiores la victoria encierra a veces una tristeza más sutil que el dolor de la derrota. (Teresa de la Parra).

Bolívar es el lujo de nuestra América. Con esto se dice todo lo grande que quiso hacer de nosotros. El año de 1825 es la realidad de una quimera tantas veces soñada por el Libertador. No conciben nuestros hermanos de la América actual lo grande y hermoso que fue entonces nuestro continente. Colombia era la esperanza de los pueblos libres, y el Libertador, el terror de los tiranos. El mundo civilizado miraba con admiración nuestras glorias: la congestionada Francia veía con temor el arrojamiento de los colombianos, el emperador de Brasil temblaba, Argentina y Chile nos llamaban para organizar sus gobiernos y unirse en la gran confederación de América. Los yanquis nos trataban con recelo y respeto; Guatemala nos pedía ayuda; Méjico ofrecía sus tropas para liberar Cuba y Puerto Rico; Inglaterra nos mimaba... Francia, sí señor, la Francia llegó a temer que a sus costas llegaran "los temibles corsarios colombianos".

No habría desde entonces más batallas grandiosas contra los españoles. El invasor había quedado prácticamente exterminado. Eso sí, en el horizonte del Norte una borrasca tensa iría condensando a los generales ociosos que servían exclusivamente para la guerra. Sus triunfos, estampados en bellos trajes militares, en resplandorosas medallas y charreteras, en terribles nombres que retumbaban por llanos, costas y montañas, eran, en sí, una fuerza más peligrosa que la vieja contienda con los godos. La calma traía un sordo rumor de ambiciones, de quejas, de odios, de venganzas. La honda excitación del triunfo era el despertar de una cruenta pesadilla de muertes y amenazas; extirpado el mal, la automatización de la energía ciega y brutal de una población en su gran mayoría ignorante y salvaje, seguiría dominada por una inercia de fuego y sangre. Los clérigos sueltos y otras alimañas cerebradas buscarían posiciones detrás de algún caudillo; enervarían a muchos generales petulantes y azuzarían el fuego de las intrigas partidistas.

Bolívar estaba en medio de ese infierno, creyendo que un gobierno inexorable podía controlar las disensiones agresivas y destructoras. Cada jefe velaba por su parcela de gloria y triunfo: contaban sus pesos, aseguraban sus haciendas y no dejaban de quejarse y pedir cada vez más provechos personales, de un país que había quedado exhausto. Sólo Bolívar y Sucre eran los apasionadamente empeñados en forjar el sueño de la integración americana. Sucre pensaba sólo en seguir el ideal de Bolívar, y Bolívar trabajaba infatigablemente en la organización de los pueblos, en su educación; en edificar una moral vigorosa que asegurara la estabilidad.

Pero fuera de los grandes volcanes ocultos y potencialmente devastadores, el vasto territorio de Colombia estaba completa mente tranquilo. La marcha de la República era majestuosa - casi podría decirse que había adquirido la forma moral y espiritual de su constructor, de su creador-. Sus ejércitos le habían colmado de gloria y dado la existencia a nuevos Estados. Bolívar, el héroe de la América del Sur, estaba a su cabeza, y el esplendor de su gloria se reflejaba especialmente sobre Colombia. El vicepresidente, general Santander, administraba el poder ejecutivo con vigor, tino y prudencia nada comunes. Así era que podía decirse con verdad que nuestra República, aunque inferior a Méjico en población y riquezas, se iba colocando al frente de los nuevos Estados americanos. Sus habitantes dedicados al trabajo comenzaban a mejorar sus propiedades, y a gozar de los frutos de la paz, bajo el imperio de la constitución y de leyes protectoras. Todo anunciaba un porvenir halagüeño (1)

Y confesamos nosotros también que, en ninguna otra época, Santander se iba a mostrar más afecto, más sincero y conciliatorio con el Libertador. Parecía que la tremenda lección de la gesta del Perú -que se había impuesto por voluntad de Bolívar y contra todos los obstáculos constitucionales y legales de los malos augurios, tanto de los intelectualoides caraqueños como de los escépticos bogotanos- había influido, positivamente, en su amarga personalidad. Debió pensar entonces que la palabra y la acción de Bolívar, su voluntad, sus ideas y sus sueños, eran una misma cosa. Que era infalible en las guerras; que era realmente el hombre de las dificultades, como él se definía a si mismo. Que valía la pena estar bajo su sombra, oír atentamente sus clarividentes predicciones y no oponérsele con el mazo del bufete. Sólo bajo su sombra podía conseguirse el apoyo de los pueblos, el reconocimiento positivo de la historia.

Dejemos que sea él mismo quien nos muestre su agradecimiento: ¡Cuántos monumentos deja usted de admiración a los siglos venideros! Cada pasó de usted en estos quince años es una obra maestra de fortuna, de actividad, de genio, de amor a la libertad. ¡Cuánto honor nos resulta a los que hemos sido coetáneos, compañeros y aun amigos de usted!

Lea usted en la Gaceta de hoy la brillante función que he dado el día de San Simón. Esta es la expresión de la amistad y de la más profunda gratitud, no del vicepresidente de Colombia, sino de Francisco de P. Santander (2)

El Congreso de Colombia abrió sus sesiones el 1° de enero, según lo prescribía la constitución. Había senadores de todas las provincias y departamentos. Se percibía en la claridad y el aire que se respiraba el vigor y el nacimiento de una nueva raza, de un nuevo pueblo. Instante y estado tan solemnes mostraban, por oposición, la estrechez de aquéllos que no habían hecho nada por la libertad; sin embargo casi todos los legisladores adoptaban una seriedad del tamaño de las circunstancias: lucían sus mejores trajes, recordaban frases de Bolívar y exclamaban en voz alta viejas poesías revolucionarias. Pero veremos que estos raptos de entusiasmo no tenían una base sólida. Lo que no provenga de la voluntad laboriosa, perseverante y firme de nuestras ideas y creencias, jamás podrá ser tomado como artículo de fe, como verdad. Por eso, nada más dudoso que los arranques apasionados de la masa, de los hombres de exigua conducta moral.

La actitud de los congresistas era doblemente débil y peligrosa. Había severos residuos de viejas desavenencias provocadas por la oposición a las facultades extraordinarias del Libertador.

Estos residuos, ni la más brillante proeza, ni la más excelsa sabiduría, era capaz de evaporarlos. Ya el Libertador había enviado su renuncia a la presidencia de Colombia, aduciendo que seguía cansado de que se le llamara tirano, siéndole imposible convencer a los ingratos de que su voluntad no era otra cosa que la necesidad imperiosa, ineludible, de asegurar la libertad y la paz de nuestro territorio.

Se pensaba mucho entonces que la suspensión de las facultades extraordinarias había influido en esta decisión. Aburrido de tantos ingratos, quería de una vez irse lejos.

El 8 de febrero se reunió el Congreso para decidir sobre aquella materia. Después de leído el documento de renuncia reinó en la sala el más profundo silencio. Corrieron quince minutos sin que ninguno lo rompiera, y luego el presidente del Senado, Luis A. Baralt, llamó a votación: por unanimidad fue negada la admisión de la renuncia. Vivas repetidas al Congreso y al Libertador interrumpieron el silencio majestuoso que hasta entonces había reinado en tan solemne sesión... Pero ¡cuán funesta fue para la gloria del Libertador que no se le hubiera permitido realizar su meditado plan de ausentarse de la patria! Su gloria que había llegado entonces a su apogeo no se habría menoscabado con los sucesos posteriores...(3)

No nos adelantemos a años tan desgraciados y tristes que jamás habríamos querido que el Libertador sufriera. Debemos agregar, sin embargo, que aquella apasionada reacción del Congreso era dudosa, muy falsa. ¿Cómo era que tenían que esperar quince minutos para estallar en júbilo? ¿Qué asquerosos pensamientos contra el Libertador -como se comprobará más tarde- maduraban estos bribones? Es de creerse que el grito desesperado del Libertador, por irse de su tierra, era desvergonzadamente aplaudido y deseado en el fuero interno de muchos legisladores.

Citas

1.- Restrepo.

2.- Las letras destacadas son para resaltar. la falsedad de esta frase de Santander. Anos más tarde habría de decir frases más solemnes sobre la amistad.

3.- Restrepo.

Páez el mañoso

¿Y quién es aquel hombre que aparece tras de ellos semejante a un milano hambriento, impaciente por arrojarse sobre su presa? De la epopeya mongola.

Entre los patriotas que recelaban de todo orden legal, tal vez Páez era el más complejo, el más temible, el poseído de un vigor y de una fuerza arraigada a los elementos primarios de la tierra. Es la argucia batalladora, el rayo de la guerra, el hombre con fiado de su estrella y de su locura; sólo Bolívar fue capaz de perturbar el curso soberbio y meramente ganglionar de su altiva autosuficiencia. Es Paéz, después de Bolívar, Sucre y Urdaneta, el carácter más interesante de la revolución.

De haber estado Páez del lado del Libertador, como lo estuvo Sucre, nuestro territorio y nuestra organización política habría sido más perdurables, más sólidas y armoniosas. Pero Páez era un revolucionario puro nervio; la bestia representaba para él, el detector principal de la hombría, del valor, del poder. Había en él más entraña que virtud. Una historia que lo pinta bien; es aquella donde desafía a un corpulento soldado realista que tenía reputación de hombre musculoso, de hercúleas fuerzas. Le grita el llanero: Oye, maturrango, te perdono la vida si logras echarme al suelo. Claro, el catire se lo echó al buche y no precisamente por lo forzado sino por las mañas que le aplicó. El español por toda respuesta dijo: Usted ha ganado, general, porque ha jugado conmigo como el gato con el ratón.

Así era también en lo militar y en lo político Páez: más mañoso y habilidoso que otra cosa.

Ni a Arismendi ni a Bermúdez, mucho menos a Paéz, convencían las proclamas e ideas humanitarias del Libertador. Ellos querían ver al hombre desnudo de todo intelectualismo. El único placer que degustaban era el valor para jugarse la vida, porque ahí no era posible el truco de las palabras ni la jerigonza de las leyes. Páez aborrecía a los abogados como a la peste, e incluso le dio dolor no haber aplicado la idea de Morillo de exterminarlos a todos; cuando los leguleyos de Bogotá lo llamaron a juicio por

desobediencia, se quejaba amargamente al Libertador: Estos abogados nos han puesto al país a la española.

Cuando en 1819 Bolívar triunfa en Boyacá, Páez refunfuña: Hum, el Jefe está mostrando temple de verdad; pero a mí tiene que echarme un cuento mejor.

Y suspicaz, Páez no cumple el compromiso de llegar hasta Cúcuta para arremeter allí contra las fuerzas del realista Miguel de la Torre.

Por supuesto que el Libertador llenó a la América de cuentos maravillosos, y Páez en lugar de aceptarlos se llenó de recelo y habilidades venenosas. El Jefe había resultado demasiado grande y complejo para que su ruda cabeza pudiera aceptarlo. En lugar de encomiar la grande empresa que llevaba a cabo Bolívar en el Sur, decía a sus compañeros: Un hombre como Bolívar, que se va a donde no le llaman, no es de fiar. Demasiada tierra y título, cará', ha conquistado, y ustedes verán, después querrá venir y quitarnos la gloria que tanto sudor y sacrificio nos ha costado. Ojo avizor, amigos...

Es bueno recordar que muchos caudillos como Páez, por ejemplo, no se ajustaban a razones de orden político ni de jerarquía militar. Eso para ellos eran ilusiones extravagantes y confusas; ellos -repito- sólo creían en la fuerza, en la bestia. Sus órdenes y sus leyes eran los nervios, la emoción viva y el constante ajeteo. En la paz y en el silencio vivían incómodos, alertas, desconfiados; la guerra, la marcha rápida, la hostilidad permanente al enemigo, los ponía en sus cabales, les daba seguridad y destreza.

Cuando Páez supo que Bolívar regresaba a Venezuela -después de aquella larga estadía en el Perú-, temiendo el llanero perder las riendas del poder, le escribía a un compadre: El general Bolívar viene con el puñal en la mano... amenazando a los rebeldes... Firmeza! compadre; no se deje alucinar; horcas y patíbulos vienen levantando contra nosotros; opongámosle firmeza, lanzas y espada, y derribemos su poder.

Lo del compadre es muy significativo de lo personal y bajo que era la guerrita de Paéz contra el Libertador. ¡Qué parecido su lenguaje al de los caudillos vulgares de la revolución mejicana! ¡Y qué diferente a Sucre!

Permítasenos una corta exposición de las diferencias entre Sucre y Páez. Estas diferencias arrojan todavía más luz sobre los contornos humanos del Libertador:

El joven Sucre, por allá en el año de 1821, ya era un hombre bastante desprendido de las banalidades de títulos y cargos; decidido estaba ya a sufrir adversidades. Entonces le decía a Bolívar: Una resignación a continuar constantemente mi trabajo y a sufrir mi desgracia (en la derrota), o más bien repararla, tranquilizan un tanto mi alma. Su actitud política en el Perú era: No mezclarnos en ningún partido, puesto que los peruanos deben arreglarse entre sí, y los auxiliares batirse con los españoles.

Su mayor anhelo era la paz, y desde Lima, en 1823, escribía: Siempre nos honrará en el mundo, el buscar la paz, teniendo los medios para ganar la guerra. Y critica entonces a hombres como Páez: Creo que, con muy pocas excepciones, la ambición de la gloria

militar y el espíritu de honor nacional están cambiados por miras particulares, y que la guerra del Perú tiene aspecto de unos negociadores con tropa a su mando, para llevar a cabo sus propias empresas de fortuna... Todo mi fin será impedir que nos maten en cuestiones sobre mandos y jaranas que estos señores no se entienden.

Con razón dicen que nuestro carácter, nuestra naturaleza, depende de las estrellas y no de la tierra que nos vio nacer, ni de la causa que nos une, ni siquiera depende de nuestros padres.

Volvamos a los recelos misteriosos de Páez y preguntémosnos: ¿Vino Bolívar a Venezuela con el puñal en la mano, como lo proclamaba el apureño a sus compadres? Aquello pasaba en el año de 1827, cuando Páez y Bolívar volvieron a encontrarse.

Bolívar lo abrazó afectuosamente, y en lugar del puñal que Páez esperaba, le regaló la espada de oro y piedras preciosas que le habían obsequiado en Lima. Páez -para asombro de todos- se inclinó ante el genio y lo halagaba frecuentemente con exageradas protestas de fidelidad. El Libertador, por su parte, no podía dejar de emocionarse y de mostrar ampliamente su cariño hacia uno de los más valerosos guerreros de la independencia. En las calles de Caracas, en fiestas y banquetes, Bolívar alzaba la mano de Páez, diciendo que era el salvador de la patria. Páez veía todo con ojos de oliva, y con el dulce frescor de los verdes laureles que recibía. En su fuero interno, sentíase tranquilo y victorioso, porque (¡picardías!) el muerto del alzamiento contra el Congreso se lo había echado todo al pobre Bolívar.

El Libertador trataba de dar cierta humanidad al carácter pugnaz y terco del apureño. Le hablaba de la nobleza de Sucre, de los grandes desprendimientos mostrados por este gener4 en el Perú y Bolivia. Pero Páez sonreía perplejo y se aclaraba la garganta. Buscaba cambiar la conversación; le recordaba al Libertador el triunfo de las Queseras del Medio; el año glorioso del 21, allá en Carabobo.

-Mi general -le decía a Bolívar- cuatro b... hemos necesitado para alcanzar la victoria. Usted lo sabe, mi general, y aquí los cazurros más godos que mi abuela tienen al país trastornado. Mi general, si aquí me durmiera un solo día, ¡un solo día que jueara!, me brincaría el padrote de mala pluma. El país lo quiere sofrenar la monserga de los diputados. Ya usted ve lo que me quisieron hacer en Bogotá los caraduras de Soto y Santander... Mi general- y se ponía rojo de ira, sofocado-, yo nunca estuve contra usted, sino contra esos retorcidos papanates de las leyes...

Se le trababa la lengua y Bolívar trataba de calmarlo:

-Usted tiene algo de razón; pero ahora requerimos de paciencia y moderación, hasta que se organice la Convención...

Ante estos súbitos arranques de rabia, el Libertador llevaba la conversación por otros caminos. Preguntaba por los adelantos de la educación, de la agricultura, de las rentas. Páez se encerraba en un mutismo discrepante que se le notaba en la inmovilidad de la mirada. Era agobiante para Bolívar tratar de infundir delicadeza en un hombre que además de quisquilloso se sentía humillado y vejado en su condición de General en

Jefe. Sin embargo Bolívar no podía evitarlo y volvía a hablar de otros gestos generosos del Gran Mariscal, sobre todo los referentes al desprendimiento de mando y el sacrificio de servicio.

No le gustaban a Páez aquellos giros de la conversación. Miraba a los lados y veía que las celebraciones estaban llenas de generales amodorrados y plumíferos vanidosos; entonces, buscando una justificación a su descontento, decía a Bolívar:

-¿Esos son los que van a dirigir el negocio?- y se los señalaba de reojo-. Ni hablar, mi general; más habría valido que los maturrangos me hubieran cogido vivo en Apure...

El Libertador, aunque había perdonado a Páez del crimen de su alzamiento -a costa de todos los recelos que tal perdón levantaría en Bogotá- y lo había confirmado en su cargo, estaba absolutamente persuadido de que no había esperanza de unión, ni de paz, ni de nada.

Bolívar antes de despedirse le dijo:

-Recuerde, por venir y defenderlo lo arriesgo todo, hasta los pocos amigos que me quedan en Nueva Granada; he tenido la desgracia de que mis mejores amigos me interpreten mal, no me entienden... -había un dejo de tristeza en sus palabras-. Sepa general, que aunque usted puede mandar por la fuerza contra sus enemigos, eso no le dará la razón, ni la fe conciliadora que necesitamos para hacer patria. Estoy más que fatigado de las pugnas y violencias. Me avergüenzo a veces de todo lo que hemos hecho, porque, general, no son los suaves filósofos quienes nos están poniendo el país a la española, como usted dice, sino nosotros mismos que estamos divididos en mil partidos sin encontrar ese milagro de gobierno que satisfaga tanta ambición y tantos provechos personales. Si usted no tiene un poco de paciencia y moderación estamos perdidos. Viniendo a Venezuela y perdonándolo a usted ha disminuido mi gloria, he rebajado mi ascendiente sobre los partidos y probablemente se ha trastornado para siempre mi carrera política. Vea usted hasta dónde han llegado mis sacrificios, mi locura, si es posible. Entonces, general, no se muestre usted más resentido con nadie, olvide las viejas ofensas, únase a mí junto con Sucre, Urdaneta, Salom, Briceño, Montilla y tantos otros honorables oficiales; salvemos a la patria. Le toca hacer a usted un sacrificio por mí ahora, oyéndome, obedeciendo. Yo no soy la patria, ni la libertad, ni el gobierno, ni lo es usted, ni nadie; todos vamos a morir, general. Entonces unámonos en el último esfuerzo por sanar las viejas heridas, por hacernos dignos de los títulos conseguidos, si no seremos execrados con justicia por toda la humanidad... Cordura, paciencia, prudencia, cierto desprendimiento es necesario, general...

Páez comprendía que Bolívar no necesitaba envidiar a nadie; pero se decía también que todo el desprendimiento de los generales en Jefe contribuía a la grandeza de Bolívar y no a la de ellos. Ellos necesitaban una parcela donde señorear.

En el abrazo de despedida el Libertador sintió el cuerpo de Páez esquivo y voluble. Pero dudar de un subalterno como aquel, era como dudar de sí mismo. Bolívar entonces recordaba las palabras de Sucre cuando lo llamaba padre y se decía en ese instante que

Páez también era su hijo; más rebelde y desconfiado, pero valiente y arriesgado como el mejor.

Si, eran hijos de su talento, de su obra, de su constancia. Los consideraba dignos de la amistad y de los deberes y responsabilidades

que tenían para con la patria. Bolívar pensaba de aquellos hombres así como pensaba de sí mismo. Queffá de veras a Páez, a Sucre y a Santander, y esperó de ellos la respuesta amorosa y sincera que se busca en los mejores hijos. Estaba Bolívar incapacitado para el odio y el rencor y no podía concebir que sus amigos no quisieran también alcanzar los niveles de grandeza moral, de gloria y de fe que él había logrado.

Salió hacia Bogotá pensativo; las noticias que le llegaban eran alarmantes; se preguntaba ahora confuso y contradictorio: ¿Cuáles serán mis amigos verdaderos en este momento? ¿Por qué me llamarán tirano, yo que he combatido por la libertad y la gloria? ¡Juzgarme tirano, Dios mío! ¿Será acaso el complemento de la pena?...

A uno de los edecanes, un joven de aspecto pensativo y preocupado, le dice:

- Amigo, nos engañamos como niños. Ya no espero nada de América; los congresistas creen que los países se arreglan con constituciones, leyes y más leyes. No, querido amigo, esta América es una Nueva Guinea, y debía serlo por sus principios y elementos sociales. Era una quimera figurarse otra cosa; mas como el deseo realiza las quimeras, nos hemos engañado como niños...

Bolívar pide que le pasen la alforja donde guarda las mejores cartas de sus amigos. Quiere saber con quién cuenta, quiénes han cambiado sus pareceres respecto a él y de quiénes ya no podrá fiarse más. Le dice al edecán que saque las de Santander y las meta en el Archivo de Guerra, ya no las quiere ver. Encuentra una de Páez y recuerda su mirada huidiza y lejana. Pide también que las ponga aparte.

Encuentra una del año 1825 y es de Sucre. Se anima un poco, toma dos o tres más del mismo Mariscal. Allí lee: Ya no sé cómo expresar a usted mi gratitud. El nombre de Ayacucho que por inspiración de usted se me ha dado lo estimo tanto, porque es de usted. Repetiré mil veces, mi general, que su amistad es mi mejor recompensa, y le he dicho que esto no es una lisonja sino el sentimiento de mi alma, ¿cuál es el colombiano que no tenga ese mismo sentimiento hacia el Jefe que nos ha dado patria, existencia y vida? ¡Qué hombre tan extraordinario! Bien quisieron los quiteños cambiar a usted el nombre de hombre por el de ángel; ésa sí era justicia... Pero los hombres siempre son hombres y en nuestros países hay bastante ingratitud. Pero usted se ha consagrado a los pueblos, y éstos bendecirán sus cenizas en los siglos de los siglos...

Terminó de leer y alzó la mirada buscando en el infinito la certeza de una esperanza vaga. Fue entonces cuando se dijo: Ahh, ¡si el hombre de hierro de Páez tuviera el corazón magnánimo de Sucre! Su cre, mi mejor amigo, pero el pobre no nació para vivir en estas tierras... no comprende que ante las situaciones horribles de estos pueblos hay que aplicar las medidas más inexorables...

Para completar la nostalgia, el spleen que abrume al Libertador, hay un paisaje de miseria en los pobres desgraciados que encuentra en el camino. Se lamenta de lo destrozada que ha quedado nuestra tierra. Es una infecundidad que está en la sangre del que la posee y no en la naturaleza que le rodea.

El sol inclemente de aquellos lugares, los grandes riscos escarpados, con peñascos blancos, desgarrados arbustos, que hablan de una desolación adherida a la tierra, a la raza inclemente. El hombre todavía no ha sentido amor por la tierra, no ha sido ésta poseída por el trabajo, por la voluntad de la producción sana y honesta. Todas las hordas durante siglos la han herido, quemado con odio, devastado con la depravación de las armas y del poder. Los conquistadores, raza destructora, jamás vieron al suelo con amor, sino con un sentido de provecho deleznable, agresivo, cruel, como quien va de paso y cumpliendo una obra desintegradora. Aquel panorama doloroso, es la faz de los caudillos, la anarquía triunfante, los funestos desastres de la rebelión. Le parece que la guerra de independencia no es más que una excusa donde los soldados de uno y otro bando han dado escape a un desnaturalizado deseo de destrucción. ¡Infamia! Sólo infamia hay en estas tierras. ¡Y qué terrible es tener que concluir con un infame, con un ser repugnante dándole la muerte porque queda en el aire la sensación de que el crimen existió; de que el desdoro y la mentira es inextinguible del corazón de los que lo rodean! ¡El crimen y la calumnia son más fuertes que la muerte!

De pronto ¡el mar!, el encuentro con una madre solitaria: azul agonía, mezclado con tonos polvorientos de eternidad.

Anduvo Bolívar largo trecho con la carta abierta y la mirada perdida. Se entabla entonces, entre él y el joven edecán -hombre inteligente, culto y familiarizado con la dolorosa trayectoria de Bolívar- el siguiente diálogo, que empezó por parte del Libertador de este modo:

- Siempre he sido un hombre solitario, en medio de estos vastos países, ayudado únicamente de unos pocos que han visto en mí, no al gran general o Libertador de un extenso territorio, sino a un pobre hombre poblado de los mismos males e inconvenientes que los demás pero con una ilusión de bien, de deseos de hacer el bien. Si la gente en lugar de ver mis medallas y títulos viera mi corazón...

-Mi general -le interrumpió pausadamente el edecán-, todo el mundo quiere ser el Libertador Simón Bolívar, y usted parece que quiere huir de sí mismo; ¿en qué consiste entonces, señor, esa gloria y esperanza que todos ven y admiran en sus actos?

-Ilusiones, amigo -responde-, todo es ilusión en esta vida. Ustedes son jóvenes y no han conocido los terribles desengaños; tal vez por eso, todavía tengan ganas de vivir, pero yo no...

Dobla las cartas, que el edecán se adelanta a recoger.

-Mi general- añade el joven, sobrecogido por el aspecto escéptico y triste del Libertador-, nosotros dependemos de su gloria, vamos en pos de ella. El mundo lo admira, América es suya, entonces, ¿vale o no algo, todo esto?

Bolívar sonríe secamente. Se hace el silencio por un instante, y se da cuenta de que ciertamente todo en la vida tiene sabor a nada, a desesperanza insoluble y vergüenza. Pero debe responder, porque el que pregunta no conoce ni el fin ni las miserias del prestigio. ¡Ironías! ¡Necesita poseer el hombre todo el brillo de la fama, de la riqueza y del poder para darse cabal cuenta de la imposibilidad de hacer o transformar nada en esta vida!

-Tú, muchacho, debes seguir atento al curso de tu destino -le responde-. Pon tu empeño en ser noble y generoso. No cuentes para el vivir con premios y halagos. No, todo lo que puedes conocer o poseer, no es más que el paso hacia una meta incierta que desconocemos; si vives fiel a ti mismo verás que el ropaje de lo que te rodea no es nada y que hay un camino ya trazado para ti, con las espinas y los sinsabores del barro de que estás hecho. Dios sólo existe para el que ve y el que ve tiene un camino en la vida; búscalo, hijo, no con las creencias que vienen de afuera sino con la fe laboriosa de cada día, con la fidelidad en ti mismo. Así que no veas en mí la grandeza, sino la fuerza de mi fe...

Al cabo de un corto silencio añadió:

-Todo acaba, joven; mi fin se acerca y me acerco a él con la duda elemental de un campesino, de un pescador...-Bolívar se veía obligado a vivir y al igual que Séneca vivir era en él magnanimidad.

El joven asiente con la cabeza. No sabe si comprende, pero el tono de voz le gusta. En ella se percibe la maduración, la sabiduría hecha fuerza, persuasión y amor.

Estas palabras cargadas de desilusión y escepticismo eran inspiradas por la ingratitud y la traición de aquéllos que todo se lo debían.

Sobre todo, era el horror inspirado por Páez. Después de este último viaje del Libertador a Venezuela, el jefe apureño(1) acrecienta su misterio y su silencio. Sigue recibiendo consejos de los mismos doctorzuelos que él tanto criticara. Poco antes de la rebelión de Córdoba preparaba la devolución de la espada que Bolívar le diera en ofrenda de amistad. Devolvérsela por la espalda, claro está. Sólo lo detuvo el saber que Córdoba había pagado muy caro su perfidia.

Finalmente el Libertador -después de una sucesión de cartas donde le llama al sacrificio, a la prudencia-, en 1829, le implora para que asista al Congreso Admirable; era este el último intento de salvar la unión de la República. Le escribe: . . Jesucristo sufrió treinta y tres años en esta vida mortal; yo paso de los cuarenta y seis en ella, y lo peor de todo es que la he llevado sin ser un dios impasible. No más, pues, mi amigo, no más puede ser mi martirio ni mi sufrimiento. Yo me alegraría que Ud. no se excusase de venir al Congreso. . .

Páez no quiere saber nada de congresos, ni de uniones; sólo desea, en la extensión de sus ideas terrestres, el desenlace fatal del que le tortura con súplicas inútiles y dolorosas. Se dice: Me pides ayuda cuando en Bogotá piden mi cabeza; si no te mueres

pronto, como todos aquí lo deseamos, cerraré las fronteras y haré público nuestro desprecio a tus actos tiránicos. Es todo, desaparece y entonces haremos trato...(2)

Citas

1.- No nació en Apure. pero allí forjó su gloria.

2.- Nos recuerda también el escritor Marius André que a finales de este mismo año de 1829, batallones y regimientos enteros se levantan contra el Libertador sin que éste tuviera fuerza para montar a caballo y marchar de un extremo al otro del continente, de un océano al otro, para que el orden quede establecido como en el año de 1826. Por otra parte -nos dice-, a empresa es superior a un sólo hombre; hacían falta veinte o más como el Libertador y no hay más que uno; o por lo menos, sería preciso un lugarteniente como Sucre en cada Cantón, en cada ciudad: Y no hoy nada más que un Sucre, que también es asesinado por un general de la demagogia, Obando.

Otras herencias funestas

Con los enemigos de la revolución no se debe perder más tiempo que el de reconocerles. Lo que se trata es de aniquilarles. La indulgencia con ellos es atroz, la clemencia es parricida. El que quiere subordinar la salvación pública a las invenciones de los jurisconsultos y a las fórmulas de palacio es un imbécil o un malvado. Couthon presentando la ley de Prairial.

Sufría Santander la incapacidad para mezclar de heroísmo sus funciones de bufete. Así va, poco a poco, replegándose hacia los elementos más turbulentos e inmorales de la revolución. Pierde todo sentido de responsabilidad social, humana y se aferra con orgullo insensato a los clamores de partido. En 1826 no puede detener ya esa tendencia a la doblez, a la insidia y al rencor, taras inevitables de los que sienten pasión por los oficios burocráticos. Con la constancia hábil de su palabra ha llenado de recelos a los charlatanes de Colombia. Habría que escribir con las uñas las estridencias de esa peste intelectual, que tenía su asiento en Caracas y Bogotá. Y Santander sabía exaltar hasta el delirio a esa manada de bobos feroces. Podía husmear, con percepción casi femenina, el meollo sentimental de los escribas para inducirlos a la anarquía, al desenfreno de las maldades públicas. Siempre esgrimiendo la cruz de la justicia, como un santurrón de las leyes.

El que lea cuidadosamente sus cartas podrá darse cuenta de que al tiempo que hacía reverencias a la constitución, minaba de peligros y caos a la República. Veía, además, sombras funestas en los hombres de la revolución y se empeñaba en una lucha secreta y venenosa contra ellos. Sabía que comparado a Sucre, Urdaneta, Soublette, Salom, Montilla o Páez su papel político tendía a minimizarse; que las cómodas funciones burocráticas lo iban alejando del genuino aprecio del pueblo.

Uno ve siempre al vicepresidente de Colombia vigilando los sentimientos del Libertador con una alarma fatigante; quiere penetrar todas sus ideas y saber quiénes son los patriotas de su preferencia; si ha disminuido su sinceridad con respecto a él, o sigue

teniendo el poderoso afecto que le demostrara durante la campaña del año 19. Esas alarmas recelosas terminaron minando la salud del Libertador. Cuando Bolívar está en los preparativos de la batalla de Carabobo, le dice que su presencia en Pasto es determinante. Sale al Sur nuestro Libertador -habiendo ya triunfado en Carabobo-, y estando en la mayor ansiedad ante los desastres del Perú, le informa Santander que Morales invade el territorio por Cúcuta. Bolívar desesperado abandona su posición y por el camino se entera de que todo no ha sido más que suposiciones del vicepresidente. Después, estando el Libertador en el Perú, le llama de urgencia a Colombia para que arregle lo que las leyes absurdas han destrozado, pero que lo arregle ateniéndose estrictamente a ellas. No se comprende qué clase de amor tenía este hombre hacia Bolívar. Un psicoanalista como Jung habría dicho que era simplemente el deseo inconsciente de desintegrar las glorias del Libertador, esas que creaban una sombra terrible a su petulancia, las que proyectaban escandalosamente su pequeñez, su mezquindad.

El amor y la admiración de Santander hacia Bolívar son funestos para Colombia y presentan desdoblamientos peligrosos de criminalidad. Lo vemos en sus trajines como a un tipo de uñas afiladas, rabiosamente ambivalente, de un dolor viscoso, cargado de arrebatos histéricos. Hay momentos en que se nos parece al alférez Yago, el infernal procreador de mentiras que, en su extraño amor a Otelo, provoca el crimen de la inocente Desdémona.

Esa ansiedad histérica alcanza su punto álgido cuando Bolívar se encuentra en Caracas, organizando el Norte. Ha ido el Libertador para someter el orgullo rabioso de Páez y buscar una fórmula política para la unión, para la paz. Santander no quería que las amenazas de Páez terminaran con una simple reconciliación: él quería el castigo ejemplar aplicado al general Piar. Aquel viaje lo devoraba interiormente porque veía al Libertador rodeado de sus enemigos los revolucionarios. caraqueños. Se imaginaba al periodicucho Argos lanzando las más amargas acusaciones contra él. Sobre todo, no podía dejar de oír el lenguaje astuto y sicológicamente artero de Peña, ese abogado terrible que sin duda iba a poner al descubierto toda su desvergüenza y abyección.

La situación del granadino era harto desesperante; los males físicos (unos cólicos biliosos) se le complicaban. Toda su angustia se reducía a que temía verse desplazado por los generales en jefe venezolanos, que haciendo justicia a la verdad merecían tantos o más privilegios políticos que él. Las glorias ajenas le quitaban el sueño, el apetito, las ganas de hablar. Se sumía en un silencio agotador. Veía el pasado, palpaba el presente, hacía un recuento de sus méritos, de sus amigos, de su fama, de su poder, y el balance lo confundía, lo amargaba, lo abatía. Sólo la presencia de su secretario Soto era capaz de sacarlo de su infierno. La fe servil, suave, rotunda y perseverante de Soto le daba vida; vida artificial, se comprende. Porque la verdad era que Santander se había quedado escaso de laureles; su administración en los últimos años, que era lo único que podía salvarle, había concluido en un tremendo fracaso. Como guerrero era nulo, hacía muchos años que Boyacá se había opacado en su alma. Aunque Santander era un ferviente admirador de su batalla, en el fondo de su amor por ella habían oscuros y torturantes remordimientos. Esa clase de remordimientos que impulsaban a destruir lo sano y noble de la vida, que es como un eterno acusador de su perversidad, de su

iniquidad. Como él no hacía un balance sincero de sus residuos morales, se iba haciendo cada vez más cínico, insensible. El fusilamiento que, injustificadamente, hiciera de los treinta y nueve oficiales españoles era una llaga en su corazón que había terminado haciendo de él un ser irascible, duro, terco y maníaco. Decía públicamente - refutando a quienes le criticaban- que lo único que lamentaba era no haber fusilado treinta y nueve mil.

Cuando Soto aparecía en su gabinete, Santander se iluminaba. Creía entonces que podía salvarse, que su salvación no estaba en las charreteras, en la espada, en lo malo o bueno que pudo haber hecho en el pasado, sino en la pluma. En el rayo de esa pluma, que si no mataba o pulverizaba en el acto, al menos dejaba una cicatriz mortal que, como cáncer monstruoso, devoraba a sus enemigos; la presencia benéfica de Soto lo inspiraba, y en menos de media hora podía escribir dos anónimos, uno para El Conductor y otro para La Bandera; anónimos satíricos, perversos, indiscretos, donde atacaba la labor pacífica del Libertador en Venezuela. Esa acrimonia de sus palabras era retocada con fervor apasionado por su secretario, quien se encargaba de darle a las ideas esos reflejos siniestros de terror, donde Morillo y todos los déspotas del pasado quedaban pálidos ante la política del Tirano en Jefe.

Debemos hacer muy notorio que la reconciliación entre Páez y Bolívar reveló a Santander un arma terrible nunca antes concebida por él: la de la instigación descarada e inmoral contra todos los principios de la República. Se creyó con derecho a ser tan irresponsable, perturbador y violento como Páez y los libelistas caraqueños. Iba a levantar la voz del desconocimiento al poder de Bolívar, daría órdenes para provocar las facciones, escribiría con desenfado por la desintegración del país en favor de la federación. Y llegaría incluso a la pretensión de no querer dejar entrar al Libertador en territorio granadino... A pesar de todas estas traiciones -consultadas, cocinadas y planeadas con los hombres más funestos de la República (como lo eran Azuero, Soto, Gómez, Hilario López y Obando)-, en sus cartas a Bolívar expresaba su irreprochable lealtad, su pasión innata a los principios republicanos, a la unión, a la armonía, etc.

La nueva actitud de Santander, a consecuencia del perdón a Páez, era reflejo de esa tendencia a sentirse mimado; creer que los demás estaban en el deber de sufrir sus caprichos, sus mala crianzas y despechos. Todo esto lo revela, por ejemplo, el pasaje de una carta que escribe el 8 de marzo de 1827 a Tomás Mosquera. Le dice: Me acuerdo que estando el Libertador en Trujillo se me enojó por que no le mandaba auxilios sin anuencia del Congreso, y dejó de escribirme en un mes; mas yo le respondí en igual moneda, dejando de escribirle, hasta que él fue el primero en romper el silencio y satisfacerme.

Esta observación es muy significativa del carácter de Santander; cree darse ínfulas de hombre que no cede en sus caprichos; que en cuanto a orgullo no da su brazo a torcer; es tan miope de alma que no se da cuenta de que la actitud del Libertador corresponde a la del hombre amplio y generoso, que no se detiene ante el rencor y las desaveniencias mezquinas, que pone el bien público, la patria y la amistad por encima de las miserias políticas, de los accidentes amargos de la guerra y de cualquier satisfacción de tipo personal.

Era cuidadoso Santander para no dejar rastros comprometedores en sus cartas. A los amigos del Libertador les expresaba su profundo reconocimiento por el Padre de la Patria; en cambio a sus íntimos, a sus secuaces, los impulsaba al desorden y a la inmoralidad. Con esta actitud turbia y complicada se ganaba a los cínicos y traidores y, también, a mucho incauto o indiferente que veía en las palabras del vicepresidente la justa expresión de las leyes, las aspiraciones del pueblo. Fue así como en 1827 se dieron los toques finales de lo que vendría a ser en Colombia el Partido Liberal. Estaba esta organización formada por un grupo de jóvenes disolutos, congresistas amargados y los más frustrados militares de la revolución.

¡Ah!, permítaseme parafrasear a un sabio francés cuyos testimonios sugieren fuerza a mi apología. Sus palabras sirven para apostrofar ese carácter perverso de Santander; a su vida, escondida más de veinte años bajo la máscara más gruesa de la hipocresía. Arrojad lejos de vosotros su infame libelo y temed que, reducido por una elocuencia pérfida y arrastrado por las exclamaciones tan pueriles como insensatas de sus entusiastas, acabéis por convertirlos en sus cómplices. Detestad al ingrato que habla mal de sus bienhechores; detestad al hombre atroz que no vacila en denigrar a sus antiguos amigos; detestad al cobarde que se lleva a su tumba el silencio inaudito de todos sus crímenes y traiciones sin que jamás haya sido capaz de reconocer una sola de sus perfidias

Bolívar, el tirano

Es preciso tener todavía caos dentro de sí para poder dar a la luz una estrella danzarina.
Nietzsche.

Lo que mantenía al Libertador en ebullición, en acción constante, era esa posibilidad siempre abierta de desafío, de lucha contra los males de la República. La inactividad era su angustia, su desasosiego; el mayor crimen para él era verse atado por manías o miserias legales o de partido cuando había por delante un mundo que necesitaba de su ayuda, de su valor, de sus consejos. En un delirio de grandeza acosado por la perfidia de los santanderistas en la Convención de Ocaña de 1828- escribe: Cuando me hablan de valor y de audacia siento revivir todo mi ser, y vuelvo a nacer, por decirlo así, para la patria y para la gloria. ¡Cuán dichosos fuéramos si nuestra sabiduría se dejara conducir por la fortaleza!, entonces yo ofrecería lo imposible. entonces se salvaría Colombia y el resto de la América también.

Habiéndose concluido prácticamente la independencia de la América del Sur con la batalla de Ayacucho, el regreso de Bolívar a casa representaba en sí su muerte como soldado, como político. El título de tirano iba a suplantar al título de Libertador.

El mismo Libertador decía que aunque un soldado podía salvar la patria, difícilmente sabía gobernarla. Es que Bolívar; por naturaleza, no era un hombre de bufete; desconfiaba de los intelectuales y de los teóricos de pasillo; era ante todo un hombre que se planteaba los problemas humanos con la acción ejemplarizante, calladamente laboriosa. El mundo siempre ha estado lleno de ideas y de muy pocos buenos ejemplos, y Bolívar creía como el filósofo ruso Erthel que morir por una idea era mucho más fácil que llegar a realizarla.

Después de concluida la independencia se generó en nuestro pueblo una plaga de sofistas, ideólogos y escribas de todas las calañas y colores: no encontraban en que sistema político ahorcarse. Las ideas de Bolívar parecían a estos señores obsoletas, demasiado románticas o conservadoras. El todo de ellos era continuar la revolución, para hacerse con las preseas y de los títulos que no se atrevieron a conseguir luchando contra los godos.

Al menos los españoles eran enemigos definidos que a la larga podían ser derrotados; pero, ¿qué de esos generales y juriconsultos que rodeaban al Libertador, esos que esperaban la menor confusión para alzarse contra sus órdenes por el mero provecho de bajas satisfacciones personales?

De la propia defensa moral que ejerce el Libertador contra tales elementos, nace el título infeliz de que es tirano, déspota, soberbio. Las severas reprimendas que da a Páez, cuando éste en 1818 pretendía desconocer sus órdenes y hacerse proclamar nada menos que capitán del ejército libertador por un grupo de extranjeros, dejan tan picado al jefe llanero que toda decisión de Bolívar la desoirá o la cumplirá de mala gana.

En Bogotá llama al orden a los que se autodefinen como liberales. Estos inundan al país de libelos amargos, llenos de resentimientos y peleas mezquinas. Es tan fácil alucinar y dejarse alucinar que hombres prudentes, inteligentes como Joaquín Mosquera, Restrepo, Juan Francisco Ortiz y Posada Gutiérrez cayeron en las redes de la dramática iracundia de aquellos ridículos jacobinos. ¡Ah, atrapados y después tendrían que llorar hasta la muerte el amargo arrepentimiento de aquella estúpida alucinación!

Era difícil el papel pedagógico del Libertador. Como era él, de hecho, quien más hacía, se llevó los títulos siniestros que le endilgaban sus enemigos. Una epopeya noble, heroica, vital, limpia, con un profundo hálito humano, conservó el pueblo de él. Esa es la que hoy día resurge con fuerza de los escombros del humo y de la muerte: es el diamante convertido en brillo, solidez y eternidad, por efecto del fuego, del barro y de las cenizas.

Fueron muy pocos los que de veras comprendieron el carácter ejemplarizante del Libertador, porque hasta el propio Sucre llegó a interpretarle de un modo erróneo. Nos dice San Martín que el tono que usaba con sus generales era extremadamente altanero y poco adecuado para conciliarse afectos. Que los oficiales ingleses eran los que le merecían más confianza. Que para darse un aire más militar se permitía un lenguaje vulgar; pero se veía claramente que no era espontáneo ese defecto.

Sin embargo, todos concuerdan en que Bolívar amaba al pueblo con devoción sincera. Llegaba a ser tan mano suave con los soldados que les permitía libertades prohibidas por las leyes militares. Era de veras popular entre los de más bajo rango, y por esto los oficiales no se atrevían a nada contra él, y por esto también la tropa en general mostraba en las batallas tanta audacia bajo su mirada.

Decían algunos escritores de mala lengua que Bolívar era un ser de una ambición desmedida, de una ardiente sed de mando. La obra de Madariaga pareciera dedicada a probar que toda la gloria del Libertador era sólo producto de una vesánica ambición, como si el que las endilga no tuviera el desproporcionado deseo de hacernos meter en la cabeza la banalidad de su razón. Más tirano y déspota es Madariaga con su mamotreto de libro sobre Bolívar. Al menos Bolívar se vio impulsado a tomar implacables determinaciones por lo horrible de las circunstancias; pero él -Madariaga - desde su suave sillón de la biblioteca quería -a costa del martirio de Bolívar- sacar nombradía, ambición de fama y reconocimiento. No era perspicaz Madariaga.

El supuesto despotismo del Libertador no era otra cosa que la reacción natural del genio ante el caos y la barbarie. Si Bolívar hubiese nacido en Alemania tal vez habría sido un filósofo sarcástico y severo al estilo de Schopenhauer, o un romántico turbulento como Von Kleist; en la antigua Grecia, un sabio incisivo como Diógenes; en Rusia un Puschkin; en Francia su igual es más bien Saint Just que Napoleón; en Inglaterra, Byron, que era de los que más desafiaban a la muerte, a lo imponderable, en nombre de la nada...

Es que el hombre de genio asume la vida con una terrible seriedad y no se puede permitir divagaciones, desviaciones. A esto lo llama la gente ser mandón, individualista, tirano u otras sandeces parecidas.

Bolívar no se iba a condicionar, a reprimir a sí mismo, porque unos ociosos de la pluma le endilgaran el título de déspota y tirano; su responsabilidad estaba definida y tenía que ejercerla contra viento y marea. Las noticias, por ejemplo, que de nuestra revolución llegaban a Europa eran escandalosas, y fueron tal vez los relatos que en este sentido Humboldt transmitía a sus amigos los que hicieron exclamar a Goethe que era mil veces preferible la tiranía al desorden.

¡Tiranía de Bolívar! Un gobierno es tiránico si es ejercido por una persona sin principios de ninguna naturaleza, que utiliza el poder en su provecho, en beneficio de fines criminales y perversos. Un tirano no construye pueblos, ni deja de percibir sueldo para donarlo a los pobres; no recorre de un extremo a otro el continente procurando la libertad y el conocimiento; no organiza congresos, a los que pide permiso para ejercer las funciones de mando y a los que incluso llega a obedecer a pesar de que sabe que actúan de mala fe, con el propósito de hundirlo políticamente. Un tirano es un ser vulgar, sin sensibilidad y que pone el peso de su poder en la policía, en un ejército represivo y sanguinario. Un tirano hace desaparecer a sus enemigos de una manera misteriosa y sucia.

El moralista La Bruyere decía que no se necesita ni arte ni ciencia para ejercer la tiranía y que la política de este sistema consiste sólo en derramar sangre, y que es por demás limitada y sin refinamiento. Si se estudia con justicia la vida del Libertador, veremos que en sus veinte años de servicio a la República se condujo con clemencia para con sus enemigos. Moderó sus pasiones en medio de las disensiones; jamás rehuyó sus deberes como soldado, ni dejó de cumplir sus compromisos por mezquinas desavenencias. En todo momento valoraba los límites de su gobierno, sus facultades como hombre y respetaba las opiniones de sus amigos, aun cuando ellas fueran radicalmente opuestas a las suyas.

¿Quién era ese déspota que ha dicho en este continente las frases de mayor contenido persuasivo y conciliatorio? Por ejemplo, escribía en una de sus cartas: Todos me alaban porque no pedía mucho. Esto es necesario para obtener justicia; digo más, debemos ser víctimas para que no seamos tiranos: ¡Seámoslo , pues!

Un tirano que amaba el arte de la amistad, de la creación y hasta se permitía dar consejos literarios a un poeta como Olmedo. Otro país más culto le habría dado mejor trato; habría sacado mejor provecho de su exquisito gusto por la poesía, la buena

literatura y la filosofía; de su claridad en los juicios, de sus revelaciones y profecías; de la fina vena para dar a cada cual el lugar que merecía. Sin duda Bolívar fue poco comprendido en su tiempo; incluso en el presente sus ideas siguen siendo una molestia, un lujo.

¡Vaya tirano ese, que cuando supo que el pedagogo Lancaster había llegado a Caracas se llenó de gozo e inmediatamente se presto para servirle y ayudarlo! De hecho, le pagó el sueldo de su propio bolsillo, porque los jurisconsultos y los suaves filósofos, en lugar de prestar atención a estos servicios, estaban sólo pendientes de besarle las botas al general más atrevido. Igualmente da una alta posición a su maestro Simón Rodríguez, una posición donde pueda desplegar con amplitud y libertad sus conocimientos. Lamenta que Andrés Bello no regrese a su patria. ¿Cuál ha sido el tirano americano que ha buscado las luces, la cultura y la grandeza para su patria, si sabemos que los tiranos huyen del saber como de la peste?

Así, pues, que el título de tirano era la invención más ridícula que podían hacerle sus enemigos, sobre todo si tomamos en cuenta que la mayoría de los que le endilgaban ese título habrían vivido pacíficos y mojigatos bajo la esclavitud española.

Jamás la obra de un genio es producto de sus antojos. El Quijote de la Mancha no era un capricho de Cervantes, ni Ana Karenina era una manía extravagante de su autor. El hombre de genio en plena actividad creadora no se pertenece; trabaja con una responsabilidad que está por encima de lo humano, de lo bueno y de lo malo; más allá de toda categorización o concepto. El vive en una caza permanente de las relaciones vitales. Decir que Bolívar era tirano es decir que Sthendal, Flaubert, Balzac, Dostoyevsky, eran tiranos con sus obras, con sus personajes.

Bolívar, alfarero de repúblicas, debía conducirse como un dios en su propio universo. O como dice Flaubert: El creador es una segunda naturaleza y debe comportarse como tal.

Esa segunda naturaleza trae consigo sus cataclismos o sus magnificencias: desestabiliza el régimen español, la tropa se bate magníficamente en su presencia, los pueblos claman por su ayuda, los verdugos tiemblan, América despierta de su letargo...

Si se sumaran los días que el tirano pasó en ejercicio de funciones de gobierno, éstos no pasarían de un año. Tenía honda aversión a los oficios de bufete; sin embargo no pudo evitar granjearse terribles enemigos que veían en él el obstáculo a la corrupción, al uso inescrupuloso del poder. Finalmente, hasta los más íntimos y queridos por él fueron arrastrados por la avalancha de la ambición; el único que se salvó de esta fiebre demencial fue Sucre, porque hasta Urdaneta, los Mosquera y Castillo tuvieron por momentos, la tendencia de desplazarlo para hacerse con el poder. El tirano era en definitiva un hombre muy solitario; sus clamores raramente eran oídos en los congresos; había una mala fe solapada en el cascarón de los principios republicanos. Sólo bajo las extremas circunstancias de la guerra algunos le llegaron a escuchar y se cobijaron con pasión sincera bajo su protección; pero en cuanto los negros nubarrones pasaban, le abandonaban e incluso le negaban cuanto había hecho por la libertad, por ellos mismos. Estas ingratitudes, unidas a la visión de su genio, acrecentaban día a día su dolor,

llegando al extremo de entregar el poder, las armas y todos sus bienes para que la lengua lapidaria de sus enemigos con mayor libertad y fuerza le llamara Tirano.

Danza de espeluznos y calofrios

Es necesario que un hombre se esconda para que podamos amarle, pero no bien nos muestra su faz, se acabó el amor. Dostoyevsky.

De la anarquía al crimen hay sólo un paso. Bolívar ha querido afrontar sólo las horribles complejidades de nuestras nacientes naciones. Lleva más de diez años con una fe fija, inalterable: hacer de la América hispana un país fuerte, de instituciones admirables, con una dignidad espléndida entre los demás países de la tierra. Ha batallado contra lo imposible para que los hombres le comprendan, le obedezcan sin el uso de la fuerza: ha querido que sea sólo la razón y el entendimiento el juez supremo que resuelva nuestras contradicciones, discordias y conflictos.

Pero en 1827 y 1828 el gobierno está envilecido hasta en sus propias raíces; los políticos de partido lo han perdido todo, llegando incluso a envenenar de odio la parte sana de la juventud.

Es entonces cuando el Libertador comienza a comprender con pavor que se va sin remedio a la disgregación total de las débiles instituciones. No sabe qué pensar de los hombres que le rodean; en sus delirios de desesperación ve, en algunos oficiales y escribas, macacos balbuceantes, hienas, ratas, serpientes, sapos y toda clase de alimañas. Es una pesadilla de bochornosas visiones, y lo peor de todo, una pesadilla sin escapatoria: ha de perecer en aquel reino brutal que él puso en movimiento dizque para que representaran el papel de ciudadanos. Presiden esta comparsa en Bogotá los leguleyos Vicente Azuero, Francisco Soto y Florentino González, dirigidos por el flamante vicepresidente de la República, Francisco de Paula Santander; en Caracas la presiden Angel Quintero, Ramón Ayala y Peña, éstos bailando al son que les tocan los generales Páez, Arismendi y Mariño.

Bolívar que era un solitario por excelencia, sereno, firme ante los desastres -que reflexionaba y meditaba en medio de la sociedad, de los placeres, del ruido, de las balas-, comienza a sentir los estragos que hacen en su cuerpo y en su espíritu las estridencias de los llamados liberales. L e hemos visto por un resquicio de su alma

devorarse en amarga ansiedad: no sabe qué hacer con tantos dementes que se han creído con derecho a gobernar, cuando no tienen la menor responsabilidad consigo mismos. Ni la reprimenda ni la cárcel bastan, porque no tienen sentido alguno de orden, de disciplina, de leyes -¡pobre Bolívar que llegó a creer que el Poder Moral podía salvarnos de la corrupción y del crimen! . El último grado de la barbarie -la más absoluta insensibilidad humana- la iba a contemplar en aquellos jóvenes disipados que se reunieron en 1830 para despedirlo de Bogotá con los asquerosos sobrenombres e improprios de ¡Muera el tirano!, ¡longaniza!, ¡déspota!, ¡asesino!.

Y oímos a Bolívar exclamar con sombría desesperación: -En la medida en que yo aparecía esencial ante los ojos del pueblo, algunos jefes importantes, en lugar de colaborar, de cohesionar fuerzas a mi alrededor, se empequeñecían en peleitas degradantes. He tenido que reprimir hasta la tortura la idea de que mis más queridos amigos me traicionaban. Ahora, al final de esta jornada de mi vida se apartan las últimas ilusiones que me quedan; toda fantasía o esperanza se consume con el pobre cuerpo que me sostiene. Puedo ver claramente que los que me rodean no son más que loros y monos que yo en mi ingenuidad tomaba por hombres.

El recuerdo de tanta ingratitud lo trastorna hasta el punto de no querer ver a nadie. Adquiere del mundo una visión asqueante; como Schopenhauer, ve en los que le rodean las deformidades más bochornosas y variadas: fealdad física, expresión moral de bajas pasiones y de ambiciones despreciables, síntomas de locura y perversidad de todas clases y tamaños. En fin, una corrupción sórdida, fruto y resultado de hábitos degradantes. Con razón deseaba la muerte, que le ahorraría esa agotadora presencia entre los hombres.

Sobre este patético delirio dice el historiador Marius André: Por miedo a pasar por tirano, tanto por su generosidad nativa, el Libertador ha pecado de indulgente para con algunos de los asesinos y conspiradores. . . el bien de la sociedad pedía que hubiera fusilado a Santander y a dos o tres centenares más de demagogos. Pero si uno de sus ministros le hubiera propuesto esta hecatombe, habría retrocedido de espanto; no obstante era el único medio de poner orden en casa y hacer eficaces sus enérgicos y sabios decretos. . . Ha corrido a mares la sangre de inocentes, la anarquía se ha enseñoreado de todo, porque el dictador es hombre sensible y porque no quiere cortar las cabezas de la hidra.

¿Cómo pretendía Bolívar -en nombre de qué- luchar contra un mundo tan desgarrador y hacer de América un continente digno de su genio? Porque esta actitud maniaco -sagrada no le abandona un solo instante: se revela en la Carta de Jamaica, en sus cartas todas, en sus proclamas. Su estilo jamás decae, jamás se devalúa: es trágico o es sublime. El sueño de un imperio luminoso para nuestra América está por encima de las contingencias, de lo accesorio e inmediatamente provechoso: este sueño es su religión, su más alta fe, una idea fija del más abnegado quijotismo. La muerte y lo grotesco frecuentemente se cruzan a su paso: ve esperpentos, grupos entorpecidos con la expresión congelada de servilismo o de impiedad. Una masa que por olvido secular de ellos mismos, carece de orden moral, de valor, de sacrificio personal. Aquel extenso territorio parece en ocasiones un hospicio, un manicomio. Pero a él nada lo detiene: interroga a los funcionarios, exige explicaciones claras y contundentes. Sus

proposiciones son tajantes; completa las ideas de los demás y en palabras cortas y concisas los pocos hombres de Estado creen ver milagros: Que se reduzcan los impuestos. Prohibidos los entierros en las iglesias. Vamos, tome lápiz y papel, desde hoy mismo vamos a devolver la tierra a los indios. Necesitamos hombres, es decir, escuelas; que se transformen estos monasterios en escuelas. ..

Bolívar percibe y calcula todos los problemas porque se compenetra, como simple particular, con el medio que le rodea... (La desgracia de nuestros gobernantes es que se aíslan en una nube frívola y petulante que los imposibilita de compasión, de sensibilidad.)

Cuando los espeluznos de la barbarie pitan y chillan a su alrededor, su actividad es siempre la misma: hacia adelante; sabe que el que se detiene o mira hacia atrás queda petrificado de mismidad. En el combate, en las marchas agotadoras, en las fiebres terribles que le atacan, su negrísima mirada es el conflicto obsesivo de una osadía contra lo imposible.

Cuando llegamos por un instante a sopesar el inmenso caudal de vitalidad, de esperanza e incluso de locura que tenía el Libertador, nos invade cierto terror depresivo. Vemos mejor los contornos del abismo que hay entre él y los simples terrestres que seguían sus pasos. Amigo lector, ¿no es todo esto como para huir despavoridos de nuestro medio o sentirnos inútiles para inducir ningún cambio en las estridencias de cierta peste inmoral que hoy día nos rodea?

Debió ser vasta la desolación de su individualidad.

San Martín, por ejemplo, no soportó tanta inmundicia y corrió a refugiarse en el olvido, en la inacción. San Martín era de carne y hueso.

América Latina partía de cero, y de no haber sido por el esfuerzo sobrehumano de nuestro héroe, nos debatiríamos en una inconsistencia histórica deplorable. Bolívar solo, hizo adelantar nuestras instituciones, nuestro sentido de la responsabilidad y valor humano más de un siglo; y su pretensión era tan locamente ambiciosa que quería hacer de esta tierra una República superior a todas las conocidas en el planeta.

Bolívar llena todo nuestro pasado y también todo nuestro porvenir.

Nuestro héroe todavía batalla, suda, se estremece y arremete en la interioridad de cada americano que tiene dignidad y sentido de patria. Puede que crucemos un largo camino de sombría decepción, que un vértigo de tristeza y ansiedad nos acorrale cada noche, que vivamos atados a angustiosas revelaciones de impotencia, escepticismo y destrucción; pero cuando miramos otra vez hacia el héroe, descubrimos que existe un ejemplo laborioso que cumplir cada día: que hay que ser incansable en la consecución de la limpieza espiritual y del honor. ¿Cuántos pequeños bienes se le pueden dar a la humanidad cada día, actuando con voluntad severa, inagotable, positiva? ¿Cuántos Boyacá y Carabobo podemos lograr cada día nosotros mismos -en el trabajo, en la calle, en nuestra casa- entregándonos con disciplina, seriedad y firmeza insuflando amor, esperanza y humanidad a nuestros semejantes? He aquí la revelación. Es Bolívar quien

nos mira fijamente exigiendo de nosotros un ejemplo en los nuevos senderos que se abren a la patria. ¡Un esfuerzo más, un esfuerzo más!... Ved mi vida, ved mi ejemplo. . . Lo oímos, lo sentimos; eso nos anima para entrar a saco en las batallas de cada día.

De sus detractores

Mis dolores existen en los días futuros.

Bolívar.

Han sido muchos los detractores del Libertador; en Colombia, Perú y Argentina se encuentran por centenares. Cosa curiosa: España, que fue la más afectada por la obra de Bolívar, ha tenido pocos detractores; Salvador de Madariaga parece ser el único.

En América, el único hombre de talento literario que ha atacado al Libertador ha sido Ricardo Palma. Es este un caso donde se percibe la mezquindad de su genio, la villana degradación de sus condiciones naturales de escritor al servicio de un capricho bastardo: el dolor de que España perdiera su tradición y sus colonias en América. Ricardo Palma se empapó de un modo tal de las costumbres religiosas y conservadoras del Virreinato del Perú que le fue imposible perdonar a Bolívar; perdonar al hombre que volvió escombros ese sublime pasado -escoria americana, le llamamos nosotros en que la mente y la pasión poética de Palma se recreaban.

Llega a tal extremo la histeria vengativa de Ricardo Palma que, sin guardar el menor decoro de escritor, le lanza a Bolívar desmedidos epítetos. Lo llama envenenador, pérfido, cobarde, vengativo, cruel, pequeño, ambicioso, hipócrita, miserable intrigante, y sólo le faltó añadir -como dice J. B. Pérez y Soto- llamarle ratero.

Palma era considerado en España como el más ilustre literato vivo del continente americano; el Decano, como el propio Palma se llamaba a sí mismo; y lo decía sin pizca de ironía. Ricardo Palma fue uno de los latinoamericanos más leídos de su tiempo en España; pero Palma padecía una vanidad de artista de opereta que no sabía disimular. En la capital de la península, cuando se le alababa y vitoreaba, saludaba con el brazo en alto y con una deleitosa sonrisa de actor. Se enorgullecía en letras de molde de que tales y cuales literatos le hubieran acogido con sonrisas y apretones de mano. No intentaremos hacer un estudio detallado de la sicología colonialista de Palma, porque otros más enterados de su vida, y que lo conocieron personalmente, ya lo han hecho. Remitimos al lector a ver lo que sobre el Carácter de la literatura peruana ha escrito Rufino Blanco Fombona.

Es muy probable que Salvador de Madariaga se inspirase en ciertas tradiciones y artículos históricos de Ricardo Palma para emprender su obra de injurias contra Bolívar.

Veamos en qué fundamentaba Madariaga sus dardos:

Bolívar, por ejemplo, pensando en el carácter oscuro y las artimañas volubles de los caudillos venezolanos, decía: No quiero nada con esos soldados de Boves, con esos infames aduladores de Morillo, con esos esclavos de Morales y Calzada. A esos obedecían y querían - se refería a los venezolanos- esos fieros republicanos que hemos libertado contra su voluntad, contra sus armas, contra su lengua y contra su pluma. Y en otra oportunidad dice: Me hago odioso en un país donde nada es tan fácil como odiar a un venezolano. Mi resolución es salvarme como pueda de entre estos mandrias, malvados, imbéciles, ladrones, facciosos, ingratos y todo los peros del mundo.

Entonces, se esfuerza Madariaga en tratar de demostrarnos que Bolívar tuvo que luchar contra un continente que quería ser español, realista. Pretende decir, incluso, que era un mal terrible llevar al martirio a poblaciones indefensas, que querían vivir bajo el dominio del Rey de España. Este es el lenguaje de un hijo de la vieja tradición inquisitiva y fanática. Tal vez sus antepasados fueron aquéllos que, en Roma, consideraron heréticos el sistema cósmico de Copérnico y torturaron por eso a Galileo. Tal vez pesa en él el atávico demonio de los que quemaron a Giordano Bruno, a Servet y a tantos otros que luchaban contra el sentido común, el fanatismo y el cazarismo tipo español. La lucha de Bolívar no se diferenciaba demasiado de la de aquellos sabios inmolados en tiempos de la inquisición.

Después de todo, los convertidos al catolicismo en América se iban volviendo, con el tiempo, tan tercos y maníacos como los mismos españoles. Los negros se volvieron brujos y mandingas, , los indios dóciles y estúpidos, herrados con la cruz en la frente o en el pecho. A Bolívar, viendo aquel espectáculo de hibridez deplorable, aquellas mezclas de razas incultas, educadas durante siglos por maestros dementes y testarudos, le sobraba razón para exclamar: Ni la libertad ni las leyes, ni la más brillante ilustración nos harán hombres morígenos... Por nuestras venas no corre sangre sino el vicio mezclado con el miedo y el terror. ¿Qué de malo ve Madariaga en que Bolívar luchara contra tales elementos?

Tal vez porque América no ha tenido la suerte de escribir la verdadera vida de Bolívar, algunos se han permitido toda clase de calumnias y han levantado una leyenda llena de falsedades contra el Libertador. Sobre el escombros de injurias ya escritas vino Madariaga y cocinó una bazofia cínicoburlona. No se trata de que Bolívar sea un hombre intocable, angelical o santo, que no permita el análisis humano, ni que Madariaga haya traído verdades nuevas -desconocidas-, que rebajen los méritos de nuestro héroe. No, el libro de Madariaga tiene malas interpretaciones, juicios insanos, mala fe. Su obsesión en atacar al Libertador no conoce la menor consideración. Aun en los últimos instantes de Bolívar se permite observaciones mezquinas, observaciones tonto-ridículas a un ser que merece respeto, porque es evidente que la desgracia de Bolívar es absoluta, penosa, llena de la más honda desolación. Dice, por ejemplo: Algunos historiadores han otorgado a Reverend el título de doctor en medicina, que desde luego no tenía. Respondemos:

¿Qué importa un título, señor? Lo que vale es el hombre. ¿Acaso consiguió Bolívar sus títulos en alguna institución educativa? Además, Bolívar no creía en la medicina, y ni falta que le hacía para el mal que padecía. No ve Madariaga, por ejemplo, que el Libertador aceptaba a sus médicos sólo para no herirles el amor propio. Aversión a tomar remedios tenía el Libertador, y esto sí es de un valor digno de ser mencionado en una obra sutil, profunda, y no quedarse en lo superfluo, en los huesos miserables del convencionalismo profesional. Es que Madariaga no podía quitarse de la cabeza la tradición escolástica de los grados y las frivolidades malolientes de la ciencia heráldica. Lo mismo que Palma sufría un odio atávico contra todo cambio de lo establecido. Los dos parecen representantes modernos del Santo Oficio.

La conclusión de Madariaga, después de haber escrito más de mil páginas sobre el Libertador es: La experiencia había enseñado a Bolívar que la unión requería un gobierno fuerte y que toda Hispanoamérica estaba demasiado empapada en el sistema español para tolerar instituciones que no fueran monodemocráticas, unión y monocracia. Así pues, no iba equivocada España. El que se había equivocado era él. Ahora se daba cuenta -demasiado tarde.

No sabemos lo que este señor quiere decir con no iba España equivocada, sino que era Bolívar el errado, el perdido, el miope. Entonces según Madariaga, para no cometer ninguna clase de error político, lo mejor habría sido dejar a los españoles eternizados en el poder; para él lo correcto era que nos gobernara Monteverde, Morales, Calzada y Boves; y que siguiera la inmensa mayoría inculta, salvaje, miserable pero bien sometida a un gobierno fuerte y monocrático.

¡Infantilismo infeliz de Madariaga! El lector podrá darse cuenta de cierta influencia curera en el modo de escribir; cierta beatería rancia y despechada. No era España la equivocada sino usted, Bolívar. Este sólo párrafo revela la inmensa tristeza, el estado deplorable de algunos godos estrechos y cerriles. Que existieran muchos en aquellos tiempos y que se opusieran con firmeza a las ideas de Bolívar es pasable, y en cierto modo comprensible; pero que después de la espantosa decadencia política de España se venga con tal mezquindad y tozudez es inaceptable. Los españoles jamás han tenido una revolución verdadera y por eso no han marchado a la par de las grandes naciones de Europa. Esa España del siglo pasado -como dice Bloy- tenía una asombrosa ferocidad, un frenetismo diabólico, desprovisto de toda generosidad para defender y proteger a su podrida monarquía. España no tuvo un Cronwell ni un Saint Just; no se ha montado todavía en el carro de la historia. Las verdaderas revoluciones del pueblo español se dieron en América; pero como en España ha dominado el fanatismo religioso no comprendieron la obra de independencia que llevaba a cabo Bolívar. Otro pueblo hubiera tomado esta iniciativa para promover un gobierno republicano y destruir de una vez aquella sucesión de reyes obtusos, ambivalentes y enfermos. ¡Insensatos!, que se negaron a los beneficios políticos que pudieron haber tomado de la invasión de Napoleón. No; desdeñaron las ideas de Juan Jacobo Rousseau, los Derechos del hombre y del ciudadano, los códigos revolucionarios, etc., por defender al imbécil de Fernando VII, por vivir como Sancho hediondos a ajo y cebolla, en medio de sus piojos y de sus indecibles miserias... Es inútil, los tipos como Palma y Madariaga no pudieron despojarse de la herencia del escolasticismo español.

Machaca Madariaga que el despotismo de Bolívar marchaba parejo con su ambición personal. Estas son frases demasiado simples para un hombre tan complejo como el Libertador; su gloria, y por ende su ambición, eran resultados directos y naturales de su talento. Sus actos respondían a las necesidades del momento y jamás ni los accidentes ni las contingencias lo traicionaron. Majestad, Bolívar es la revolución -escribía Morillo al rey-. En el Libertador se habían concentrado los dones que necesitaba la empresa de independencia: visión política, audacia, sabiduría e imaginación guerrera. La ambición de ciertos historiadores, por ejemplo, es conseguir cierta originalidad y nombradía injuriando al Libertador. Afortunadamente, como la naturaleza tiende a borrar todo aquello que no es consistente con la verdad, tales intelectuales pasan inadvertidos, e incluso humillados por el desdén con que los trata la vida.

Sobre la ambición de Bolívar se han levantado muchas leyendas y barbarismos. Dicen que en el terremoto de 1812 exclamó que si la naturaleza se oponía a la guerra revolucionaria, lucharía contra ella y haría que le obedeciera. Eso en boca de un alumno de Simón Rodríguez y Rousseau es muy raro, casi inconcebible. Bolívar sabía que contra el orden natural no se puede oponer nadie, sin el peligro de perecer violenta y ridículamente. Esta leyenda se debe, en parte, a su pasión, a la ebullición de su genio y a la concepción grandiosa de sus acciones y proyectos.

Además, no comprendemos en qué consistía el peligro y el mal que algunos historiadores achacan a la sed de gloria y a la ambición del Libertador. ¿Qué entenderían ellos por ansia de gloria y ambición, porque jamás lo explican en sus libros? ¿No se supeditaba acaso en Bolívar toda su actividad a la búsqueda de la verdad, del saber, del bien común, del orden y de la libertad?

Según Madariaga y el propio Palma, los peruanos como Riva Agüero y Santa Cruz luchaban contra las ambiciones de Bolívar; y presentan a estos señores con un fondo de ingenuidad patriótica; Bolívar aparece como el lobo inquieto e insaciable que todo lo quiere para sí.

Riva Agüero es el arquetipo del político intrigante; un hombre grosero, lleno de ambiciones bastardas.⁽¹⁾ Llegó a ser despreciado por los propios peruanos y por el general San Martín. Cuando Riva Agüero le pide al héroe argentino que acuda al cuartel de Lima y dé órdenes al general Urdaneta para que se organicen las operaciones en el Alto Perú, le contesta indignado San Martín: ¡Malvado! ¡Imposible! ¿Cómo ha podido usted persuadirse que los ofrecimientos del general San Martín fueran jamás dirigidos a un particular, y mucho menos a su despreciable persona?

Este párrafo no lo mencionaría Ricardo Palma -gran defensor y admirador tanto de San Martín como de Riva Agüero- ni de casualidad, por nada del mundo.

Dice Madariaga mañosamente que Sucre fue al Perú a preparar facciones contra Riva Agüero y añade: Bolívar preparaba a la opinión pública para derrocar a Riva Agüero que era entonces su rival inmediato y como el peruano había pedido ayuda a San Martín y éste se la negó -y es aquí donde la perfidia de Madariaga alcanza una incapacidad lastimosa-: no le quedaba a Riva Agüero otra salida que la de tratar con los españoles. No conforme con esto, Madariaga para defenderlo agrega: al fin y al cabo entraba Riva

Agüero por un camino ya hollado por todos los caudillos independientes, desde Iturbide, Bolívar, San Martín y Sucre... ¿Cuándo? ¿Cuándo nuestros patriotas (Bolívar, San Martín y Sucre) llegaron a hacer un trato deleznable contra los intereses de la revolución? ¿Cuándo se hizo un trato de esa naturaleza con los realistas?

¡Ah, los héroes peruanos! Otro traidor es Santa Cruz, general del Perú, que había estado a las órdenes de San Martín; hombre doble, que durante toda la campaña del Sur estuvo ingeniándose para no dar una pelea directa a los españoles; sólo buscaba el camino fácil de la fama: tenía una gran incapacidad de mando. Basta leer la correspondencia de Sucre al Libertador en las Memorias del General O'Leary para darse cuenta de los tremendos males que causó Santa Cruz a la campaña del Sur. Decía Sucre en una carta a Bolívar del 13 de julio de 1823: Creo que Santa Cruz no se conforma con ponerse con su ejército bajo mi conducta y que este tropiezo va a ser fatal. Más tarde, el 11 de octubre: Mis temores respecto a la campaña del Sur se han verificado. El ejército del Perú no existe y 5.000 hombres perfectamente situados, con bastante moral, en un país patriota y en la oportunidad de haber libertado al Perú, no tienen ya sino el recuerdo de sus faltas para contemplar su disolución, sin una sola batalla... Santa Cruz cuando le he preguntado por qué no libró su suerte a una batalla, me ha dicho que cuando trató de darla, se le había extraviado el parque, con artillería, etc..., lo cierto es que se ha perdido el ejército con la más grande vergüenza... Por aquí, buenas palabras, oficios de mucha gratitud, pero una conducta doble es lo que he observado...

Santa Cruz no obedecía entonces ni al Libertador ni a la causa de la independencia, sino al provecho personal que podía sacar de sus actos.

Las mayores injusticias del Libertador las encuentra tanto Madariaga como Palma en su campaña del Sur, en los años que dirigió la política peruana. Pero hasta el presente nadie ha hecho tantos cambios positivos en el Perú como los realizados por Bolívar entonces. Eso lo sabía Palma; pero no se atrevía a aceptarlo. Para Palma el general La Mar -godo de corazón, patriota más tarde y elevado a la más alta magistratura del Perú por el influjo de Bolívar, invasor de Bolivia y Colombia; resentido, vengativo, traidor, etc.-, para Palma, digo, La Mar era un general prudente y sagaz, el más grande general de Ayacucho después de Sucre. Para Palma el dictador asesino del Paraguay, Gaspar Rodríguez de Francia, era un hombre digno de imitarse por los gobiernos latinoamericanos. Digno de imitarse porque no le gustaban los extranjeros. Sí, Francia tuvo preso a Bonpland, el genio científico que acompañó a Humboldt en sus investigaciones por América. Así le pagamos a esos nobles y sacrificados señores. Igual habría de hacer otro godo, de las mismas mafias realistas que Palma en la Nueva Granada: el insolente Obando; éste expulsó a todos los venezolanos que habían luchado por la libertad en Suramérica, y expulsó también a O'Leary, De Lacroix, etc.

En una leyenda de Palma, titulada Entre Libertador y dictador, pinta a Rodríguez de Francia como a un hombre agudísimo que le dio una severa lección de autoridad y dignidad al propio Bolívar. Así era Palma. Igual escribe insignes alabanzas del miserable Gamarra, cien veces conspirador, falso como ninguno, triplemente enemigo de Sucre y maniático enemigo de la maltratada Bolivia. Invadiendo a Bolivia lo mataron; pero Palma

dice: Tuvo gloriosa muerte en el campo de batalla de Ingavi. Resulta que este Gamarra fue uno de los que depuso al admirable La Mar. Así eran de traidores entonces los peruanos. ¿Quién los entendía?

Lástima que la vida, tanto de Madariaga como de Palma, no hubiera sido lo suficientemente amplia y generosa como para que les diera la oportunidad de retractarse. Retractarse como lo hizo Diderot de sus ataques a Séneca. Qué hermoso habría sido que -como Diderot-, en el ocaso de sus vidas, hubieran ellos también dicho: Preferiría ser engañado por cien hipócritas que acusador de un solo hombre de bien; prefiero haber defendido estúpidamente a veinte culpables a haber herido indiscretamente a un inocente.

Cita

1.- Ahora tratan los descendientes de este señor Riva Agüero de hacerlo pasar por representante del peruanismo contra los libertadores, que eran de Argentina, de Chile y de la antigua Colombia pongamos los puntos sobre las íes. El peruanismo de Riva Agüero se redujo a oscuras e intrincadas intrigas, de las cuales fue, a la postre, víctima, y a echarse en brazos de los europeos, de los españoles, de los dueños y tiranos de América, de los esclavizadores del Perú; a echarse en brazos del virrey la Serna y sus generales, traicionando el Perú , contra aquellos guerreros que venían de los cuatro puntos del horizonte a libertarlo de esos mismos europeos, con los cuales él pactaba.

(Rufino Blanco Fombona)

Otras detracciones

El crimen imaginario persiste en todas las bocas, se graba en todas las mentes y para el vulgo y su masa es entonces y siempre un hecho constante y probado.
Conde de Las Casas. "Memorial de Santa Elena"

Vamos a tratar ahora otro asunto muy machacado por los detractores de Bolívar: sus falsas renunciaciones a la primera magistratura.

En varias oportunidades de su carrera política, Bolívar rechaza la primera magistratura y después -por las circunstancias -se ve obligado a aceptarla. Esto ha dado motivo para que sus detractores -incluso hombres moderados como el historiador Restrepo- digan que había en estos actos de Bolívar cierta hipocresía; que estaba dominado por el deseo de mando, que se había habituado -por los largos años de servicio a la patria- más a gobernar que a obedecer.

Empecemos por decir que en el desierto de hombres que había en América, lo mejor que podía hacerse era declarar a Bolívar presidente vitalicio de la República. La experiencia demostró que los pocos hombres prudentes que ejercieron la presidencia - como Joaquín Mosquera, Márquez y Herrán en Nueva Granada, Soublette y el doctor Vargas en Venezuela- fueron arrollados por el carácter brutal de los generalotes y aquellos fariseos que se llamaban a sí mismos liberales.

Requeríamos de entrenamiento y disciplina en las funciones de gobierno, aquéllas en las que la colonia nos había relegado por más de tres siglos. No iba a ser fácil ordenar una República colmada de contradicciones de raza, de cultura. Era preciso un largo período de seguridad, bajo el imperio de un gobierno recio. Evitar en lo posible los combates electorales y las discusiones de partido: polémicas agrias y estridentes que frecuentemente conmovían a la República. Estábamos tan inmaduros para gobernaros que, militares inescrupulosos, dominaban por la fuerza sobre las leyes y sobre la parte políticamente sana de la nación. Por otra parte, los "ideólogos revolucionarios" querían imponer teorías extravagantes, mixtura de revolución francesa y democracia norteamericana. Escribían libelos al estilo de los jacobinos; exaltaban a la opinión

pública con escandalosas alarmas de tiranía y despotismo; enllagaron al país de odio, de rencor y crisis artificiales, y sin saber cómo se encontraron los hombres más prudentes sumergidos en un piélago de insalvables calamidades. Bolívar, que todo lo había previsto en sus patéticas profecías, se cruzó de brazos ante la impotencia de su voz, de sus consejos, de sus inauditos sacrificios.

Ese era el escabroso problema por resolver: ¿Cómo satisfacer los miserables intereses de una mayoría que se había erigido en representante del pueblo, de las instituciones de nuestra naciente República? Estos grupitos eran de veras peligrosos, y de haber aceptado Bolívar que hicieran lo que a ellos les viniera en gana, no habrían tenido ningún empacho en juzgarlo -por nimiedades- y eliminarlo físicamente. (Exactamente lo que pasó a Sucre, quien no quería ejercer cargos de gobierno). Recordemos el caso del famoso liberal Vicente Azuero, gran defensor de las libertades públicas, "ultrarrevolucionario" y uno de los perseguidos por el tirano en jefe.

Este señor -como dijimos-, a poco meses de morir el Libertador, tuvo la desvergüenza de proponer en el Congreso una dictadura con Obando a la cabeza. Fue aquel Azuero el que infeccionó al pueblo de temores -temores que destrozaron la moral del Libertador -diciendo que Bolívar regresaba del Perú para hacerse dictador, tirano, monarca u otras exageraciones muy propias de su imaginación.

No se trataba de que el Libertador se negara a someterse a la dirección de otros patriotas, sino -hecho probado mil veces en el pasado- que los demás carecían de su visión, de sus talentos políticos y militares.

La mayoría de las veces que el Libertador obedeció órdenes de otros generales o políticos para que dirigieran la guerra o el gobierno, ocurrieron graves fracasos. El ejemplo típico lo tenemos en Mariño, en aquel año de 1817, cuando Bolívar decide ponerse bajo sus órdenes: las consecuencias fueron desastrosas, y Bolívar atacado de inactividad y confusión se va a los llanos. Se va al Orinoco -con quince hombres-, y es precisamente cuando toma el rumbo que inicia la caída del imperio español en América. Otro ejemplo es Páez, quien terco y prepotente desobedece a Bolívar en 1818, evitando derrotar a Morillo en Calabozo, y en 1819, no atacando a La Torre en Cúcuta; así sucesivamente, hasta 1830.

Por el mismo estilo actuaron Bermúdez, Arismendi y Santander. De desacierto en desacierto iba la República cada vez que el Libertador la dejaba en manos de otros. Esto sin hablar de las marionetas de nuestros congresos, que danzaban al son que les tocaran los liberales: éstos por poco hacen perder la independencia del Perú y con ello provocar la restauración de las Colonias a España.

Bolívar era un hombre curado de los placeres que da el poder, la fama, la gloria; más que en la guerra contra los españoles había forjado su fe, en las duras batallas del espíritu. Ejercer funciones de gobierno no lo iba a hacer un tiranuelo, un déspota caprichoso y venal. Los historiadores y detractores de Bolívar difícilmente comprenden esa actitud de hondo desprendimiento por las minucias oficiales, por la posesión de bienes materiales. Casi no cuidaba de llevar dinero en el bolsillo y tenía aversión a cobrar el sueldo que duramente se ganaba en la guerra, menos aún se iba a prestar a

bajas pasiones y a los apetitos funestos que despiertan el poder y sus fortunas. Es que Bolívar fue ante todo un romántico, un idealista que vivía en las nubes, allí donde se genera el rayo. Esas nubes que el hombre terrestre y miope ve desde abajo con sonrisa torpe y vacía.

Es necesario agregar un detalle que sí es de valor psicológico y político estimable, y es que en rechazo a la presidencia, en su desprendimiento a honores, bienes y títulos, el Libertador practicaba una tremenda enseñanza moral, a la vez que medía la generosidad de la gente que le rodeaba. En esos actos de desprendimiento veía con claridad el corazón de quienes servían al país. Estaba bien enterado de la realidad en que se desenvolvía, de los duros escollos de la ignorancia, de las mezquindades ocultas, del silencio faccioso y del espesor claro y recio de su entera soledad. Todos pedían minucias -Santander la hacienda de Hatogrande y el ascenso a general en jefe sin haberlo ganado en ninguna batalla, Páez su hacienda que era toda Venezuela, Obando la condecoración de los libertadores del Sur, y así muchos otros oficiales importantes-; muy pocos mostraban paciencia, ponderación y justicia ante las exiguas condiciones morales y económicas que vivía la República.

Lo cierto es que esa fortaleza espiritual, para encarar siempre la verdad con firmeza y serenidad, sitúa al Libertador entre los pocos hombres que de veras tenían el pulso certero para gobernar de modo vitalicio. Lo demás no es sino gazmoñería intelectual de escritores de poco alcance.

Los detractores de Bolívar lo reducen todo a decir que era doblemente ambicioso e hipócrita en sus desprendimientos al gobernar. ¡Ambición!...

Ambición mezclada de hipocresía. Y uno se pregunta: ¿Qué ha sido de todos aquéllos que atacaron la ambición y la obra de Bolívar? Nadie los recuerda, y cuando aparecen por algún hecho circunstancial, se ven mezquinos, borrosos e indefinibles. Parafraseando a Schopenhauer, habría que decirles a los detractores del Libertador que las ambiciones del genio tienen raíces en su propia convicción; nunca dependen de sus caprichos.

Otra parte, donde los detractores han atacado con violencia es en lo referente a la monarquía que -según ellos- quería Bolívar implantar en Colombia. Aquí Madariaga despliega sus ataques más incisivos.

Ante todo permítasenos una pequeña introducción. Ya hemos visto la deplorable condición de los más elementales principios de cohesión política y religiosa. Éramos pueblos desmembrados, sin tradición cultural ni histórica; carecíamos de los recursos humanos mínimos para formar un fuerte gobierno central, mucho menos una federación. No hay ninguna duda de cómo Bolívar estaba verdaderamente confuso para darnos un gobierno acorde con nuestra situación. Casi solo, se propuso entonces organizar congresos con el espíritu de dialogar sobre el sistema político que más nos convenía. Estos congresos -por desgracia- jamás estuvieron a la altura del pensamiento de Bolívar, sino, por el contrario, se convirtieron en el lastre más siniestro de nuestra naciente República; en refugio de idealistas sin ideas propias; un torneo de las más variadas especies: pardócratas, monárquicos, jacobinos, godos, "liberales," etc. Nadie

quería ocuparse de construir una patria con moderación, sacrificios y desinterés partidista. Además, Bolívar cometió el "delito" de ser sincero con el más recalcitrante de nuestros legalistas -corifeo, maestro y profeta de nuestros primeros congresos-: el señor Santander. Cuando le dijo: ¿No le parece a usted que esos legisladores, más ignorantes que malos, y presuntuosos que ambiciosos, nos van a conducir a la monarquía y siempre a la ruina?... Si no son los llaneros los que completan nuestro exterminio serán los suaves filósofos de la legítima Colombia.

Esto era meterse en la guarida del más grande zorro de la revolución; el que dirigía solemnes congresistas, como el sofista Francisco Soto y el agrio reformista Vicente Azuero. Estos señores nos pusieron el país a la española, como decía Páez.

En la Convención de Ocaña -1828- Santander le mostró a Bolívar sus colmillos y pezuñas; estalló al fin su repertorio de odios que tenía pendiente desde que Bolívar-1813- le dijo en Cúcuta: O me fusila usted, o lo fusilo yo; pero tiene que haber un solo jefe. Aquella Convención de Ocaña fue un carnaval de despecho y ruindades y a la vez el más rotundo, irreversible y desastroso fracaso institucional. Se hacía evidente a los ojos de Bolívar que todo estaba perdido. Ni República ni dictadura, ni monarquía; nada podía salvarnos. Que el contagio de la peste moral era irrefrenable. Que nuestro sistema político se resumía en que cada canalla quería ser soberano; en que cada canalla defendía a sangre y fuego sus privilegios sin hacer el menor sacrificio. Hubo un tiempo cuando tal vez Bolívar pensó proponer para nosotros una monarquía. Tenía ciertas razones para ello, siendo la más importante que las grandes revoluciones siempre han estado precedidas o por una tiranía o por un gobierno vitalicio con una elite severa, encargada de poner orden y seguridad. El gobierno vitalicio que el Libertador propuso en la Constitución de Bolivia nosotros lo necesitábamos más que ningún otro pueblo en la historia del planeta.

En el siglo pasado y en el presente -por dar algunos pocos ejemplos- las revoluciones han terminado en serios gobiernos despóticos. La Alemania del siglo pasado y del presente, después de cortos lapsos de convulsiones, ha terminado ahogada en el exceso de autoridad. En la Rusia de principios de siglo -al igual que la mayoría de los países comunistas-, a un breve período de libertades siguió el más riguroso despotismo, el control más estricto de la libertad de pensamiento. A la corta vida republicana española de los años treinta sucedió el más despótico y represivo gobierno de los últimos tiempos. Los pueblos cansados de la anarquía han pedido a gritos o una tiranía o una monarquía absoluta y hereditaria, que les traiga orden y seguridad. Después de todo, el grueso de la población no subsiste de la politiquería y lo que quiere es paz y justicia para vivir, educarse y disfrutar un poco de los bienes materiales.

La monarquía no se adaptaba a un medio tan caótico y confuso como el nuestro, y además el término en aquellos tiempos era escandaloso y demasiado ofensivo para las mentes revolucionarias. Había que inventar algo, y urgentemente. Era muy complejo el dilema para nuestro Libertador, y lo mejor que se le ocurrió fue la Constitución boliviana, constitución que fue empantanada, incinerada y destruida por la estridente peleita que Santander entabló con los liberales caraqueños. Allí se enterró el último esfuerzo de Bolívar por encontrar un medio que nos cohesionara de un modo firme y perdurable.

Después de la Convención de Ocaña el país quedó sujeto a las ambiciones caudillescas y al bochinche de las actas y de los torneos electorales.

Agreguemos que al ver Bolívar el polvorín que provocaba el Código Boliviano comprendió en lo más hondo de sí, lo irremediable de la maldición nuestra, la vagabundería del libertinaje de los políticos que para perderlo no escatimaban nada. A Santander no le importaba, con tal de disminuirle, inventar contra él suciedades y calumnias, porque en el proyecto de aquel código -que él había alabado tanto en el principio- no aparecía como el más mimado. Por eso vemos que el Libertador jamás se quejó de haber propuesto aquello que ha sido considerado por todos los historiadores como un grave desliz político. Bien sabido es que la Constitución de Bolivia era tan liberal como la de Jefferson, lo único terrible que presentaba era lo de la presidencia vitalicia, que más bien refleja un ingenio sublime, porque en su augusta desesperación fue lo que le vino al Libertador como símbolo de coherencia formal por encima de todas las leyes y pependencias nuestras; para encontrar una base de estabilidad, de dignidad y fortaleza. Tan equivocado estaba Bolívar, en su nube de dioses y de hombres honrados, que no cayó en cuenta de los

" vivos " y malvados que lo rodeaban.

En septiembre de 1829, cuando Bolívar -desahuciado ya de toda esperanza- organiza el Congreso Admirable, escribe al general O'Leary: ¿Quién quiere ser rey de Colombia? Nadie, a mi parecer, porque ningún príncipe extranjero admitiría un trono rodeado de peligros y miserias; y los generales tendrían a menos someterse a un compañero y renunciar para siempre a la autoridad suprema. El pueblo se espantaría con esta novedad y se juzgaría perdido por la serie de consecuencias que deducirá la estructura y la base de este gobierno. Los agitadores conmoverían al pueblo con armas bien alevosas y su seducción sería invencible, porque todo conspira a odiar ese fantasma que aterra con el nombre sólo. La pobreza del país no permite la erección de un gobierno fastuoso que se consagra a todos los abusos del lujo y la disipación. La nueva nobleza, indispensable en una monarquía, saldría de las masas del pueblo, con todos los celos de una parte y toda la altanería de la otra. Nadie sufriría sin impaciencia esta miserable aristocracia cubierta de pobreza e ignorancia y animada de pretensiones ridículas. . . No hablemos más por consiguiente de esta quimera.

Así pues, no se le puede achacar al Libertador ningún deseo miserable de imponer monarquía en Colombia.

En el Discurso de Angostura (que parece un delirio político) Bolívar mostró la contradicción del medio nuestro para lograr estabilidad y armonía social. En él plantea que la anarquía está en nuestra cultura, en la sangre y en la historia y no se podría desenvolver con meras leyes. "Bolívar no creía en las recetas legales que dictaba" (W. Frank), pero hablaba como un dios porque no sabía hacerlo de otra manera.

A Bolívar lo desarmó el medio nuestro y a poco de terminar la Constitución de Bolivia, lleno de esperanzas y satisfacción por haber encontrado el milagro, tuvo una visita y un recado lejano que le destrozó el corazón. Antonio Leocadio Guzmán le llevaba Un mensaje de Páez donde le pedía que se coronase emperador. Luego Páez y Santander

justificarán su conducta desleal aplicando lo que ellos querían como un deseo del Libertador. Dirán que Bolívar quería la monarquía y que ellos -liberales- se oponían a tan nefasto deseo.

De la posibilidad de una democracia en aquellos tiempos ni se nos ocurre hablar, porque hemos estado viviendo por treinta años -1988- una perfecta tiranía del idiotismo.

A modo de resumen digamos que en la concepción de un Estado sólido y perdurable Bolívar tenía en mente la organización del sistema inglés, que era para entonces uno de los mejores del mundo. Pero al final, no se hacía ilusiones, porque el sistema podía más o menos copiarse; pero, ¿y los hombres, los legisladores, el sentido del deber, la uniformidad de criterios e intereses? ¿Cómo conciliar tan dispares elementos en un terreno moral tan árido como el nuestro? El dilema era torturante, fatigante, insoluble.

Lo del sistema inglés, y otras opiniones sobre política, impulsó a Madariaga a decir que Bolívar consideraba todo lo europeo superior y que siempre reservaba en el fondo de su corazón coronarse gran monarca, emperador. Que esto provenía también de su locura de mando, de su desmedido despotismo; de ese carácter apasionado que le llevaba a imaginarse realidades extrañas y metas imposibles.

No, señor Madariaga, no se trataba de eso.

Ya Bolívar lo había advertido: Son los hombres y no los principios, ni las leyes, ni las instituciones los que forman los gobiernos. Ni Colombia era Francia ni él Napoleón. No estaba en un solo hombre hacer un imperio o una nueva aristocracia; no se trataba de las formas exteriores, las que podían enmendar los males, mejorar nuestra triste situación social; todo radicaba donde no había una base en qué levantar un gobierno que satisficiera tantos colores y ambiciones personales.

A diferencia de Napoleón, tenía Bolívar fuerte aversión a dar cargos y ascender en rango militar a miembros de su familia. ¿Qué podía esperar de títulos de nobleza, de las fortunas del poder, un hombre que había conocido los más horribles martirios: hambre, soledad, frío, desolación, tristeza, los extremos de la agonía, de la desesperación y la locura; toda clase de linderos con la muerte? ¿Qué placer podía, señor Madariaga, encontrar un hombre así, en una corona, en trajes radiantes de condecoraciones y pedrerías, y rodeado de momias principescas, sirvientes, toda una corte de genuflexos hipócritas? ¡Venirle a él con eso, a él que conocía la estupidez y todas las miserias humanas! Vaya horrenda carga de frivolidad y falsía sobre un cuerpo agotado y maltratado por traiciones, ingraticudes y las más negras y totales decepciones. Un hombre deshecho por las dentelladas de las hienas politiqueras y caudillistas; adolorido, lívido, torturado; que no estaba loco porque su pena era del tamaño de su valor y que no se suicidaba por no contravenir el orden de la naturaleza. .

La saña de sañudo

Don José Rafael Sañudo fue un filósofo pastuso que escribió un libro amargo contra el Libertador (1) Don José Rafael dice en su libro que José María Obando era un hombre sanguinario y un asesino que traicionó a hombres como el indio Agualongo, realista obtuso, cuya única prenda fue la de la rebeldía contra los patriotas y una fidelidad salvaje a Fernando VII. En la rebelión de Obando en 1840, contra el gobierno constitucional, hay entre sus huestes un sacerdote de apellido Sañudo que monta a caballo con la sotana amarrada a la cintura y reparte escapularios y bendiciones a los alzados; les dice que morir por el rey de España es ir al cielo. ¿Habrá sido este Sañudo pariente de este otro que en nuestro siglo veinte se duele de la política de Sucre y de Bolívar?

Para Sañudo, José Hilario López era ínclito prócer, de lo más refinado y sabio de la Nueva Granada, sin caer en cuenta que éste López fue el binomio inseparable de todas las salvajadas políticas de Obando; el Jackson granadino -expresión de Santander para denominar a Obando- llamaba a López en algunas de sus cartas "Amado Hilario". Por ejemplo, Apolinar Morillo fue un torcido oficial venezolano, de la más baja especie, borracho y jugador empedernido que disfrutaba matando pastusos con una daga, según cuentan las crónicas. Los ponía en fila y los traspasaba de a tres. Este abominable sujeto fue el que llevó la orden a unos forajidos de Pasto -orden que según documentos auténticos fue enviada por Obando-para que mataran a Sucre. Pero veamos esta carta del 19 de julio de 1830, mes y medio después de haber sido asesinado el Gran Mariscal de Ayacucho: "Amado Hilario... Te recomiendo al pobre comandante Morillo; aconséjalo que no beba, que no se desacredite, y que cuente con nuestra protección. Este podrá sernos útil... te lo recomiendo mucho, mucho, y debes tratarlo bien como a un pobre oficial que ha servido mucho y mucho" (2) Luego, cuando Obando y López expulsaron a los oficiales "extranjeros" de la Nueva Granada, sobre todo a los venezolanos; Morillo se quedó sirviendo bajo la protección de aquellos ínclitos jefes. Más tarde se descubrió parte del embrollo y Morillo fue fusilado, allí donde está hoy la plaza Bolívar de Bogotá.

Ningún caso, como el de José Rafael Sañudo a quien le es imposible ver el menor gesto humano y sincero de Bolívar. Entresaca a su capricho citas históricas para arreglar los hechos de un modo funesto contra su enemigo, y uno se pregunta, ¿cómo lo habrían hecho ellos, señores como Sañudo -con alma torpe-, el complicado asunto de procurar

la libertad a un continente anárquico y confuso? Quería establecerse un sistema democrático constitucional y pluralista, en cortísimo tiempo, y en un territorio plagado de elementos humanos caóticos, entre los que Pasto fue la cúspide. No nos vengan con consejas de vieja, a decirnos que era natural debido a la "crueldad" de Bolívar y Sucre, el que los pastusos se mostraran luego tan despiadados. Nada más falso. No eran nada civilizados y suaves estos seres como para tratarlos con papeles, discursos y paliativos republicanos. Nada más pernicioso en tiempos de guerra que ese fanatismo religioso -de criollos o españoles: musulmanes- mezclado con la más ruin ignorancia. Aún en el presente siglo podemos encontrar una similitud de estas locuras en los grupos de requetés españoles, que -durante la guerra civil- mostraron una demencia y una invencibilidad meramente brutal; pretender hablarnos de heroísmo en tipos como Agualongo, por ejemplo, es una torpeza odiosa: no puede existir heroísmo en seres incapaces de dominar sus instintos primarios. Los requetés luchaban como lobos por "Cristo Rey", la Santa Virgen (y contra el diablo que eran los republicanos) Escribe M. Casanova en su libro "La Guerra de España", que cuando tomaron el pueblo de Codo, que era defendido por requetés, había en todas partes inscripciones de "Viva Cristo Rey", "Vienen los marxistas, ¡coraje!", "Cuando matas a un rojo tienes un año de purgatorio de menos", y añade: "Se defendían hasta el fin, hasta el último cartucho, completamente rodeados, y eran unos trescientos para defender Codo y nosotros quizás dos mil más". Tengo al señor Sañudo por muy español, fanático, intransigente, ortodoxo, con espíritu requeté y por eso me extendo en este asunto, y agrego esto de Casanova, de donde me parece ver una descripción de los pastusos en tiempos de la revolución de independencia: Recitaban oraciones varias veces al día y esperaban la ayuda de la Santa Virgen, y los más materialistas la de la caballería mora. Viendo el miércoles por la tarde que no venía ayuda ni del cielo ni de la tierra, intentaron una salida forzada. Se vio de un solo golpe una avalancha de hombres salir de la iglesia y abalanzarse por la colina. Nuestras ametralladoras empezaron a funcionar. Muchos murieron ... (3)

El propio Santander temblaba ante los descalabros de Pasto; Sañudo luego reseña una carta de Sucre -del 25 de febrero de 1822-: por allí (Guayaquil), como dice Santander, tomaremos a Quito y por Pasto difícilmente se logrará. Y añade Sañudo: Lo mismo pensaba Borrero y el mismo Santander que el 25 de febrero de 1822 escribía a Bolívar: "Nos queda otra vez el Juanambú y Pasto, el terror del ejército y es preciso creerlo el sepulcro de los bravos, porque 36 oficiales perdió Nariño (así de bueno lo trataron los pastusos a Nariño a quien tanto admiraba Sañudo) y Valdés a perdido 23 que no ,repondremos fácilmente. Resulta pues que Ud. Debe tomar en consideración la idea de Sucre y de abandonar el propósito de llevar ejército alguno por Pasto, porque siempre será destruido por los pueblos empecinados, un poco aguerridos y SIEMPRE, SIEMPRE VICTORIOSOS (subrayado nuestro)". ¡Pero el "cobarde" Bolívar; que gustaba rehuir las dificultades tomó el camino más terrible!

No está en el ánimo ni en una cabeza tan goda entender la angustia de un hombre que exclama: "A SER TERRIBLE AUTORIZA EL PELIGRO DE LA PATRIA Y LAS NECESIDADES DEL ESTADO.. .ME ES IMPOSIBLE SACRIFICARME HASTA EL PUNTO DE METERME A NERON POR EL BIEN DE LOS OTROS QUE NO QUIEREN SER SIMPLES CIUDADANOS." Deshelé a esto la interpretación que se quiera, pero es

por no comprender las leyes implacables que pedía el Libertador contra el delito y el crimen, por lo que hoy vivimos en una extrema mengua moral y una pachanga de narcosangre y corrupción sin límites. Cosa inútil es pedirle, lo que no se vende en la botica, a unos negociantes de partido, todos débiles de carácter y voluntad ganglionar, para que nuestra causa pueda seguir una dirección coherente, unida.

El señor Sañudo es muy cuidadoso en no mostrar las cosas como sucedieron, pero se le ha hecho imposible su misión, porque sus contradicciones lo traicionan. El no hace mención de las cartas que Santander envía al Libertador, mientras éste está en el Norte completando la independencia de Venezuela, y le habla de lo imposible que es vencer a los pastusos. Le dice textualmente que Pasto es un saco roto donde todo lo que entra se pierde. Son innumerables los documentos que hablan de la ferocidad indomable de los elementos de esta región, seriamente protegidos por una naturaleza infranqueable. No menciona Sañudo, aquella memorable carta, eufórica, en que Santander le cuenta a Bolívar, que el gobernador de Pasto, don José María Obando, ha cogido "con ardidés divinas", las huestes de Benavides y las ha pasado en el acto por las armas. Y no refiere las habilidades para cometer actos monstruosos de ciertos pastusos, que ciertamente no fueron adquiridas como consecuencia de los castigos a que los sometieran Sucre y el Libertador; por ejemplo, como el famoso Juan Gregorio Sarria que castraba a sus víctimas en acto de inspiración "trasmitida" por la Virgen de los Dolores. Pasto era un caso único de trastorno mental como consecuencia del enlace de razas antropófagas con diabólicos conquistadores españoles, digna de ser estudiada con algún método psicológico, que tal vez no ha sido descubierto todavía. No vengan a decirnos que cuando el excelentísimo señor Manuel José Mosquera escribía a don Rufino Cuervo -el 13 de julio de 1832-: "Esa furia de fanatismo tan propia del pueblo pastuso", o en otra "en verdad que el maldito Pasto, no merece tanto empeño como se quiere" (cuando trataban de salvarlo del Ecuador), no nos digan, repetimos, que se debe al genocidio que han querido achacar a Sucre y Bolívar. Bien bárbaros y tercos eran, y sobre ello existen muchísimos documentos. Al azar, leo en el libro de don A.J. Lemos Guzmán D e Cruz Verde a Cruz Verde(4), el párrafo de una carta de Santander a Bolívar antes de que ocurriese el alzamiento de Benito Boves en Pasto: -No sé nada de los pastusos, absolutamente he dejado a Córdoba PARA QUE HAGA LO QUE QUIERA. A hombres tan perversos es menester enviarles un demonio sin instrucción.(subrayado del autor).

Voy a exponer otro de sus dislates. Usa mucho citas que no son ni por asomo propias del vocabulario del Libertador como las que están en las páginas 118,119,131 y 323. Sobre Bolívar se han inventado tantas cartas raras que es muy fácil darse a la tarea de escoger entre ellas para sustentar las tesis más erradas. Eso que dice en la página 131 de que cuando le preguntó uno de sus tenientes al Libertador, qué hacía con unos capuchinos, respondió: ¿Y por qué no los han matado?, es de veras torpe. Es impotencia, por no encontrar justas culpaciones. El señor Sañudo se parece a José María Obando cuando escribió al obispo de Popayán una cantidad de barbaridades diciendo que Bolívar había asesinado no sé cuántos capuchinos de Caroní. El señor Sañudo que ostenta tanto su catolicismo, debería referirse a lo que responde don Salvador, reverendo obispo de Popayán al respecto, donde niega que haya tenido

Bolívar participación alguna en tan despreciable hecho. Léase página 185, vol. XIII, de Documentos para la historia de la vida pública del Libertador.

Otra de las partes donde peca de pobreza de imaginación este autor es cuando habla de la falsificación de documentos que realizaba Bolívar para perder y confundir a los realistas. No se da cuenta este señor que más bien, esto demuestra el genio de Bolívar, que hizo prácticamente una república de la nada y que tenía que recurrir a los trucos más

fabulosos para sustentar la imagen de patria, donde teníamos apenas cuatro pelagatos que sabían leer y escribir. El error de Bolívar -lo admito- fue libertarnos a destiempo, pero repito, según esta teoría no estamos aún en condiciones de ser libres. Tacaño Sañudo que se duele que Colombia haya prestado ayuda al Perú para lograr su independencia. Para poner de cobarde a Bolívar no pierde oportunidad y hasta Comete la estupidez de traducir torpemente del inglés un párrafo de Miller sobre la batalla de Ayacucho, ¡insólito!, a la vez que coloca el original del mismo párrafo. Uno no ve en esto, sino la ley de expiación que da al lector la oportunidad de sopesar su alma absurda. En la página 293, dice textualmente: General Bolívar, at the commencement of the action, he passed the defile, and himself directed the first movements of the cavalry; but so soon as he perceived the dispersion he VERY PROPERLY -que debe traducirse "muy apropiadamente", "muy en debida forma", "correctamente", "oportunamente"- galloped back to the infantry... Pero el señor Sañudo que no tuvo la menor decencia en tomar los datos históricos y trastocarlos a su gusto, comete la desfachatez de mostrarse hasta loco colocando su traducción dónde primero, encasqueta que Bolívar se retiró a gran distancia para ponerse al abrigo de su infantería... y entonces traduce el párrafo de Miller así: El general Bolívar al comienzo de la acción, había pasado el desfiladero, y él mismo dirigió los primeros movimientos de la caballería; pero tan pronto como notó su dispersión - incorrectamente traducido. Debió decir: la dispersión, no su dispersión- MUY RAPIDAMENTE galopó hacia atrás hacia la infantería... ¿Qué podríamos decir de este Sañudo que dedica tan extensas páginas en predicar el horror de las falsificaciones de documentos que hacía Bolívar cuando él ha llenado quinientas páginas de peores falsedades, y lo malo, para nada útil?

Sobre la acción de Junín, el escritor Waldo Franck sin duda basado en la descripción que hace Miller de la batalla, dice: pero Bolívar rehizo SABIAMENTE a sus hombres en un flanco del enemigo y luego volvió a cargar... ¿Cómo se explica, que venga a ser Sañudo el que nos cuente que Bolívar era un cobarde, y no lo hicieron en sus famosos apuntamiento, sus amargos enemigos de aquella gesta, por ejemplo Obando, López, Santander? ¿Puede acaso creerse, que guerreros como Córdoba, Sucre, Páez, Mariño, Bermúdez, Brión, Arismendi, Rondón, Cedeño, Plaza, etc., iban a ponerse bajo la mirada de un jefe que dudara de sí mismo, que fuese capaz de vacilar en los trances terribles de un ataque, de una borrascosa batalla? Recuérdese aquellos temibles llaneros que se opusieron en Casanare a que Santander los comandase, porque no era el hombre de valor necesario, fueron domados y orientados por el "cobarde" Bolívar.

Finalmente diré que Sañudo es de la estirpe de los ingratos que muestran encono contra los venezolanos que sirvieron en la Nueva Granada durante la revolución. Al respecto

coloco aquí una cita de Posada Gutiérrez, que él alguna vez debió leer: Justicia sea hecha a quien la merece, y los indomables patriotas venezolanos ocupan el lugar más eminente de la guerra de independencia hispanoamericana... Los granadinos se quejaban de la postergación en los ascensos militares, acusando a Bolívar de parcialidad en favor de los venezolanos... PERO VENEZUELA FUE EL TEATRO DE LA GUERRA SANGRIENTA Y FERROZ LLAMADA DE LA GUERRA A MUERTE. LOS VENEZOLANOS LA HICIERON CON TESON, CON UNA ENERGJA, CON UN ACIERTO QUE LOS MISMOS GENERALES ESPAÑOLES HAN CONFESADO CON ADMIRACION... SEA LO QUE FUERE, SIN LOS VENEZOLANOS QUIEN SABE SI SERIAMOS TODAVIA COLONOS Y SI LO SERIA EL PERU Y BOLIVIA... ¿QUIEN ENTRE NOSOTROS PODIA DISPUTAR ESE PUESTO (GENERAL EN JEFE) A BOLIVAR, SUCRE, URDANETA, MARIÑO, BERMUDEZ, PIAR, BRION, ARISMENDI?

Citas

- 1.- Estudios sobre la vida de Bolívar, Rafael sañudo, edit. Bedout, Vol. 168, Medellín, Colombia, 1980.
- 2.- Una fotocopia de esta Carta se encuentra en el libro de J. B. y Soto, Tomo I, PP. 136 y 137; "Asesinato de Antonio José de Su. cre. Análisis Histónco-Político". ROmL Escuela Tip. Salesiana, 1924.
- 3.- M. Casanova, la Guerra de España Editorial Fontamora, Barcelona 1978.
- 4.- Editor C. Clinnent C., Instituto del Libro Popayán 1959

La viveza, plaga nacional

En Venezuela, el que no se vuelve loco
es porque no tiene juicio.
J. M. Núñez de Cáceres.

El ingenio latinoamericano, nuestra imaginación, nuestra creatividad, forman un archipiélago de extrañas, complejas y variadas individualidades. No hay entre nosotros lo que pueda llamarse una escuela literaria, una tradición cultural homogénea y gradualmente evolucionada. Hemos engendrado todas las categorías del genio, desde el guerrero como Alejandro (Bolívar), el poeta como Virgilio (Andrés Bello), el aventurero romántico como Byron (Miranda), un Diógenes (Simón Rodríguez), para nombrar los más resaltantes.

Estas individualidades no cuajaron en el grueso de la masa, más aún, no pudieron servir a su propio medio y fueron rechazadas como extrañas, herejes y malditas.

Podríamos decir, también, que en Venezuela, o tal vez en todo nuestro continente -no hay pueblo sino una multitud de hombres tremendamente aislados, incomunicados. A diferencia de los pueblos de Europa y EE.UU., existe en nosotros una precocidad intelectual un poco violenta y suicida, que si no se orienta hacia la creación se convierte en un elemento de severa perturbación en el orden social. Aquí -como dice Cecilio Acosta- se conocen las cosas sin libro, hay gusto que pule y entendimiento que abarca, una imaginación que pinta y un espíritu que vuela; pero todo en bruto aun.

Sobre todo ese ingenio, esa imaginación que pinta y vuela, se convierte -en el que no consigue adecuar esa precocidad al trabajo creador- en un lastre, en una terrible fuerza de destrucción.

En nuestros países, más que en ningún otro lugar del mundo, el hombre quiere avanzar en la vida a pasos gigantescos. Eso de ir gradualmente alcanzando el saber y madurando las ideas y las experiencias, le parece de antemano demasiado rancio y esclavizante. Así, pues, que prefiere avivar la imaginación para ir cortando trechos, salvando distancias, ahorrando sacrificios. En ese andar por los vericuetos de la vida fácil, nuestros jóvenes van llenándose de mañas y malas costumbres, y como en la

naturaleza nada se da por saltos, tarde, muy tarde, descubren el error -"si es que lo descubren"-.

Ya no habiendo regreso se dedican a reforzar sus raras habilidades. La mentira, la zancadilla y el "compadreo" partidista, se convierten en los recursos para subsistir. Es así como se termina en el oficio de la picardía, de la viveza, y ya entonces el hombre no tiene remedio ni utilidad. Vive dominado por el elefante loco de una mente que no se detiene con claridad y disciplina en cosa alguna; que vaga torturada por el ocio, molestando a todo el mundo, perturbando toda concentración. Esta clase de seres inadaptados existe en todos los países, pero en la mayoría de ellos el estúpido lo es para sí mismo; mientras que en Latinoamérica el estúpido quiere ser el centro de la atención a fuerza del escándalo, del abuso, e incluso a fuerza del mismo crimen, si ése es el recurso último para imponerse y figurar. Da a veces terror ver cómo esta hierba mala progresa en nuestros pueblos, imponiéndose al hombre pacífico y trabajador.

Hoy en día la viveza, con el disfraz de la democracia, del derecho, de la igualdad, ha penetrado todas las posiciones relevantes del país; es de esa viveza viciosamente obscena y degradante de donde salen los miles de intermediarios, los estafadores de oficina, los caudillitos burócratas y todo ese mare magnum de iniquidad que hacía exclamar a Núñez de Cáceres que en Venezuela el orden es un desorden de primer orden. El mismo Libertador decía que por este carácter no quedaba entre nosotros cosa sagrada y noble que respetásemos, que no hubiésemos degradado.

Santander y J. M. Obando, junto con Páez, Soto, Azuero y Guzmán, fueron los primeros engendradores de lo que podía denominarse la viveza de partido. Obando refiriéndose a Páez, escribía a Santander: ¡Qué grande es ese gobierno de Venezuela, donde se encuentran nuestros idénticos amigos! En otras palabras, qué partida de vivos, nosotros, que nos hemos repartido el país como nos diera la gana. Sépase que después que Páez se cogió a Venezuela, Santander la Nueva Granada y Flores el Ecuador, Obando quería formar un cuarto Estado con Pasto, el Cauca, Antioquía y la banda occidental del Magdalena.

A partir del oprobioso reparto de la Gran Colombia, la viveza se fue generalizando como medio para escalar posiciones en el gobierno. Poco a poco se fue permitiendo de todo: la zancadilla, el codazo, el trompazo. Las ardidés divinas más bajas se ponían en efecto para socavar las posiciones del contrario. Hagamos algunas reseñas de los primeros grandes vivos y de las horrendas vivezas hechas a la República: Obando, por ejemplo, consiguió la gobernación de Pasto mediante sucias estratagemas que aplicaba a sus antiguos amigos realistas. En masa llegó a acribillar a muchos de ellos. Al mismo tiempo mantenía relaciones secretas con bandidos como Noguera, Sarria, Erazo. Estas relaciones representaban sus reservas políticas, la posibilidad de alguna "jugada revolucionaria" en medio de aquel escenario tan escaso de moral y principios cívicos.

A Miguel Peña lo madrugaron Soto y Santander, quitándole la alta posición que tenía en la Corte de Justicia. Lo madrugaron con mañas, con el invento del asqueroso juicio a Infante, aquel valeroso oficial de la revolución.

Antonio Leocadio Guzmán quiso malograr la posición de Santander (utilizando la influencia de Bolívar); pero éste, más listo, lo superó. Entonces Guzmán se unió a los liberales a la cabeza de Páez, paseando por las calles de Valencia el acta de desconocimiento de la autoridad del Libertador. Fue cortesano y adulador de Páez, especulador y procurador de malas obras, etc. Más tarde este Guzmán pagaría con traiciones los favores de Páez, llevándolo incluso a la desgracia política.

Hacer una lista de los vivos y sus funestas vivezas en Venezuela requeriría de una obra descomunal y fatigante. Hoy en día este trabajo no sería sino ociosidad. La viveza está institucionalizada con todos los atavíos grotescos del descarado y la insensibilidad. Detrás del rostro más noble y soberbio, detrás de las canas y los títulos, de los honores y la solemnidad, hay un mono danzante pronto a estallar en la vulgaridad.

Durante la estadía de Santander en Europa, reseñaba en sus cartas encuentros con personas de turbios principios morales. No sólo encuentros sino plena y total identificación con ellos. Y aclaraba que tales tipos eran muy vivos. Estos vivos eran los que se oponían a muerte a las ideas del Libertador; es decir, los liberales. El 28 de junio de 1830 escribió a su secretario perpetuo, el doctor Soto, que se había visto con don Manuel Lorenzo Vidaurre, el famoso político del Perú. Dice textualmente: Vidaurre es un hombre vivísimo y enemigo acérrimo de Bolívar. Debió escribir: Vidaurre es vivísimo porque es enemigo acérrimo de Bolívar..

Pero veamos quién era el señor Vidaurre en palabras del escritor José Manuel Restrepo, el mejor y más autorizado historiador colombiano: Vidaurre era un peruano célebre desde tiempos del gobierno español por sus extravagantes inconsecuencias de todas clases; fue desde 1827 uno de los más encarnizados enemigos del Libertador, cuya reputación procuró mancillar por cuantos medios estuvieron a su alcance. Antes fue acaso el más de sus aduladores, y la siguiente anécdota, que copiamos de un periódico contemporáneo, da la medida de su abyección: En un baile que se dio en Lima, y al que había concurrido el Libertador, Vidaurre se colocó delante de S. E. (causa vergüenza referirlo) en cuatro pies y le dirigió estas palabras: Señor, ante el héroe superior de los hombres, no creo deber ni poder presentarme sino en esta posición. Hónreme S.E. dejándome sentir su planta bienhechora sobre mis espaldas. ¿Qué caso podría hacer de los dicitos que desde este tiempo lanzara contra Bolívar un hombre tal como Vidaurre?

Sólo Santander y sus "liberales" podían hacerle caso, sencillamente porque era vivísimo; de esos especímenes execrables se compuso esa cadena de escribas serviles que apoyaban a los caudillos de turno.

El estilo de la viveza, por supuesto, ha engendrado la horrible corrupción que trastorna a nuestros pueblos. Es frecuente oír de un administrador honrado: ¿Ese? Un pendejo que no supo aprovecharse de la ocasión. En Méjico se admira al que se atreve por grandísimas cantidades y se le califica con el glorioso término de huevos de cabrón. ¡Ese manito -exclaman abriendo los brazos- las tiene así! En este sentido, valga la verdad, en EE.UU. la gente no trata de ser viva. Casi no se comprende esta actitud de nosotros. Por ejemplo, los ingleses aborrecen a los que no cumplen con su deber honrada y eficazmente. El doctor Johnson, decía que las personas que echan chistes y

gustan de bromas y vivezas (realistics, en una palabra) no son de fiar. En cierto modo creo lo mismo.

Y la viveza fue el rumbo que tomaron nuestros gobiernos, congresos y partidos. La viveza señalada y cultivada por Santander, Obando, Páez, Peña, Guzmán, Soto y Azuero, La Mar, Santa Cruz, Vidaurre, Santa Ana, Riva Agilero, Gamarra, etc.

El triunfo de Santander sobre Bolívar ha representado, hasta el presente, la causa de todas nuestras miserias políticas: es el triunfo del pícaro sobre el hombre honrado y estudioso; el triunfo de las intrigas y las facciones sobre la prudencia; el triunfo del papeleo contra la disciplina creadora; de la burocracia infernal contra el trabajo; de la ciudad contra el campo; de la trampa contra la ingenuidad; de los partidos contra la individualidad creadora; de la razón sobre el corazón; de la tecnología bastarda y absurda, destructora, sucia y ensordecedora, sobre la ciencia y el humanismo...

Una consecuencia del delito político

Y caemos en las consecuencias de la impunidad de los crímenes políticos de nuestra América. Va más de siglo y medio de calamidades sociales y hemos arrastrado una sólida desmoralización sobre la cual se han construido sistemas liberales, republicanos, representativos, democráticos. Tenemos una solemne Corte Marcial, un Poder Judicial, el Sagrado Congreso de la República, docena y media de insignes ministros, docenas de gobernadores que velan por el escudo, la bandera, el himno, los recursos y reservas de la patria. Ante esos señores se inclina el pobre pueblo y a ellos se dirigen las representaciones de otras naciones. Los héroes posan callados. En los salones de las sagradas deliberaciones se ha refrendado una cadena de crímenes que hoy se han mezclado con la estabilidad de los regímenes nuestros; cadena que va más allá de lo que humanamente podemos imaginar. Por debilidad, por creer que menos daño se hacía diluyendo el delito con el perdón que castigando, porque castigar era la avalancha de un volcán de revueltas, protestas y amenazas de castas.

El perdón engendró la base inmoral del estilo de hacer entre nosotros institucionalidad política. El perdón propagó la fuerza bruta y el sarcasmo de envilecer a los hombres, era el medio más expedito de encumbrarse en el poder y que desde arriba todo podía lavarse, reescribirse los modelos, en un estilo que salvara a los malvados.

Toda la desgracia nuestra, inevitable en el orden de lo humano -al parecer- provino del perdón dado por Bolívar a Páez el año 1827. Páez tendría luego, en una escala menor y ya viciada, que perdonar a Antonio Leocadio Guzmán y de ahí en adelante la cadena ha seguido más o menos igual. En este siglo se han perdonado a terribles verdugos y para colmo, nuestras insignes democracias con sus padres y patriarcas, han ocultado nefastos asesinatos e inconmensurables robos; desenfreno comparables al crimen en la persona de Sucre. Los políticos nuestros se disputan un puesto en la construcción de esta endémica democracia que ha arrastrado los vicios de más de ciento cincuenta años. Aquí no ha habido castigo severo a los traidores, a los corruptos, a los maleantes políticos de toda calaña. Habiendo Bolívar perdonado a Páez tuvo que perdonar a su otro encarnizado enemigo político: Santander. De estas ramificaciones se engendró la bella ordenación social del medio nuestro. Ahora, de haber castigado Bolívar con todo el peso de la responsabilidad que las circunstancias ameritaban a aquellos dos insignes revoltosos, dudamos que se hubiese corregido en algo las innumerables perfidias que

luego se desarrollaron en todo el ámbito de lo que fuera la Gran Colombia. Señores como Páez y Santander poblaban los cuatro costados de esta bárbara y sufrida tierra. Ya hemos visto el polvo inclemente y cruel que han levantado las respuestas contundentes que se dieron a Padilla, a Córdoba y a Piar. Cientos de montañas de papeles acusatorios contra el Libertador por su indolencia, por su abuso, por su vesánica autoridad. ¿Qué no se habría escrito, qué no se habría producido de haberse aplicado la pena de muerte a Páez y a su equivalente Santander?

Bolívar desde su lecho de muerte sabía que de no castigarse pronta y severamente a los culpables del crimen de Berruecos, la sucesión de promiscuidades delictivas con el negocio de la política iba a ser espantosa. Urdaneta que debió jugarse el todo por el todo y hacer una persecución implacable contra las huestes de Obando y López, se durmió en los laureles y dejó que sus oficiales granadinos le dictaran la determinación última que tomó: entregar el poder porque desgraciadamente él era venezolano. Ser venezolano lo impulsó a anularse, lo acomplejó ante el propio López. Esto revela en parte que Urdaneta también se aterro ante el poder del delito político. Si Urdaneta de veras creía en lo que decía debió defenderse -valga la dura expresión- como un verdadero Lope de Aguirre. Las circunstancias así lo exigían. Pero no, perdonó a los asesinos de Sucre y éstos incendiaron a la Nueva Granada.

Claro, la situación era difícil, aquella peste de ideólogos que protestaban contra "la ambición desmedida de los bolivianos", "del despotismo atroz del Libertador", iban a revolver la historia -como en gran parte lo han hecho- para proclamar que las víctimas que produjera el castigo eran en realidad santos que ansiaban la libertad. Eso es lo que ha pasado con Córdoba que constituye hoy en día el más alto representante de la dignidad militar y hasta jurídica de la actual Colombia. Es cierto que Córdoba tuvo sus méritos como soldado; un aguerrido militar, valiente y feroz en la lucha contra los realistas; el mejor soldado de la Nueva Granada; pero la cosa no es como para ponerle por las nubes y hacer de él un Aquiles cubierto por las más inmarcesibles leyendas de justiciero. Esto no es ejemplo para los jóvenes, porque no era hombre ecuánime.

Así se ha escrito nuestra historia; plagada de las más ardientes defensas a un grupo de trastornados que enfermaron a nuestros pueblos de odios, crímenes y maldición.

Eso no tenía remedio y fue esta avalancha de panfletos y grotescas destemplanzas que se propagaron en Bogotá y en Caracas a la llegada de Bolívar del Perú, la que influyó en el Libertador para que le temblara la mano y no impusiera el castigo que merecía Páez por su insolente rebelión. Bolívar se vió seriamente perturbado y hasta confuso con todo lo que decían de él. Hasta llegó a creer que hacía mal al país. Se llenó, es verdad, su alma de ambigüedades. Quería oír y satisfacer a todos y esto lo perdió; y aunque hubiera intentado otro medio para aplacar las malevolencias internas de sus detractores o ansiedades de sus amigos, por nuestra naturaleza, también se habría acabado en el desastre.

Páez, el perdonado, habría de ser el más terrible enemigo del Libertador y de la justicia en Venezuela. El mal ejemplo estaba institucionalizado. El crimen de su escándalo, de su desparpajo, sería la fuente de las mayores perversiones políticas. Las naciones

latinoamericanas -como nos dice Irisarri- iban siendo juguete de los demagogos sin principios y no es el pueblo ni sus mejores hombres los que expresan el sentimiento de esa nación sino el partido de turno; partidos llenos de los más absurdos caprichos, de las más sórdidas corrupciones y de los más bajos elementos. Y siempre escudando y protegiendo con frenesí a aquellos miembros que han destruido con sus inmoralidades y depredaciones lo más sagrado que debe tener un gobierno: la administración de justicia.

Se dirá que Bolívar nos perdió perdonando a tantos delincuentes políticos, pero es que Bolívar no podía erigirse en juez del continente sin llegar a caer en una especie de elemento abominable. Era horrible nuestro caos y nuestra perdición. Véase por ejemplo al estado a que ha llegado la justicia en Venezuela donde la policía que debe proteger a sus ciudadanos se ha convertido en un terror. Asesina a diario y sus crímenes se escudan por la enfermedad de esa inercia que ha venido arrastrando los delitos más inconfesables, más insólitos. Y nuestros presidentes que dan su cara para justificar estos delitos en donde se masaca gran cantidad de jóvenes inocentes -y a quienes se les da el título de guerrilleros o delincuentes por puro capricho policial- no pueden sino ser catalogados de canallas, de hombres despreciables también. Más culpables son estos seres que los verdugos que ejecutan sus caprichosos asesinatos. ¿Por qué debemos estar condenados a sufrir los dislates de unos cuantos inmorales?

Ahí está la mancha de Luis Herrera Campíns en la masacre de Cantaura, la de Lusinchi en Yaracuy. Masacres donde no queda nadie para contar cómo ocurrieron las cosas. Estas depravaciones policiales son ejecutadas friamente porque responden a un hábito sangriento, y se vienen dando en nuestro medio con una frecuencia hasta biológica si se quiere.

Si Irisarri se espantaba de la indiferencia ciudadana en los asesinatos de hace siglo y medio, ¿qué no diría de la indiferencia nuestra, del terror que cunde cuando se denuncia a un asesino de nuestros tiempos, a un solemne ladrón de nuestros tiempos? Se ha constituido en hábito el ver en la prensa estas clases de delitos de altura sin que la gente se moleste mucho en buscar las causas y ahondar en las raíces de los mismos y estudiar las consecuencias sobre las generaciones por venir. Pero nuestros políticos no se plantean estas cosas. Para ellos todo es inmediato, presente y provechoso.

Irisarri se preguntaba hace casi dos siglos, si la culpa que debíamos pagar todos por los abusos y delitos de unos pocos eran consecuencia de la pena de no haber concebido todavía el horror que debe inspirar la perpetración de los delitos más opuestos a la ley natural, a la ley divina y a los intereses primordiales de la sociedad. Añade:

¿No será el castigo, la indiferencia con que vemos cometer estos crímenes atroces? Si esto no es así; si no padecemos todos, porque todos tenemos alguna culpa en la impunidad de los malvados, yo no sé cuál pueda ser la justicia con que se nos condena a sufrir las consecuencias de crímenes ajenos. Culpa tenemos, sí, culpa tenemos, y merecemos sufrir la pena de esta culpa, cuando vemos impasiblemente asesinar a nuestros semejantes, a nuestros conciudadanos, a nuestros bienhechores: cuando no clamamos castigo de los asesinos; cuando contribuimos a la impunidad y a la repetición de estos crímenes; cuando con nuestra indolencia Sólo podemos coadyuvar a la

desmoralización general, y cuando en fin, por maldad de corazón o por vil miedo, hacemos creer con nuestra impasibilidad que los asesinos son cosa de muy poca consecuencia en este mundo, y de menos consecuencia aún, cuando queremos darles a estos crímenes el nombre burlesco de políticos.

En cuanto a esto, debo hacer una referencia personal. A raíz de unas severas declaraciones que leí en El Nacional por parte del abogado Ibarra Riverol; declaraciones contra algunos generales corruptos -que luego huyeron cuando la justicia nuestra les dio el tiempo necesario para que planearan su fuga-; a raíz de estas denuncias digo, comenté a mi esposa que Ibarra Riverol se exponía a ser asesinado, que iban a ser asesinados él y el comandante Godoy. Al día siguiente oí en un parte urgente de prensa por televisión: Ibarra Riverol ha sido fríamente asesinado con disparos en la boca. Vi las durísimas y tristes escenas de sus hijos en uniforme escolar que acudían a la oficina de su padre para inquirir sobre el suceso. Yo estaba aterrado de la capacidad de matar de nuestros ladrones oficiales, de los que habían dilapidado nuestros recursos; esta gente es capaz de los actos más viles. Me sentía impotente. Yo esperaba que el país todo se pusiera de pie para rechazar un delito donde los asesinos eran tan evidentes. Esperaba que la universidad donde trabajaba saliera a la calle con la furia con que suele pedir dinero. Pero el país todo se erizó de miedo, de espanto; no reaccionó con valor sino más bien con vil indiferencia. El delito fue olvidado en cosa de pocos meses. Recuerdo que a poco de ocurrir el asesinato corrí a la prensa local, al diario Frontera e invité a toda la comunidad universitaria a un acto en la plaza Bolívar, a una marcha. Hablé personalmente con el rector Pedro Rincón Gutiérrez y me ofreció que estaría en el acto sin falta; fui e invité al obispo Salas quien mostró y declaró que él no tenía nada que ver con eso, que la Iglesia no podía meterse en esos problemas. Hablé con un grupo de profesores de Matemáticas entre los que estaban el ex decano Jesús Rivero y Oswaldo Araujo; repartimos de aula en aula, de oficina en oficina una hojita donde expresábamos nuestro desconcierto y dolor por aquel crimen y exigíamos justicia. Hicimos un comunicado que repartimos en las calles donde llamábamos al pueblo a que repudiara este asesinato. A la hora convenida para el acto, que fue a las diez de la mañana no había nadie en la plaza; luego poco a poco fueron llegando algunos que hicieron un grupo de unas veinte personas. El Consejo Universitario que en aquel momento estaba sesionando dijo que se apersonaría en el lugar, pero finalmente no fue.

La abulia de nuestro pueblo y de la universidad fue de lo más deprimente. Creo que fue Mérida el único lugar de Venezuela donde se protestó y fue con aquel escueto grupo de personas. El presidente de la República se mostró ambiguo y a los dos meses declaró a la prensa que no se preocuparan, que las averiguaciones se harían con celeridad, que hubiera confianza, "los culpables serán castigados", pero que recordaran que al hijo de Lindbergh no lo habían encontrado todavía. El Ministro de la Defensa pasó a retiro al comandante Godoy y hasta hoy los verdaderos monstruos de este crimen no han pagado cárcel, y por el contrario disfrutan en el exterior o enconchados en esta democracia que tiene una espantosa magnanimidad para con los delincuentes.

Yo entonces no dejaba de asociar la impunidad del asesinato en la persona de Ibarra Riverol con la de Sucre. La cantidad de mentiras que creó la P.T.J. para decir que se trataba de un crimen pasional. La cantidad de datos falsos que se dieron a la prensa

para que los delincuentes tuvieran tiempo de esconderse y de acomodar las cosas y así, desvirtuar todos los cargos. Y quedan aún los males que habremos de padecer por la indiferencia de nuestro pueblo, por la impunidad de aquel terrible asesinato. Nuestro presidente lo que sabe decir es que nuestras reinas de belleza triunfan en todas partes porque en la democracia se come muy bien. Para eso si son audaces, y tienen a bien decir frases agudas; en lugar de plantear que en nuestra democracia donde tantos delitos han quedado impunes no es raro que triunfen las cosas frívolas y tontas, que procuran el olvido de los males que venimos arrastrando desde que nuestros políticos institucionalizaron el perdón para los delincuentes

Ejemplos de verdadera amistad

La amistad es atributo sólo de valientes.

Los Estoicos.

Es bueno comenzar este capítulo con la siguiente semblanza que hace O'Leary del Libertador: Era Bolívar tan leal y caballeroso que no permitía que en su presencia se hablase mal de Otros (esta es una prueba de la soledad de Bolívar, porque ¿qué hace la gente cuando se reúne sino hablar mal de los demás?). La amistad para él era palabra sagrada. Confiado como nadie, si descubría engaño o falsía, no perdonaba al que de su confianza hubiese abusado. Por su parte Bolívar decía: El título de amigo sólo vale por un himno y por todos los dictados que puede dar la tierra. Preferiría que mis amigos en lugar de excelencia me trataran de usted, y si fuéramos romanos el tú valdría más; éste es el tratamiento de la amistad, de la confianza y aun de la ternura.

América Latina, en su historia, en su literatura y poesía, tiene muy escasos ejemplos de grandes amistades viriles. Quizás esto se deba a que las verdaderas amistades son atributo de hombres prudentes y fieles. O tal vez proviene esta carencia de ejemplos de la triple herencia -india, africana, española-. Tal vez es una deficiencia que está en el ambiente natural del trópico, donde el hombre se casa muy joven y la fuerte inclinación hacia la hembra nos hace celosos, torpes para la aventura y las difíciles empresas de lo heroico. La literatura sobre la amistad se ve en nuestros países con desdén y con una falsa higiene de hombría.

Permítanos el lector un corto exordio sobre este tema. Por ejemplo, nuestra gente se acerca un poco celosa a la poesía de Walt Whitman. Algunos escritores españoles lo hacen con media sonrisa desdeñosa; la mayoría se burla de amistades como la de Humboldt y Bonpland, Rimbaud y Verlaine, Aquiles y Patroclo, Alejandro y Chito...

¿No comprenden los que se burlan de la amistad viril que el conocimiento crea una capacidad de atracción parecida a la fuerza de gravedad que existe entre dos cuerpos? El conocimiento y el amor a la verdad generan una atracción profunda donde se avivan las condiciones más heroicas y viriles. Si alguien de genio presenta ante nosotros el abismo de la grandeza y de la creación, desde ese día seremos diferentes: habrá en

todo lo que nos rodea un sabor de aventura; no habrá paz en nuestro espíritu, nada será suficiente para nuestro deseo de desafiar el vivir.

Las posibilidades del conocimiento son infinitas, y mientras más sabemos y nos empapamos de los secretos de la vida, más sufrimos por aquello que desconocemos. Habría que decir que el hombre posee esa tristeza de saber que no puede abarcarlo todo en una sola vida. Y el saber que alguien más complejo nos contiene en entendimiento, en dones de ponderación y justicia, despierta entonces en nosotros una atracción hacia esa persona que tiene todas las tonalidades del amor, de la hermandad de espíritu.

La verdadera amistad es una prueba moral y un ejercicio espiritual muy difícil, quizás la más compleja de todas las actividades humanas. Tanto así que podría decirse que las grandes amistades han hecho la historia de los pueblos. La cadena Sócrates-Platón-Aristóteles no es más que un corolario de esta afirmación. Nos atrae en la mujer el placer físico y el descanso, la belleza y la paz y también las inmensas complejidades de todo lo irracional que hay en ellas. Las mujeres son otro camino hacia la verdad, tal vez el más contradictorio y violento de todos. Las mujeres nos conducen al escepticismo más grande, a una sucesión interminable de pequeñas inquietudes y fatigas; son ellas la satisfacción del orgullo de ser, el gran consuelo a falta de todo y a pesar de todo.

En cambio el Maestro nos anima hacia un placer que brilla en el fondo de lo desconocido. Amamos en ellos todo lo extemporal, imponderable e inefable de la vida. Es un amor con resultados eficaces en nuestra evolución espiritual; un amor que nos promete un fin trascendental, la integración del intelecto, la vigorización del yo. Es la otra cara de la disipación desesperada y sublime a que nos lleva la mujer. El Maestro nos da una capacidad -casi de resignación-para tolerar la nada o el silencio vigilante de la muerte. Una tolerancia que nos trae a veces una especie de decepción brutal por las soluciones colectivas. La mujer nos impele hacia lo heroico, pero con una marca profunda de desesperación; ella es, por instigación al vacío, una aliada suprema de la desilusión, de la nada. Ella nos conduce al caos primitivo que es otro medio de mirarnos desnudos y en la más absoluta soledad; el Maestro nos hace firmes y capaces de vivir por nosotros mismos, con una certeza más veraz y completa. A menos que concibamos esa mujer sublime que amamos como se lee en los libros de caballería y como le sucedía al Quijote, puede tal vez entonces que el amor por la mujer produzca los mismos efectos heroicos que nos inspira el Maestro. Sin embargo, estas dos formas aparentemente contradictorias del amor, si las conducimos con valor se complementan la una con la otra.

Simón Rodríguez hizo de Bolívar un genio, el Libertador de un continente. De haber vivido María Teresa del Toro, habría sido un hombre de una agudeza nada común; pero con la pasión un poco apagada y dedicado tal vez a disquisiciones filosóficas y a negocios de su hacienda. Habría emigrado como Bello a realizar una obra que requería de aislamiento, de disciplina metódica, viviendo un poco al margen de la turbulencia revolucionaria de América. Habría sido siempre fiel a su mujer, porque Bolívar era un hombre de un carácter y de una voluntad rígidamente responsable: seria, inalterable; así nos lo muestran sus juramentos y decisiones de tipo moral.

A Teresa de la Parra, siempre dulce y comprensiva, le gustaba imaginarse que de no haber muerto joven Teresa del Toro, el amor habría hecho a Bolívar olvidarse de sí mismo, de su alma genial y ponerlo a caminar dentro del gran rebaño. Todo lo disculpaba Teresa de la Parra a causa del amor, y yo le concedo la razón. Sin embargo, años después Bolívar temblaba ante el recuerdo de que alguna vez estuvo casado. Era enemigo irreconciliable del matrimonio. Y cuando un amigo de él se casaba, lo compadecía más que si se hubiera muerto. (Léase Memorias de J. H. López, PP. 196-197. Edit. Bedout. Medellín, Colombia. 1969)

A excepción de unos pocos, los grandes jefes de nuestra revolución vinieron a casarse cuando ya la República estaba consolidada. La guerra y la política para los hombres de genio es otra mujer que lo exige todo para sí; genera esta fémica placeres y satisfacciones tales que en lugar de desesperar de holganzas aumenta la sed de gloria en cada entrega, en cada triunfo. Recuérdese a Napoleón cabalgando por Europa, Africa, Rusia, sin importarle un comino su mujer -quien de paso se daba la buena vida a su manera.

Es muy significativo, en este sentido, lo que en cierta oportunidad Sucre le escribe al Libertador: El coronel Delgado ha solicitado vehementemente no seguir en la expedición por no alejarse de su mujer; aunque llevó reprehensión muy seria, está dispuesto a todo menos a poner más tierra entre él y su querida esposa. . . Usted determinará sobre la pifia que nos hace Delgado. No se liga muy bien lo uno con lo otro.

La relación maestro-discípulo es algo que no se ha dado muy bien en el tipo español. Madariaga, por ejemplo, decía que Bolívar era hipócrita cuando escribía a Simón Rodríguez: En lugar de una amante, quiero tener a mi lado a un filósofo. Decía que era hipócrita porque en aquel año -1824 - Bolívar, triunfante y glorioso en Huailas, vivía en brazos de las mujeres más finas del pueblo. Eso dice él. Es posible, y no tiene nada de malo; pero, señor Madariaga, ¿para qué sirven las mujeres después de seis o siete horas de compañía, si no hay después un amigo con quien comunicarse, libros, nuevas aventuras, la posibilidad siempre palpitante de iniciar en nosotros batallas interiores cada vez más fuertes? La naturaleza de las mujeres -a su manera, por supuesto- sentiría cosas más o menos parecidas.

Y hablando de las mujeres de Bolívar, añade Madariaga, preocupado, que no eran hermosas. Que no eran bellas sus preferidas. Refiriéndose a la señorita Pepa, dice que un inglés se asombraba de que a Bolívar le gustara aquella mujer; que la llegó a ver una y mil veces, y que no se explicaba los gustos del Libertador. Madariaga insiste, como si aquello quisiera decir algo muy serio, sobre la sensibilidad de Bolívar, y uno sonrío de sus manías discrepantes. Al respecto simplemente respondemos con palabras de Tolstoi: La belleza no hace el amor, es el amor lo que hace la belleza

Amigos fieles hasta la muerte.

Oh! mi Bohorchu, tú que fuiste mi fie
compañero en los días de peligro, tú cuyo
corazón no conoció jamás el miedo, mi camarada
ante la muerte erguida entre nosotros en medio
de las batallas, tú a quien la muerte era tan
indiferente como la vida: que nadie aquí
ose tenerte envidia. Escuchad, vosotros,
mis príncipes y mis nobles, escucha oh mi
pueblo, y sed testigos: a él es a quien elevo por encima de todos.
Gengis Kan (en la leyenda mongola)

El verdadero maestro es un hombre inexorable, duro, que somete a sus discípulos a las más terribles pruebas de generosidad, lealtad y comprensión. En nuestra historia el ejemplo más hermoso es la amistad Rodríguez-Bolívar-Sucre. En Sucre quedó truncada -por la celada criminal de los "liberales" en Berruecos- esta continuidad heroica. Esto muestra el desamparo espiritual que siguió a la época grandiosa de la independencia; no se dio la posibilidad de que germinara de Sucre otro patriota de grandes y nobles cualidades. Era de veras necesaria una escuela moral para perpetuar y preservar del crimen la hermosa obra iniciada por Bolívar. La famosa lámpara de Diógenes en pleno día buscando un hombre -un discípulo, válganos decir-, no es más que una prueba de tan difícil empresa.

Vamos a encontrar en Bolívar un ejemplo de esa inexorabilidad sagrada en el modo como conduce la educación moral de Sucre. Existe un documento hermoso, de la más pura fuerza educativa, en el que Bolívar da una lección implacable, ejemplarizante, a su alumno. El Libertador pone a Sucre en una situación compleja donde el hombre, para dar prueba de su entereza, de su deseo de ser, tiene que matar a ese ente pernicioso y destructor llamado la persona. Debe supeditarse a la fuerza de la evolución elemental, desnuda de toda artificialidad. Todos sabemos que en los generales tiende a desarrollarse cierta soberbia. Es que el Estado y las armas los colocan en una falsa posición de poder, que ellos a veces se encargan de exagerar. El arma y el uniforme en ellos es una extensión de su propia personalidad: forman parte de sus nervios, de sus reacciones.

Estas prendas ejercen un estado psicológico devastador si no se está muy alerta. Sucre no escapaba -a pesar de toda su generosidad- a cierto falso honor que generan las charreteras. Cuando se encontraba en el Perú, al mando del ejército del Sur, en cierta oportunidad lo comisionó Bolívar para que fuese a reunir los soldados dispersos y convalecientes a retaguardia. Aquello lo sintió Sucre como un duro golpe a su dignidad. Sin embargo, obedeció. Una vez terminada su comisión escribió una larga y quejosa carta al Libertador.

Era que Bolívar lo sometía a una prueba rigurosa. Quería conocer el temple del que iría a encargarse de dar libertad al Perú.

Sucre se debate entonces en un serio conflicto: ¡Dios mío, qué pensarán los demás de este deshonoroso cargo a que me somete el Libertador! Su carta a Bolívar va en estos doloridos términos: No sé si al conferírseme semejante comisión se ha tratado de abatirme... He sido separado de la cabeza del ejército para ejecutar una misión que en cualquier parte se confía cuando más a un ayudante general... Se me ha dado públicamente el testimonio de un concepto incapaz en las operaciones activas, y se ha autorizado a mis compañeros para reputarme como un imbécil o como un inútil... Es incontestable que de hecho se ha declarado a la faz del ejército que no se me necesita para nada... Me atreveré a indicar, como las más oportunas, aquellas que me ahorren nuevos e injustos vejámenes; porque como otras veces he dicho a Ud., yo puedo y quiero ser de simple particular en Colombia un buen ciudadano, ya que la suerte no me ha protegido bastantemente para ser un buen militar...

Como se ve la carta está llena de amargura, humillación y tristeza. Estaba en su derecho. Sucre tenía apenas veintinueve años. La severa respuesta de Bolívar no se deja esperar; es ésta un documento que resume toda la fuerza orientadora de su carácter, de una penetración psicológica sutil, poderosa: Creo que a U. -le escribe- le ha faltado completamente el juicio cuando ha pensado que yo he podido ofenderle. Estoy lleno de dolor de U. pero no tengo el menor sentimiento de haberle ofendido. La comisión que he dado a U. la quería yo llenar; pensando que U. la haría mejor que yo por su inmensa actividad, se la conferí a U. más

bien como una prueba de preferencia que de humillación. U. sabe que yo no sé mentir, y también sabe U. que la elevación de mi alma no se degrada jamás al fingimiento... en la comisión que le hice no veía ni veo más que el servicio, porque su gloria, el talento, la delicadeza, todo se reúne en un solo punto del triunfo de Colombia, de su ejército, de la libertad de América... Si salvar el ejército de Colombia es deshonoroso, no entiendo yo ni las palabras ni las ideas... el dolor de usted debe convertirse en arrepentimiento, por el mal que usted se ha hecho en haberse dado por ofendido de lo que no debiera; y en haberme ofendido a mí con sus sentimientos. Esas delicadezas, esas habillitas de las gentes comunes, son indignas de U.: la gloria está en ser grande y en ser útil. Yo jamás he reparado en miserias, y he creído siempre que lo que no es indigno de mí tampoco lo era de U... estoy tan cierto de la elección que U. mismo hará, entre venirse a su destino o irse a Colombia, que no vacilo en dejar a U. la libertad de elegir. Si U. se va, no corresponde U. a la idea que yo tengo formada de su corazón. Si U. quiere venir a

ponerse a la cabeza del ejército, yo me iré atrás, y U. marchará adelante para que todo el mundo vea que el destino que he dado a U. no lo desprecio para mí.

Sucre no tenía esa estúpida tendencia -muy generalizada- de creer que cuando uno está supeditado a alguien -por la fuerza del conocimiento- se devalúa nuestra personalidad. Lo digo porque es muy típico de cierto orgullo machista del venezolano. Por ejemplo, la soberbia tronitona de Páez, que ha sido la más imitada por nosotros.

Si Sucre se hubiera ofendido habría abandonado el ejército de Colombia y su carrera política habría sido lastimosa, muy deplorable para los servicios que ya había prestado a la República. Fueron estas estúpidas "ofensas" las que perdieron a casi todos nuestros mejores generales: Páez, Mariño, Bermúdez, Arismendi, Córdoba, Santander.

Sucre por el contrario recibió aquella lección con alegría, con la esperanza de ser diferente, de reformarse. Él no se llamaba a engaños y quería forjar su talento, su prudencia y su valor en las pruebas más terribles. En realidad, sin darse cuenta era llevado de la nobleza que le infundía el Libertador. Se veía a través de su gloria, de su constancia, de su sacrificio y de toda su voluntad. Descubría por la fuerza del ejemplo vivo, su propio camino; las confusiones, las malas interpretaciones nacían de un sentido falso del honor que Bolívar había pulverizado ahora con su carta. Así pues, insistimos, Sucre no cometió el error de otros de seguir el camino de su propia soberbia, de su propia máscara. La lección valió la pena, Sucre no quería sino emular a su amigo; se quedó en el Sur alcanzando en muy poco tiempo la gloria predestinada por su Maestro.

Insistiremos un poco más en las relaciones maestro-alumno. Veamos un ejemplo hermoso que nos da Sarmiento de su maestro don José de Oro. Dice de él: Salí de sus manos con la razón formada a los quince años, valentón como él, insolente contra los mandatarios absolutos, caballeresco y vanidoso, honrado como un ángel, con nociones sobre muchas cosas, y recargado de hechos, de recuerdos y de historias de lo pasado y de lo entonces presente, que me han habilitado después para tomar con facilidad el hilo y el espíritu de los acontecimientos, apasionado por lo bueno, hablar y escribir duro y recio... Mi familia al verme abandonar a raptos de entusiasmo, decía: ahí está don José de Oro hablando; pues hasta sus modales y las inflexiones de la voz alta y sonora se me habían pegado. Leyendo estos párrafos nos pareciera oír a Bolívar hablando de Rodríguez, por allá en su adolescencia.

En realidad un hombre se puede definir por lo que imita. Todos imitamos a alguien en nuestros años de formación; puede ser al personaje de un libro o a un poeta, malo o bueno -a un político provinciano o genial, a un cura o a un libérrimo liberal-. Pero es curioso, muy pocas veces, poquisimas veces, es la escuela, el liceo o la universidad la que nos forja como hombres. Los ejemplos vivos por imitar están en la calle, en el peligro, en el compañerismo que se forma en un largo viaje, en las batallas, en el oficio de vivir y en los sueños y locuras congelados y heredados de nuestros antepasados. La universidad a lo sumo lo que hace es perfeccionar en nosotros alguna habilidad, darnos cierta disciplina de orden práctico.

Bolívar ofrecía su amistad pura y sincera a todos sus oficiales, para ver si de ella fructificaba un hombre noble y valiente, tan necesario para cohesionar nuestros pueblos.

En todas las cartas de Bolívar se puede percibir ese tono de agradable sinceridad y cordialidad a la que es imposible sustraerse. Claro, muchos podrán decir que eso se debía a que era un político, y que su estilo era refinadamente diplomático. Sí, hay algo de eso -de seguro que lo hay-, pero sobre todo se ve a las claras que no concebía la vida sin la amistad. Trató de cultivarla con José Félix Ribas, con Mariño -¡una y mil veces!-, Santander, Páez y en muchos otros oficiales. Entre los que quedaron eternamente dominados por la impronta de su ejemplo se cuentan el fidelísimo general Pedro Briceño Méndez -a quien Venezuela no le ha hecho la justicia que merece-, el general Bartolomé Salom, Urdaneta, Tomás Mosquera, Joaquín Posada Gutiérrez, O'Leary, etc. Pero fue Sucre, de todos ellos quien como el águila se atrevió a mirar directamente las radiaciones del fuego; quería descubrir de dónde venía la luz de Colombia.

Sucre era un oficial sin destino, desconocido y sin un triunfo contundente y clamoroso todavía, en el año de 1821. Sin embargo, decía entonces Bolívar de él: Es uno de los mejores oficiales del ejército, reúne los conocimientos profesionales de Soublette, el bondadoso carácter de Briceño Méndez, el talento de Santander y la actividad de Salom; por extraño que parezca, no se le conoce, ni se sospechan sus aptitudes. Estoy resuelto a sacarle a la luz, persuadido de que algún día me rivalizará (1). ¿Cómo lo sabía el Libertador?

Es que había descubierto al alumno natural, ávido de glorias, de emularlo en lo noble, en los mismos sueños y pasiones. Así, pues, en Bolívar, Sucre había encontrado la continuación de su destino. Veremos a grandes rasgos los extremos de devoción y lealtad que alcanza la amistad de aquellos dos hombres. Nadie, hasta ahora, se ha dedicado a estudiar toda la poesía y nobleza que se comunican el uno al otro en aquellos años que van del 1821 a 1830. El cumanés se promete a sí mismo ganarse y merecer la amistad de Bolívar. Incluso, cuando consigue toda su confianza para dirigir la campaña del Sur, comienza a notarse en su correspondencia una extraña melancolía; tal vez ciertos celos, por la amistad que ve entre Bolívar y Santander. Más tarde, cuando ha conseguido el triunfo de Ayacucho, no se conforma, sino que codicia de Bolívar hasta las luces de su pasado. Se percibe que quiere ser el centro de la atención del Maestro.

Algunos detalles pintan muy bien al Alumno que trata de proteger o defender a su Maestro de las traiciones o peligros ocultos. Sabe que por vivir Bolívar en las alturas no concibe las ruindades de los enanos que le rodean. En varias ocasiones, cuando escribe desde el Perú le hace una relación cuidadosa, prudente, pero finamente penetrante del carácter de los políticos que va conociendo. Lo advierte contra la actitud de Gamarra, de Riva Agüero, Santa Cruz, Cerdeña, La Fuente, La Mar, etc.; de ninguno se equivoca. Incluso, nos llega a molestar la poca confianza que al parecer Bolívar pone a sus advertencias. De haber el Libertador penetrado las argucias funestas de Gamarra, Santa Cruz y La Mar, se habría ahorrado la invasión del Perú a Bolivia y a Colombia,

Quizás esa incredulidad que pone Bolívar a las palabras de Sucre se deba al carácter suasorio que debía mostrar el Libertador en un país extranjero; o tal vez que consideraba a Sucre joven aún para valorar a los hombres en medio de la tremenda crisis que vivía el Perú.

Le advierte Sucre: Cerdeña le ha informado que La Fuente, Santa Cruz y Gamarra son amigos de Ud. y yo aseguro que esta algo equivocado. Del primero nada sé en pro ni en contra; el segundo no es sino amigo de su conveniencia; el tercero es aleve por inclinación, y más enemigo de usted que el más acérrimo; pero como es bajo y vil, se mostrará en la desgracia adicto a usted.

Los hechos probaron que Sucre tenía razón.

Ningún otro patriota había confesado más sinceramente, más vehementemente, su amistad y admiración al Libertador. Cuando triunfa en Ayacucho le escribe: Está concluida la guerra y completada la independencia del Perú. Estoy más contento por haber llenado la comisión de usted que por nada... Y al final de la carta: Adiós, mi general, ésta carta está muy mal escrita y embarulladas todas las ideas; pero en sí vale algo: contiene la noticia de una gran victoria, y la libertad del Perú. Por premio para mi pido que usted me conserve su amistad.

Quince días más tarde añade: En mi placer por una victoria tan completa y de tanta trascendencia, mi pensamiento es siempre usted.

Y ocho días después: Mi general, mil veces le he dicho: si el Libertador está contento con mi comportamiento me basta por toda la gloria de la campaña.

Otros con menos títulos y talentos se habían envanecido pretendiendo rivalizar con el Libertador. Así por lo menos lo demostró la mayoría de los más importantes jefes: Mariño, Bermúdez, Páez, Santander, Arismendi.

Pero hay más, hasta en las cosas particulares de su vida Sucre quiere conocer la opinión del Libertador. No son frases simbólicas de amistad ni de retórica enamorada las que usa cuando le dice que lo acepte como un hijo. No, Sucre asume sus palabras con un fervor que va más allá del simple gesto escrito. Hemos de aclarar que hasta el año de 1826 Sucre fue soltero. El amor a la libertad, la gloria y su amistad con Bolívar habían suplantado y compensado todas las posibles atracciones de la mujer. Es posible que aquella energía de su juventud, concentrada sobre si mismo, le diera la suficiente fuerza para llevar a cabo una obra tan peligrosa y compleja como la independencia del Sur. Veamos una carta que Sucre le escribe desde Chuquisaca, el 12 de febrero de 1826: Como siempre he sometido a usted mis asuntos particulares, más que como mi padre y amigo que como a Jefe, consultaré a usted el más importante. Varias veces dije a U. aquí que mis compromisos con una señorita en Quito no habían sido disueltos aun después de treinta meses de estar ausente. Y a decir la verdad, no sé cómo lo disuelva, ni yo me he empeñado en ello, porque ciertamente esa niña es bien agradable y creo sería una buena mujer. Sin embargo, yo pienso que o debo cumplir ese compromiso, o disolverlo, y para esto es que quiero los consejos y la opinión de usted... Si usted considera qué debo estar libre y expedito para ir con algún ejército contra los del Brasil, mi interés mismo está en quedar soltero... me dirá francamente lo que debo hacer. Exijo de U. que para darme su consejo, considere que los va a hacer a un hijo suyo, pues creo tener derecho a su estimación para que me los dé como a tal.

No se conoce una respuesta escrita del Libertador a esta petición; como se ve, era difícil dar un consejo en este sentido, y parece que Bolívar un tanto confuso lo evitó.

Sabe el Libertador que sin amor no se puede educar ni gobernar. Cuando Sucre triunfa en Ayacucho, Bolívar se inclina ante él; le dice: Ud. es capaz de todo y no debe vacilar un momento en dejarse arrastrar por la fortuna que lo llama. Acuérdesse Ud. que tiene un padre vivo -se refiere a él mismo-, que se alegrará siempre de la gloria de su hijo. También le escribe a Santander diciéndole: Si yo conociera la envidia, los envidiaría a usted y a Sucre.

1.-Memorias de O'leary

Bolívar el poeta

Los que sueñan de día son hombres peligrosos,
porque pueden vivir su sueño con los ojos
abiertos para hacerlo posible.
T.E. Lawrence.

El Libertador constantemente da ejemplos de generosidad. Mostraba desdén por el lujo y la riqueza. Por eso crea tantos admiradores entre los hombres sensibles y valientes. Dice a De Lacroix que invite a su mesa al rudo y ordinario oficial Freire -oficial -de su Estado Mayor- para enseñarle buenos modales; educarlo un poco entre los hombres civilizados para que aprecie la necesidad de la comunicación humana, el placer del conocimiento. Freire se conduce en la mesa como un beduino y el Libertador con mucho tacto trata de enseñarle los más elementales principios de cortesía y urbanidad. Más tarde, le dice Bolívar a De Lacroix: Es bien rústico su oficial de Estado Mayor, sin embargo que venga todos los días a almorzar y comer, le desbarataremos y haremos su educación.

Los oficiales Ferguson y O'Leary no pierden movimientos y palabras de Su Excelencia. Todo en él es conocimiento vivo, expresiones sinceras: sus gestos, la mirada lejana o brillante, de fuego, de profundas reflexiones; su silencio, su lenguaje persuasivo o terrible, siempre inspirado. Un espectáculo, un fenómeno natural, atrayente, sugestivo, de una ebullición vital, siempre nueva. Se está a su lado alerta, con temor a no ser, a no estar a la altura de su pasmosa soledad; de que pueda llegar a ver en el interior de ellos la carencia de ese rigor implacable que se aplica a sí mismo. Están todos a la expectativa de una frase que los presente tal cual son, con el mazo de una verdad nueva, insospechada. Descubre Bolívar, al instante, las buenas o malas cualidades de las personas. Dice de su edecán, el inglés Wilson, que tiene más espíritu diplomático que político, pero que le falta mucho la educación dura que se aprende recibiendo golpes de la realidad, de los errores. Le hace falta - dice- pasar algún tiempo en las escuelas de las dificultades, de la adversidad y aun de la miseria.

Es sorprendente su semejanza con Tolstoi. Se percibe en sus conversaciones con De Lacroix un sabor de confianza y profundidad, parecida a las que Tolstoi tenía con Chejov, con Gorki. La sencillez y franqueza con que De Lacroix escribe sus

observaciones están llenas de sugerencias inefables, de una fuerza absorbente, de gran valor para el hombre de vena literaria. Algo debió ver Bolívar en este aventurero extraño y singular, para confesarle sus ideas filosóficas y morales: sus más íntimos temores, sus crudas opiniones sobre los generales y políticos de Venezuela y la Nueva Granada. Sus preguntas son eficaces y con un fondo a veces desesperado; por momentos sus palabras arrastran un caudal limpio, sencillo y fresco como el de un hombre apacible o el de un poeta sereno, que siempre ha vivido en medio de la paz y el disfrute armonioso de sus pasiones. Sin embargo, se siente una densa tormenta de fuego en esa calma; no tarda en aparecer el vigor del que ha tenido que luchar despiadadamente contra el destino. La horrible sensación de que sus esfuerzos y sueños van al descabro lo transfigura todo en él. Su dulce y amable sonrisa decae en un rictus de pesar; el arco de sus cejas despejado, ligero, se curva, haciendo de su mirada un óvalo de sombrías penas. Entonces como el rayo estallan sus palabras de una certeza y clarividencia absoluta, irrefutable, total: son las profecías de sus dolores futuros, de siempre.

El estado emocional que en ocasiones describe De Lacroix nos recuerda a Bunín en el día esplendoroso e inolvidable en que se vio con Tolstoi. Uno ve a Bolívar, lo palpa, con las mismas sugerencias: Una figura grave, en una blusa casera de franela, con pantalón del mismo color y zapatos cuadrados. De aspecto impresionante y terrible, ojos agudos y cejas fruncidas... me largó la mano con la palma hacia arriba, envolvió la mía oprimiéndola suavemente, y de pronto sonrió. La sonrisa era encantadora, tierna y al mismo tiempo triste, casi patética. Entonces me di cuenta de que sus pequeños ojos no eran agudos ni terribles, sino solamente como los de un animal en el bosque.

Bolívar también debió hacer muchas preguntas rápidas y nerviosas a De Lacroix: Para qué había venido a Venezuela, si había visto de cerca a Napoleón, si estaba casado. Muchas cosas en un solo instante y que De Lacroix habría de recordar toda su vida. De Lacroix tal vez no podía decir casi nada dominado por la emoción: era ese influjo tan completo y convergente de mil impresiones diferentes agolpadas en un instante en su cabeza. Al igual que Tolstoi, Bolívar contenía en sí mismo cientos de copias diferentes del hombre que le hablaba. Uno percibe la escena con un contagio igual de prodigio, de fervor.

Bolívar padecía ciertas obsesiones morales y religiosas en los últimos dos años de su vida, y trataba con un paternalismo dulce y amable a cuantos se le acercaban. Al Libertador le interesaba el fondo intrincado de las relaciones humanas.

Le gustaba, por ejemplo, hurgar en las pasiones extrañas y violentas del juego. El Bolívar que se dominaba en las victorias y en las derrotas, que se impuso a San Martín - que con su imaginación y su carácter había dominado a bárbaros y criminales-, admitía que el juego tenía un poder y una influencia nefasta que le hacía perder la cabeza (le pasaba lo mismo a los dos santos rusos Tolstoi y Dostoyevski). Bolívar jugaba a veces con pasión y llegó a tirar las barajas al aire y quejarse amargamente de su mala suerte; pero al mismo tiempo se desentendía rápidamente, descubriendo que carecía de imaginación y no era más que una absurda pérdida de tiempo. Decía: Lo que es el juego: he perdido batallas; he perdido mucho dinero, me han traicionado, me han engañado abusando de mi confianza y nada de eso me ha conmovido, como lo hace

una mesa de ropilla; que un hecho tan insignificante como es el juego, por lo que no tengo vocación ninguna, me irrite, me ponga indiscreto y en desorden cuando la suerte me es contraria. ¡Qué desgraciados deben ser los que tienen el vicio o el furor del juego!

Lo mejor que se conserva sobre la psicología del Libertador se encuentra en el Diario de Bucaramanga, pero los poetas se quejan de los súbitos abismos y vacíos que la sutileza de De Lacroix no copia. ¿Cómo es posible -se pregunta Waldo Frank- que no mencione a Santa Teresa, Luis de León, San Juan de la Cruz, las tragedias de Calderón y de Tirso de Molina, que tanto concuerdan con las alturas de su destino y con la carne y la sangre de su acción? Está seguro Waldo Frank que Bolívar le hizo referencia de estos sabios y místicos de España, pero De Lacroix no estaba muy enterado del asunto y por lo tanto no lo registró en su diario.

El genio de Bolívar -como dice Victoria Ocampo de T. E. Lawrence- incluía el genio literario. De Bolívar haber llevado un diario de campaña habríamos visto los mismos sentimientos contradictorios, de tonalidades culpables, de afán Constante de superación moral, que Tolstoi nos muestra en sus obras.

A nosotros nos gusta ver a Bolívar en estado de espontaneidad creadora; estar a la caza de sus sentimientos genuinos, oír la voz de su propio corazón. En todas sus cartas de campaña, desde la que escribe a Miranda en Puerto Cabello hasta la última al general Justo Briceño, sentimos sus nervios maltratados, deshechos por el delirio desesperado de su autoafirmación.

Hay también el Bolívar que intenta poner en orden sus ideas intelectuales; claro sin dejar de apelar a lo absoluto de su razón. Uno de los mejores ejemplos de este estado lo revela una especie de carta crítico-literaria que envía al poeta Olmedo. Allí le hace saber su opinión sobre el poema que éste ha escrito a la batalla de Junín: Dejaré -empieza diciéndole- mis panegíricos para el fin de la obra, que en mi opinión los merece bien, y prepárese usted para oír inmensas verdades, o por mejor decir, verdades prosaicas, pues usted sabe muy bien que un poeta mide la verdad de un modo diferente de nosotros los hombres de prosa...

Usted debió haber borrado muchos versos que yo encuentro prosaicos y vulgares... Después de esto, usted debió haber dejado este canto reposar como el vino en fermentación, para encontrarlo frío, gustarlo y apreciarlo. La precipitación es un gran delito en un poeta...

Después sigue una crítica muy fina del poema y la carta abarca unas tres densas páginas. Pero los pequeños párrafos anteriores hablan de una de las verdades más grandes, que valen tanto para los escritores latinoamericanos, como para los españoles. Hay precipitación, impaciencia, por publicar en nuestros países. Raramente nuestros escritores se dedican a revisar cuidadosamente lo que dicen antes de publicar y éste es uno de los peores males de nuestra literatura. Un libro mal acabado, escrito en dos o tres semanas bajo el influjo contradictorio y desenfocado de las calenturas literarias, de las pasiones, nos conduce peligrosamente al fracaso, a la frustración. El trabajo literario es cosa muy laboriosa, exige todo para sí, y alcanzar esa responsabilidad que nos

coloca en una posición de ser dioses -donde podemos decidir de la vida, del destino de los demás- es uno de los dones más sublimes y serios de la naturaleza.

Sabía Bolívar que las artes: la poesía y la matemática, la política y la filosofía, en un punto se confunden todas y llegan a las mismas conclusiones escépticas y misteriosas sobre el universo; y que la dedicación a ellas con disciplina y concentración nos mantiene en un estado de independencia e inmaterialidad que nos aísla del mundo miserable y de las pequeñeces de la rutina existencial.

La acción y el intelecto en Bolívar eran una misma cosa, y por eso nada lo pinta mejor que sus propias cartas. Era amante del trato fino, directo, inteligente. Le molestaba, como al Quijote, la afectación y esa pedantería de escribas y leguleyos, sobre todo la que emanaba de nuestros pintorescos Congresos. Entre los caudillos ignorantes y los suaves filósofos, creo que prefería a los primeros, porque se acercaban más a lo elemental, sencillo y práctico de la naturaleza humana. Recuérdese a aquel Jiménez, mulato, que él mismo nombró general a pesar de todas las críticas que le hicieron. Jiménez había dejado el azadón y la pala de campesino siendo muy joven, para enrolarse como soldado raso en las filas patriotas. No sabía leer ni escribir, pero todos coincidían en que era muy listo. Sus compatriotas lo recuerdan como un hombre sencillo, candoroso, ingenuo, de conducta privada irreprochable, religioso hasta poder ser llamado devoto. Para Bolívar era uno de sus mejores oficiales y Jiménez le guardó fidelidad hasta la muerte, e incluso se alzó contra Mosquera y Caicedo en un intento por recobrar para el Libertador el respeto y la gratitud que Colombia le debía. Todo porque Jiménez llevaba en sí el fatalismo heroico que le había infundido el Libertador.

Bolívar sabe que la evolución del carácter depende de las relaciones con los hombres fuertes. Siempre quiso ver y probar quién era capaz de ganarle en afecto y generosidad. Hay cartas de Bolívar tan abrumadoras por el efecto psicológico, que nunca fueron respondidas en el mismo nivel. Fue con esa penetración con que desconcertó a Morillo, aplacó a los caudillos infames y se ganó la admiración de Europa.

Queda Morillo definitivamente sujeto a su genio cuando le dice: No hay momento que no recuerde una idea, alguna sensación agradable originada de nuestra entrevista. Yo me doy la enhorabuena por haber conocido tan acreedores a mi justo aprecio, y el que a través de los prejuicios de la guerra no podíamos ver sino cubiertos a la sombra del error. Morillo quedó desarmado; en el momento en que leía aquella carta debió decirse: ¿Cómo puedo yo luchar contra este hombre? Derrotarlo -si fuera posible- no sería más que un crimen; es el único militar que podría dar a la América la paz y la confianza que necesita en sí misma. Más valdría a mi honor oír sus palabras que todas las que provengan del rey o de mi propia ambición.

Las palabras de Bolívar dejaban perplejo al que las recibía, porque -como hemos dicho- él buscaba sus argumentos en el corazón. Sólo la verdad y la actitud sincera de los hombres es inmutable, imperecedera. El sabía que al horror de la verdad seguía la justicia, la calma, la sinceridad del hombre con sus conflictos. La acción simultánea de la espada y el verbo eran en él una misma cosa. Bolívar se sorprendía a sí mismo viendo lo que salía de su pasión, de su angustia y su obstinada lucha contra la nada.

En un raptó de inspiración le escribe al coronel Heres, comisionado para el armisticio con los españoles: Examine qué impresión hace Ud. en el público, y sorprenda Ud. infraganti el secreto de sus corazones por un pronto y diestro examen. Sobre todo pregunte Ud. qué dicen de mí y de los colombianos.

¿Y los consejos certeros que da a Azuola para que se encargue de la vicepresidencia del Congreso de Cúcuta?: Procure Ud. instalar el Congreso con un discurso sencillo pero noble; sin frases estudiadas, palabras anticuadas. Mucho menos debe hacer elogios míos, procurando seguir en el orden de materias, el que pronunció Fernando VII en las cortes o el presidente de los Estados Unidos en su Congreso.

Estos párrafos indican la rapidez psicológica en medio del caos de los acontecimientos. Nadie podía escapar entonces de ese examen diestro que solía hacer tanto a enemigos como a subalternos. Estaba en su naturaleza ver la actitud voluble, doble o inesperada de los hombres o de los hechos. ¡Qué arma tan eficaz resulta siempre cuando, de todas las alternativas que nos ofrece la mente, optamos por la más verdadera y franca! Esa actitud siempre ha conquistado a los hombres. Una característica poderosa -repetimos- de esa verdad que Bolívar siempre tenía en la superficie de su mente y que con rapidez y habilidad sabía colocar en el momento oportuno, era motivo también para que los hombres callaran y se retiraran perplejos, sorprendidos por la penetración sincera de sus palabras. Se retiraban callados a ver de un modo más desnudo y franco los escombros de sus ilusiones. Bolívar era un pulverizador de vanas ilusiones.

Morillo no responde a la correspondencia con la misma frecuencia con que lo hace Bolívar. El Libertador, silencioso, merodea su alma y las posibles respuestas a sus afirmaciones. Si es un hombre ponderado y justo, me comprenderá y la causa será nuestra -debió decirse-. Si por el contrario no son esas sus virtudes, estará perdido: se traicionará a sí mismo traicionando la expresión íntima de mi corazón. En ambos casos la justicia moral estará de nuestra parte. Esa solía ser la actitud de Bolívar con amigos y enemigos: ofrecía franqueza y esperaba que la naturaleza hiciera el resto. Morillo no responde, no aclara sus pasos, y sin embargo Bolívar comienza a comprender la eficacia de su verdad; vuelve a la carga, con otra demoledora y sincera carta: Tengo el sentimiento de decir a Ud. que no he recibido ninguna comunicación en que Ud. me participe su marcha a Europa, y sólo la idea de cualquier retraso me consuela de este silencio.

Morillo se marchó completamente conquistado por Bolívar, y cuenta O'Leary que, cuando lo visitó en 1835, allá en La Coruña, continuaba siendo un gran admirador del Libertador.

Se conocen muy pocas cartas donde se corresponde al Libertador su entrega, su patético deseo de identificación humana. Tal vez Sucre fue el único que confesó viril y apasionadamente su lealtad a Bolívar. Recuérdese que Páez mantuvo un vil y sinuoso silencio en los últimos años de la vida del Libertador. Le escribía Bolívar el 5 de agosto de 1829: Hace dos o tres correos que no recibo cartas de Ud. Yo lo he hecho con tanta frecuencia, que casi puedo asegurar no haber dejado de escribirle en dos seguidos.. Más tarde el 4 de septiembre de 1829, le escribe al señor José A. de Alamo: Diga Ud.

¿qué ha tenido el general Páez? o ¿dónde está? pues no recibo letra suya hace tiempo... No hallo ningún motivo para que pudiera retirar su correspondencia.

No se conocen grandes respuestas a sus cartas y hay dos razones. Ante todo, como dijimos, la tremenda influencia española de aquellos tiempos, llena de prejuicios, que limitaban el arte de infundir confianza, amor y sinceridad de un modo sencillo, directo.

Otra razón proviene de que la mayoría de las veces el Libertador se entiende con militares, quienes suelen ser muy parcos y poco cultivados en el arte de leer y escribir. Las cartas de San Martín a Bolívar, por ejemplo, aunque muy correctas en su expresión, son frías; de ese color gris desleído de la diplomacia y el orden conceptual de las cosas.

También Bolívar escribió a O'Higgins con sus habituales expresiones de amistad; no se conocen de éste respuestas a la altura de sus palabras. Le escribe a O'Higgins en 1822: Me será muy grato que nuestra correspondencia epistolar, sea tan frecuente, cuanto posible y que reine en ella la sinceridad y el candor que son tan propios para unir a los compañeros de armas y amigos natos. Por mi parte ofrezco a Ud. los sentimientos de una verdadera amistad.

La respuestas del resto de los políticos se reducen a explicaciones burocráticas y otras minucias intrascendentes. Sus diferencias con estos últimos están de un modo claro y definitivo cuando ante el Congreso dice: Yo juré en el fondo de mi corazón no ser más que un soldado, servir solamente en la guerra, y ser en la paz un ciudadano. Pronto a sacrificar por el servicio público mis bienes, mi sangre y hasta mi gloria misma, no puedo, sin embargo hacer el sacrificio de mi conciencia, porque estoy profundamente penetrado de mi incapacidad para gobernar a Colombia, no conociendo ningún género de administración... soldado por necesidad y por inclinación, mi destino está señalado en un campo o en los cuarteles. El bufete es para mí un lugar de suplicio...

Bolívar va siempre al meollo de la hombría para ver cuánta fortaleza moral, valor o voluntad hay en quienes le rodean. Cuando sabe que hay un hombre notable en América, inmediatamente le escribe para extenderle su corazón.

Todo su patético amor por la amistad está en la siguiente carta que le escribe a J. M. del Castillo -1828-: Yo me asombro algunas veces del tiempo que hemos perdido sin conocernos. No culpo a la fatalidad sino a mí mismo de una distracción que parece muy extraña a mi carácter; porque cuando yo observo un hombre de virtud y talento, mi afecto se arroja sobre él con una inclinación irresistible, y no se tranquiliza hasta que no ha logrado el recíproco.

¡Ah, si Napoleón hubiera tenido el corazón de Bolívar no sólo habría conquistado a Goethe, a Beethoven, sino al mismo Tolstoi! Guerra y paz hubiera sido diferente. La pintura del coloso invasor habría tenido un tono más cercano a lo sublime que a lo bárbaro.

Finalmente diremos que debió ser horrendo, decepcionante y asfixiante aquel mundo de nulidades, que no estuvieron a la altura de las expresiones vitales, francas y amistosas del Libertador

Busca un puerto y el barco de la muerte se lo lleva (Un paralelo entre el final de Bolívar y el final de Tolstoi)

Todos morimos cuando se nos acaba el sueño de nosotros mismos y nos vemos tal como somos y como hemos sido siempre.
Ramón Sender.

Bolívar se acercaba a la muerte. Su entereza era de una resignación inefable, desesperada. Estaba familiarizado, desde hacía mucho tiempo, con la nada. Vagaba como un sonámbulo en medio de los trastos de una casa abandonada: todo a su alrededor le parecía infinitamente alejado de la vida. Cualquier deseo de sus paisanos, cualquier aspiración humana, estaban impregnados de algo rancio; entre los más íntimos y queridos creía ver el doble fondo de la traición y la perfidia. Cada día había la nueva revelación de una ingratitud. Ayer habían sido Páez, Santander, Padilla, Córdoba; ahora Caicedo, Joaquín Mosquera; hasta el propio Urdaneta se mostraba voluble.

- ¿Para qué ha sido toda esta lucha? -se preguntaba trastornado- Mas habría valido pasar desapercibido por el mundo. Ah, qué caro lo pagamos...

Bolívar se ve muy diferente del joven audaz con la espada en la mano. Toda su visión del mundo se ha trastocado. A través del horror de la guerra ha terminado por concebir ideas místicas comparables a las de un Tolstoi y Dostoyevski. Es que abrirse paso a fuego y sangre en un oficio de muerte de casi veinte años, vivir en medio del odio, del crimen y del poder, lo dota de una compleja resignación filosófica o religiosa, lo hace un incurable del martirio, de la soledad.

Tolstoi vive el espanto de una conmoción que se avecina: el desastre de la desintegración total de la santa Rusia. Esa desintegración la ve en cada hombre en particular; en los disolutos ateos, en los rabiosos anarquistas, en los políticos inescrupulosos y en la podrida corte de los zares. Al igual que en Rusia, nuestros liberales hablan del asesinato como un acto necesario y vital para transformar positivamente a la sociedad. ¿Qué diferencia puede haber entre los hombres siniestros

que en nombre de una obsesiva libertad planean el asesinato de Chátov -en Los endemoniados de Dostoyevski- y los sórdidos "liberales" de Bogotá que salen a emboscar al Mariscal de Ayacucho?

Aunque no hay punto de comparación cultural entre uno y otro pueblo, los métodos para llevar a cabo la destrucción tiene una espantosa similitud.

Muchos de los "revolucionarios" de una parte y otra son vulgares asesinos que por casualidad se han hecho terroristas; tienen el consentimiento de algunos guías para poner en efecto sus asquerosas habilidades. Recuérdese a Carujo con el puñal en la mano, orgulloso de atentar contra el Libertador en 1828, y más tarde gritar al presidente Vargas que el mundo es del hombre valiente, no del hombre inteligente; recuérdese al Congreso de la Nueva Granada-en el año de 1832- declarar al asesinato de Sucre olvidado, un simple delito político. Este medio conforma un infierno especial para afrontar la muerte. Ante este prodigio de desdichas llega a decir Bolívar que hay cierto egoísmo en la pena del que sufre la muerte de un ser querido. El egoísmo de que tal vez no nos siga acompañando en el horrendo calvario de las injusticias humanas.

Bolívar había asumido siempre la muerte como la última posibilidad de reafirmar su hombría; era un recurso más para desconcertar al enemigo; otro privilegio de su naturaleza. Además, estuvo persuadido desde su juventud, de que, como llevaba una vida arriesgada en las grandes alturas del pensamiento, no podía tener una muerte vulgar, terrestre.

Los que nos quedamos vivos -le escribe Bolívar a Joaquín Mosquera el 3 de septiembre de 1829- sentimos a los que se van, aunque sabemos que la vida es un mal el dolor ante la muerte es el efecto maquinal de nuestro instinto, mas la razón me dice que me alegre ante ella, porque la muerte es la cura de nuestros dolores.

Antes de llegar a la muerte deberíamos quemar todas las posibilidades; penetrar en las raíces más abyectas y sublimes de la naturaleza. Haber calado hondo, en cada una de las responsabilidades asumidas, tanto que al final sintamos desdén, desgano, por hacer otra vez el mismo recorrido, aunque éste haya sido fastuoso, copioso, vital. El hombre de genio es quien dice: No, gracias, si al final le ofrecieran otra vez esta vida.

En realidad no sabemos para qué nacemos, ni cuál es el sentido ni el propósito de esta vida. Algún escéptico inteligente podría decir sencillamente que nacemos para morir. Nada más que para eso. Pero para morir -de tal modo que en la muerte encontremos la última posibilidad de ser hombres- se requiere de una osadía cruda y suicida. ¿No es acaso vivir fiel a uno mismo una actitud de frecuente desafío a la vida?

Acercarnos a la muerte requiere, ante todo, familiarizarnos con el silencio, con la soledad; vivir aislados del mundo y de sus pequeños accidentes; contemplarnos retrospectivamente en una situación de completa desnudez moral; ver en nuestro cuerpo temporal el cuerpo de otros millones de seres temporales que han volado sin dejar nada tras de sí; convencernos de que nuestras ambiciones, tormentos, esperanzas y locuras son todas vanas y no cambiarán el ritmo descomunal y vasto del universo.

La soledad nos disciplina para palpar serenos esa posibilidad de fundirnos de una vez con lo absoluto y lo eterno. Después de los 35 años parece que en el hombre todo ha concluido: el resto es una repetición devaluada, más o menos rancia, más o menos nueva, más o menos triste, del pasado. Nacimos solos y así debemos morir. Esa es la regla, la ley inevitable. Y debemos acercarnos a esta soledad valiente y decididamente. Esa madurez angustiosa no es más que el camino natural que nos familiariza con la muerte, y por eso después de los treinta y cinco -si no mucho antes- la angustia es el estado natural del hombre. Ese estado dominaba a Bolívar desde la muerte de su esposa.

Permítanme un inciso particular muy relacionado con las impresiones desoladoras del final de Bolívar. Cierta vez pregunté a una hermana mía -quien, por un extraño mal que sufría, palpaba de cerca su fin-: ¿Crees que afrontar la muerte también exige que abandonemos hasta nuestros más íntimos y queridos amigos? Ella respondió: Para la muerte hasta la amistad es un peso que no te deja ver claro. Ver claro es lo que queremos todos, aunque sea en el último minuto de nuestra existencia. Ante tu insignificancia no querrás enredarte en las palabras o en las ideas porque ya todo es inútil; querrás finalmente ser tú mismo en tus pensamientos y en tus actos; en una palabra, estarás enteramente solo, y sólo contigo hablarás, consultarás resignado la extensión del silencio y la oscuridad eterna que nos espera... Pero si has cumplido con tu deber, se siente la gracia de un consuelo en el morir. Así más o menos decía.

Añadió también que hallar nuestra propia realidad, la absoluta, es algo que nos compete de un modo individual. Que la amistad es una gran ayuda para sobrellevar la existencia; pero la soledad es la última realidad y el destino común de todos. Cada cual muere solo y nadie sabe lo que le espera. Si es que le espera algo. Tal vez eso que le espera es mejor que lo que ha tenido. Y me hizo esta pregunta: ¿No te has dado cuenta de que las personas se ofenden en secreto cuando se las ayuda, cuando se les da algo? Eso se debe al misterioso pudor que reclama nuestra soledad. Es decir, el hombre debería hacerlo todo sin ninguna clase de ayuda. Hermano, la muerte requiere de la más absoluta individualidad. Sólo tú sabrás como te entregarás a ella; nadie podrá ante ese hecho echarle una mano...

En aquellos días estuve dedicado a estudiar la vida del Libertador; sobre todo sus últimos días, y mientras mi hermana hablaba, pensaba yo en la pasmosa soledad de ese recorrido infernal de Bogotá a Santa Marta.

¿Y cuál es esa soledad? ¿Por qué la soledad es el último peldaño antes de irnos al diablo? Yo recuerdo que hice a mi hermana, otras preguntas al respecto y sólo saqué en claro que esa soledad representaba a Dios, la unidad, la integridad de nuestras vidas en un estado independiente del tiempo y del espacio. Es como el tránsito del caos a la integración, o nuestra desintegración definitiva en el caos

El mendigo iluminado

Dios concede la victoria a la constancia.

Bolívar.

Nos vamos a referir ahora a esa especie de mendicidad sagrada que sobrellevaban tanto Bolívar como Tolstoi. Sabemos que Tolstoi provenía de una de las familias más distinguidas de la sociedad rusa. Su abuelo, Volkolnski, era un orgulloso aristócrata terrateniente que se permitía una vida independiente ante los mismísimos todopoderosos de la vieja Rusia. Perteneció al séquito de Catalina la Grande y, después, fue embajador en Berlín. La familia de Bolívar tenía grandes propiedades y en sus antepasados se encuentran hombres de garra para la aventura, muy capaces no sólo de decir sus verdades, sino de hacerlas también realidad. Creían en lo que hacían y decían. Nosotros los latinoamericanos somos, tal vez, la raza más cercana al carácter poético, desgraciado y religioso de los rusos. De esa Rusia que se lee en los libros de Dostoyevski y Tolstoi.

Murieron los padres -tanto de Tolstoi como de Bolívar- - cuando éstos pasaban por los decisivos años de la infancia. Huérfanos, recibían sin embargo las mayores atenciones de familiares cercanos. Esta pérdida temprana del cordón umbilical materno los iba a dotar de una conflictiva y creadora imaginación. Dueños por herencia de extensas propiedades -con sus almas o esclavos-, convivían con la ausencia irremediable de lo que más se ama en nuestra niñez. Estos golpes, al lado de la magnificencia de sus bienes, mostraban prematuramente las nefastas complejidades y contradicciones del existir: hay que vivir con todas nuestras fibras, pasión y deseo antes que el Diablo nos lleve; o hay que jugarle una buena trastada al cielo o al infierno antes que nos atrapen. Con esta divisa entraron más tarde en el saco de los tumultos, ciudades y esplendorosos salones. Se entregaron a la autodestrucción: juego, mujeres, desafíos, derroche de lujo, placer y hastío. Esta suerte de vaciedad sobre sus genios conformaba una actitud de claro desprecio por la muerte. Poseídos del demonio, se convirtieron en engendadores de vida, cataclismos, odio, terror, ambición, envidia, amor, pureza, violencia, fe, agonía, consuelo y esperanza. Eran los hombres que se esperaban y que tanto habían tardado en llegar. Esta terrible prueba de fango y crimen dejó en ellos la marca de una mendicidad irreparable; una especie de mendigos iluminados. Tolstoi, una vez integrado en su caos, no quería sino abandonar la familia y al país natal: despreciar los bienes de

este mundo, apegarse a nada, vagar de lugar en lugar vestido de harapos de cáñamo, bajo nombre supuesto, sin hacer nunca mal a nadie y rogando de igual modo por los que lo hacen a uno objeto de persecución que por los que lo protegen a uno.

Veía en esta actitud la máxima verdad y el único modo digno de vivir entre nuestros semejantes.

De igual modo, Bolívar, a su manera, se acerca a la magnificencia milagrosa de la mendicidad. A ambos le tienen sin cuidado los bienes materiales y el frívolo provecho de la realidad inmediata. Han llegado al convencimiento consciente o inconsciente, instintivo o meditado- de que en el pedir, ya sea para el simple vivir o para hacer el bien, está la salvación del que da; algún merecimiento o justificación de nuestra permanencia. Que en nuestro sufrir y en nuestra angustia estamos pagando por alguien, por un pueblo, o tal vez por un continente entero.

Bolívar se bautiza de mendigo desde el instante mismo en que se hace soldado para salvar a la patria; su práctica de la mendicidad, comienza a tener notoriedad desde que pierde la plaza de Puerto Cabello y escribe a Miranda: De gracia no me obligue Ud. a verle la cara. El demonio de la humillación y de la mengua le persiguen inclementemente: abandona sus propiedades y arruinado y avergonzado es echado a Curazao, sin medio alguno para alimentarse, viendo su propia figura y destino con hastío y con horror. El mendigo va luego a la Nueva Granada a implorar ayuda para su pueblo. Un desconocido por demás extranjero y derrotado, tiene que soportar allí todos los infortunios de la vanidad y de la estupidez humana. Después de una sucesión angustiante de imploraciones, préstamos, insultos y amenazas, se adentra al mismísimo infierno de la degollina española. Sale de La Grita con un cuerpo de estropajos como él, cuya única esperanza está en darlo todo de sí mismos. Triunfa en Niquitao, triunfa en Los Horcones, triunfa en Taguanes, triunfa, triunfa... hasta llegar a Caracas... Escoge de escenario para la guerra sus hermosas posesiones agrícolas de San Mateo... Y luego, de nuevo, el delirio de la caída: sin dinero, sin ejército, sin patria, sin poder, vuelve a la indigencia más absoluta. Regresa a la Nueva Granada a implorar ayuda y es tratado con injuria y con desprecio por la sarna de la envidia y la ambición. Huye entonces a Jamaica a ordenar sus trastornados pensamientos y dolores. Imaginemos la miseria que representaba aquel territorio colonizado por los mercantilistas ingleses; él, sin embargo, lo arrostra todo sin queja ni vacilación.

Es Bolívar un poseso incurable de un sueño y de una esperanza total: ser plenamente libre para libertar a los demás. Se va a Haití, que podía ser el último lugar del mundo que alguien se imagina visitar para rogar una limosna; pero allá va él, con el zurrón lleno de fe y de locura. De allí sale con otro grupo de estropajos divinos que, hacía poco, eran el próspero negocio del colonizador europeo. La expedición no da los resultados esperados y Bolívar debe mendigar a Mariño un puesto desde el cual pueda servir a su pueblo. De desgracia en desgracia, recorre un inmenso territorio de desolación y muerte. En el Orinoco ve de nuevo la estrella de su fortuna y emprende el camino del Sur. Siendo el héroe definitivo de las batallas de Boyacá, Carabobo y Bomboná, no deja sin embargo de mendigar a Santander y a sus secuaces la libertad del Perú. Mendigando pudo también reunir en Panamá a algunos representantes, para que América Latina se

sintiera fuerte, unida, con fe en sí misma, con dignidad entre las naciones del mundo. El peregrino incurable habrá de implorar incansablemente: ¡Unión! ¡Paz! ¡Seguridad! ¡Leyes implacables contra el delito y la corrupción!... Inútil. Diputados y congresos se burlarán de él. El 25 de septiembre de 1828 la estulticia "liberal" lo hace que se esconda por tres horas bajo un puente: ¿Se ha llegado a peor mengua de habilidad para sobrevivir en este mundo?

Al final, la noche

Prefiero una derrota a una capitulación.
Bolívar.

En las cercanías de la muerte cada cual "busca una isla" para saldar sus remordimientos y tristezas. Tolstoi desesperado sale hacia una estación de trenes para ver si consigue algún lugar más allá de la inmensa Rusia que ya le ahoga, que le martiriza. Quiere huir de todo; hasta el propio caminar sobre la tierra le es molesto, odioso. Sólo compenetrarse con la oscuridad eterna es lo que piden sus nervios, su impaciencia; pero debe esperar resignadamente que le llegue el último día. Su muerte, su destino, no le pertenece. Él ha sido un escogido. Bolívar también huye y no sabe de qué. Después de renunciar a la presidencia de Bogotá, siente un abismo terrible con lo viviente: No sé a dónde iré -dice en una carta a Gabriel Camacho el 11 de mayo de 1830-; . . . no me iré todavía a Europa hasta no saber en qué para mi pleito, y quizás me iré a Curazao a esperar el resultado, y si no a Jamaica; pues estoy decidido a salir de Colombia, sea lo que fuere en adelante. También estoy decidido a no volver más, ni a servir otra vez a mis ingratos compatriotas. La desesperación sola puede hacerme variar de resolución.

La confusión, la duda, la esterilidad de todo esfuerzo, lo atormenta. Huyendo de Bogotá, va en busca de algo que él mismo no sabe. Tal vez es Dios ese algo; a falta de todo, Dios es un consuelo. Recuérdese aquella caminata que hace con Posada Gutiérrez, se queda meditabundo con la cabeza sobre el pecho viendo las hermosas extensiones de aquellos paisajes alrededor del río, y dominado por el trance vecino de la disolución exclama: ¡Qué grandeza, que magnificencia! Dios se ve, se siente, se palpa. ¿Cómo puede haber hombres que lo nieguen?

Y Tolstoi mientras huye con su hija Alejandra va diciendo cosas parecidas: Esta vida no es sino un proceso por el cual el alma se libera de las insidiosas ilusiones del yo. Nuestra lucha interior es el camino hacia la libertad, y podemos regocijarnos de que la vida consista en ese proceso de liberación. No, hija querida, nunca consideres a la soledad como una carga. Te llevo a ti en esta huida, en este camino doloroso, porque tú sabes que ya no puedo valerme por mí mismo. Sí, claro, te lo agradezco infinito; pero hija, no olvides que cuando más lejos estemos de los hombres, más próximos estaremos de la comunión con Dios. Eso es lo que busco, mi soledad, para ver si lo encuentro, si

tengo antes de la muerte la sencillez de todas las verdades, la gloria de encontrar al fin mi propio camino. Sólo a través del contacto con Dios podemos entender a nuestro vecino; todo lo demás no traerá sino momentos embarazosos, egoísmos miserables. Cualquier otra comunicación que no sea con Dios no hará sino separarnos los unos de los otros. Sigamos, que él nos ha señalado ya este camino...

Bolívar había dicho una vez que, como la muerte no se lo llevaba todavía, debía apresurarse a esconder la cabeza entre las tinieblas del olvido y del silencio antes que el granizo de rayos que el cielo hacia vibrar sobre la tierra lo tocara convirtiéndolo en polvo, en ceniza, en nada. Sería demencia de mi parte - añadía- mirar la tempestad y no guarecerme de ella. Bonaparte, Castelreagh, Nápoles. Piamonte, Portugal, España, Morillo, Ballesteros, Iturbide, San Martín, O Higgins, Riva Agüero y Francia, en fin, todo cae derribado, o por la infamia o el infortunio; ¿y yo de pie?, no puede ser, debo caer.

Y es cuanto . trata de hacer ahora, guarecerse de la destrucción inevitable que se avecina.

Por otra parte, los políticos de partido desean su muerte porque Bolívar les agua la fiesta. Hay que joder a ese viejo que se interpone en todo. Así al menos se expresaron algunos de los que conspiraron contra él en el fétido atentado de septiembre. Ese estilo fecal de la carroña liberal se iba acrecentando. Cosas más o menos parecidas le pasan a Tolstoi poco antes de su famosa huida. Va por un camino a caballo, recorriendo sus propiedades de Yasnaya Poliana y alcanza una carreta llena de labriegos. Le miran de arriba a abajo frunciendo el ceño y escupiendo. Se detiene y alguien sale del grupo y encarándose con el escritor le dice: ¿Todavía estás vivo, viejo cerdo? ¿No te quiere el demonio? Debiste morir hace tiempo ya. Has vivido demasiado. ¡Miren qué caballo viejo y sarnoso!...

Tolstoi asombrado pregunta: ¿Qué quiere decir usted? Soy Tolstoi, de Yasnaya Poliana. El viejo se da un golpe en la pierna, da media vuelta y agrega: Te conocemos bastante bien, viejo chupa sangre. Deberías irte con. . .

Los dos - Bolívar y Tolstoi- en aquellas circunstancias tienen dudas similares: Necesito ser liberado de las admiraciones y loas de los hombres y vivir sólo para mi alma. . . Las dudas se acumulan en mi mente de si no sería mejor que me fuese, que desapareciera. Trato de no hacerlo así porque no sería únicamente sino para mi propio bien, para escapar de una vida emponzoñada por todos lados. Creo, sin embargo, que es necesario para mi soportar esta vida.

Bolívar deja a Bogotá y ha emprendido el largo camino que lo llevará a la costa. Va diciendo de sus conciudadanos: Todo el mundo cae en un frenesí de devorarse como antropófagos. Lee los periódicos donde se le denigra y de vez en cuando consulta la lista de los diputados de Cartagena, Santa Marta, Mompox, Pamplona, Barinas, Mérida y Maracaibo. De ellos había dicho, un año antes, que eran más o menos respetables; la nueva situación los ha hecho cambiar bastante. ¿Y cómo no van a cambiar, si son politiqueros a la expectativa sólo de sus intereses personales? Los más viles hacen público no sólo el deseo de que a Bolívar se le despoje de todo, dejándole morir como a un perro sarnoso, sino que buscan inspirar en el pueblo un odio desmedido para que lo

vejen, lo insulten y se haga con él lo que ya se tiene decidido para con el Mariscal Sucre, su hijo. El gobernador de Maracaibo -por ejemplo-, Juan Antonio Gómez, pide constantemente informes de los pasos de Bolívar, de su salud; quiere hacer un carnaval el día de su muerte.

En las cartas de sus últimos meses se siente en Bolívar la misma ansiedad que en Tolstoi ante las revelaciones de la muerte: En la revolución, tan infausta es la derrota como la victoria; siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte: los españoles se acabaron bien pronto; pero nosotros, ¿cuándo?. . . Consolémonos con que, por triste que sea nuestra suerte, siempre será más alegre que nuestra vida.

Toistol salía huyendo de su casa, por el histerismo de su mujer y los actos criminales del gobierno zarista. Algo parecido había sacado a Bolívar de Bogotá: la intriga, el egoísmo, las infamias de los partidos. Todo eso conformaba una situación tan irritante como la de soportar una mujer histérica, vieja y celosa.

Bolívar había vacilado mucho tiempo para emprender su huida; lo mismo le pasaba a Tolstoi. Bolívar no quería abandonar a la Gran Colombia, donde se resumía toda su obra, sus sueños de independencia. Sucre le había dicho una vez: La creación de Colombia sólo U. la completa. Este es el tesoro que Ud. debe guardar como un rico avaro, y es posible que lo roben al menor descuido.

En Yasnaya Poliana se concentraba para Tolstoi todo su pasado familiar, sus mejores recuerdos y también la esencia moral de la vieja Rusia, su tradición religiosa. . . Allí concibió las bases del famoso programa político de la no violencia, el que Gandhi llevará a cabo más tarde en la India, con el nombre de Satyagraha.

Pero la condesa Sofía, su mujer, se oponía furiosamente a la filosofía humanista de Tolstoi. Le amenazaba con suicidarse, gritaba en medio de las reuniones intelectuales en su casa, diciendo que quería verse libre de los ladrones que rodeaban a su esposo, e incluso de Tolstoi mismo. En aquellos tiempos, quienes visitaban al escritor experimentaban en presencia de Sofía un constante sentimiento de vergüenza. Tolstoi, quien prefería callar y ver a los lados con sus ojos pequeños de fiera atormentada, solía decir que Dios castiga al que ama. Escribía en su diario: Si esta mujer comprendiera cómo ella sola emponzoña las últimas horas, días y meses de mi vida. No sé cómo decírselo y no tengo esperanza alguna de que cualquier cosa que le diga pueda ejercer el más ligero efecto sobre ella.

Exactamente le pasaba a Bolívar con los pleitos de partidos. ¿Recuerdan ustedes cómo, desde su lecho de muerte, trata de reconciliar a Fernández con Murgueza, a Briceño(1) con Urdaneta, etc.? Cordura y entendimiento les pide a Mosquera y Vergara, tacto y moderación a Montilla. Era un estado similar de angustia y depresión moral. Escribe al general Montilla el 27 de octubre de 1830: Estoy desesperado con los hombres y con las cosas y mucho más al ver el empeño que hay en que yo haga lo que no puedo y lo que no podría el más grande de los hombres: la restauración de Colombia. A sólo diez días de su muerte increpa duramente al general Urdaneta: Debo confesar que la última que he recibido con fecha del 21 del pasado me ha causado bastante disgusto: las diferencias entre Ud. y Briceño, pueden ser causa de muchos males... Las reflexiones de

Ud. me han sido muy sensibles y no puedo figurarme con qué objeto han sido dirigidas. . Si las diferencias entre Ud. y Briceño aparecen bajo otro aspecto y no como resentimientos personales, no alcanzo a comprender por qué Ud. me hace indicaciones tan extrañas a la amistad que lisonjeo existe entre nosotros. Pero no hablaré más de un negocio desagradable, que yo espero en adelante que cese de ser una nueva tea de discordia.

Y una de las cartas más dolorosas, la última que escribió, a menos de una semana de su muerte, dice a Justo Briceño: En los últimos momentos de mi vida, le escribo ésta para rogarle, como la única prueba que resta por darme de su afecto y consideración, que se reconcilie de buena fe con el general Urdaneta y que se reúna en torno del actual gobierno para sostenerlo. Mi corazón, mi querido general, me asegura que Ud. no me negará este último homenaje a la amistad y al deber. Es sólo con el sacrificio de sofocar sentimientos personales que se podrán salvar nuestros amigos y Colombia misma de los horrores y de la anarquía. . . Reciba, mi general, el último adiós y el corazón de su amigo.

¡Ah, Colombia, su sueño, su viejo amigo no había correspondido a la grandeza del Libertador! El había sacado del barro a sus hombres, y una vez levantados, sacudidos, echados a andar, no pudieron estar a su altura. En esa fantasía tuvo sus mayores delirios, la gloria, y también los peores dolores, la más triste y amarga decepción. Colombia fue una estrella cuyo brillo se alzaba más allá del Atlántico, más allá del Pacífico; pero fue un brillo pasajero, que encandiló su mente y lo dejó vagando ciego entre monumentos caídos, deshechos. Cansado e impotente para restaurar tanta perdición, Bolívar ya no quería huir de Colombia sino de si mismo. Si Colombia no estaba a la altura del reformador, no podía haber entonces ni mando ni identidad de almas; era vano hablar, pretender enseñar y gobernar. Colombia merecía un criminal como Obando o un ambiguo como Santander; pero jamás a Bolívar.

Fue así como Bolívar comprendió que en el mundo sólo Dios le quedaba. Ese Ser que es lo único que nos queda en el aislamiento absoluto, en el silencio total. Se acercaba a El en el mismo estado religioso, profundamente pacífico y de comprensión con que Tolstoi había predicado su filosofía moral. Ambos convergían desde caminos completamente diferentes a la filosofía de la no violencia, única arma que verdaderamente cambia a los hombres. Fue una profunda realidad la que lo sobrecogió en sus últimos meses de vida, y que en un nuevo estado semejante al del pacifista Gandhi, le llevó a decir a su amigo Turner: Créame usted que nunca he visto con buenos ojos las insurrecciones; y últimamente he deplorado hasta la que hemos hecho contra los españoles.

Por caminos bien distintos ambos genios llegaron a la conclusión de que ni la literatura ni la violencia política transformaban a los hombres. Alguien podía preguntarse cómo Bolívar iba a denigrar de la guerra y de la violencia cuando su propia grandeza y gloria surgió de las batallas.

Para Tolstoi, su lucha estaba en el arte, ¿y no llegó a denigrar de la literatura? En los últimos años de su vida, los dos pensadores coincidían en que la verdadera libertad la

posee el hombre elemental, desnudo de toda máscara, de toda pose o uniforme intelectual. Bolívar dice: El talento sin probidad es un azote. Por su parte Tolstoi exclama:

La conciencia es el mayor de los males que azotan a la humanidad; en otra oportunidad:

Una inteligencia muy grande es odiosa.

El Libertador se quejaba frecuentemente de su oficio de muerte; Tolstoi dice que había sufrido mucho la tentación y el pecado de escribir.

Al igual que Tolstoi, ya Bolívar no tiene mucha fe en que la gente comprenda su actitud ante la vida. Tolstoi ha provocado una conmoción religiosa en el mundo; pero no espera que de ella se obtenga un bien eficaz para la humanidad. Sabe que la mayor parte de esas entusiastas identificaciones no provienen de la ardua experiencia de la vida; que están sólo en la corteza fantasiosa de la masa. El mismo Tolstoi está avergonzado del amor que le profesan, porque su casa le parece la misma representación del más bajo escándalo. Sofía, su mujer, discrepa de su desprendimiento, lo cela de cuantos lo admiran y le quieren. Sus celos son pugnaces, demenciales. Me siento enfermo para siempre -escribía Tolstoi en su diario-... Por el momento, todo lo que deseo es retirarme y no tomar parte en nada. Por otra parte, ya he pensado en irme. Dudo que mi presencia aquí sirva de algo a alguien. Un duro sacrificio, perjudicial para todos. Ayúdame, Dios. Enséñame. Sólo deseo una cosa: hacer tu voluntad y no la mía...

El itinerario amargo de Bolívar desde Bogotá hasta Santa Marta es conocido por todos. No nos detendremos en aquellos días lentos de su patética desesperanza, porque no está a nuestro alcance llegar hasta su dolor. Trataremos de acercarnos desde otro ángulo: el del perfil mudo de su martirio acosado por la intriga, la ingratitud y el escándalo, los tres colores del emblema nacional. Un acuerdo colectivo se apodera de los cuatro costados de la moribunda Colombia. ¡Qué se lo lleve al diablo! es el diario sonsonete que flagela la caravana que huye y lleva el cuerpo destrozado del Libertador.

El mundo continúa su curso indiferente, indolente ante la caída inevitable de aquel hombre que había deshecho su vida por libertar cinco naciones. Pasa por pueblos desolados sopesando lo estéril de su grandeza, de su pasado, y viendo en todo lo que llama su atención la presencia de la Fuerza inefable y oscura que en pocos días lo borrarán de la tierra. Al lado de un riachuelo se detiene para contemplarse a sí mismo en el espejo de la nada: ¿Cuánto tiempo -dice- tardará esta agua en confundirse con la del inmenso océano, como se confunde el hombre en la podredumbre del sepulcro con la tierra de donde salió? Una gran parte se evapora y se utiliza como la gloria humana, como la fama...

Pero como la gloria no es para los seres terrestres y hay que disfrutarla en las alturas, allí uno está solo y siempre expuesto a la maldición de las masas y de los seres inferiores -que por desgracia son siempre mayoría.

Ha sacudido Bolívar a un continente esclavo, insolente y dormido, y lo que ha hecho es erizar una banda de tiranos sin escrúpulos, sin ideas, sin orden ni fe en nada. ¿De qué le

ha valido ser el hombre más asombroso de la América del sur, como una vez dijera San Martín? Sobre el amarillo de la polvareda salvaje va recordando las palabras de Sucre: La muerte es un dulce término si Colombia es desgraciada.

El Bergantín Manuel, que traía al Libertador de Sabanilla, ha llegado a Santa Marta en la noche del miércoles 1º de diciembre de 1830. Está muy mal Bolívar, los amigos que le rodean descubren en sí mismos cierta vergüenza, un ahogo lacerante, un silencio sobrenatural. Bolívar está hecho un cadáver, lívido, descarnado. En el horizonte no hay más que la muerte, y las miradas están empapadas de muerte. No hay por lo tanto aproximación vital entre él y las sombras frágiles de sonrisas vagas, que le saludan. Jamás Bolívar ha sentido tan lejanos a los hombres. Tan infinitamente lejanos. Está al borde del mundo invertido de la imperfección: allí donde no habrá aire, ni fatigas, ni luchas espléndidas o sagradas, ni hombres, ni envidia, ni sol. Así como siempre cumplió con su deber mientras fue fuerte, vigoroso, sonreía ahora indiferentemente viendo que también estaba preparado para cumplir con su final: Encomiendo mi alma a Dios-dirá en su testamento-, nuestro Señor, que de nada la creó, y el cuerpo a la tierra de que fue formado...

El viernes, diez de diciembre, los amigos del Libertador saben que puede morir de un momento a otro. Comienza entonces cierta movilización para organizar los funerales. Había dicho Bolívar en su testamento que dejaba a disposición de las albaceas mi funeral y entierro y el pago de las mandas que sean necesarias para obras pías, y estén prevenidas por el gobierno.

Pero cuando se dirigen al gobierno para conseguir las tablas y los clavos para la urna, las autoridades se niegan a darlos; según ellos eran órdenes superiores. Perplejos preguntan los amigos del Libertador: ¿Y hasta cuándo son esas órdenes, señor?

-A mí no me pregunten, yo aquí soy sólo un subalterno.

Don Evaristo Uzuela, noble samario, se adelanta y dice:

-¿Pero no sabe Ud. que si no fuera por Bolívar, no estaría investido de autoridad alguna en Colombia?

-Al menos podría hacernos un préstamo

- señaló don Pedro Díaz Granados-; sabe usted que el Libertador tiene unas minas en Venezuela.

El oficinista repitió lo de las órdenes recibidas: que no podía entregar dinero para el Libertador ni vivo ni muerto. Ordenes eran órdenes, y excusándose dijo que estaba ocupado.

Entre aquella comitiva que recolectaba para la urna se encontraban también los señores José Manuel Valdés, José Jimeno y José Carreño. Se preguntaban estos generosos señores ¿Qué hacer? Pedir ayuda a Venezuela no podían, porque Páez había proscrito al Libertador, y además, a aquellas alturas de un mal tan avanzado no había esperanza alguna de que nada llegara a tiempo.

Iban por las calles nuestros amigos, acosados de un raro malestar y de una fatiga preocupante. A pocas cuadras se toparon con el coronel Joaquín Mier, quien se les apareció como un milagro. Al contarle lo infructuoso de las gestiones Mier aconsejó visitaran la cárcel de Santa Marta. Allí podían encontrar ayuda.

- ¿La cárcel? -preguntó don José Carreño-

-El alguacil allí -recordó Jimeno- es gran admirador de Bolívar.

Bromas horribles tiene a veces la fatalidad. Un muerto es siempre respetable, porque al menos ha entrado en el misterio que todos afrontamos, contra el que luchamos desde nuestro nacimiento; estado absolutamente irracional que llama a la meditación, a la piedad, al amor. Ante el acto de la muerte no tienen sentido los odios, las pasiones, la venganza. Es el momento supremo en que la nada se anticipa a toda plegaria, a toda reflexión filosófica o religiosa. Y por respeto a ese misterio infinito iban aquellos patriotas camino a la cárcel. El hecho material de poder conseguir unas diez tablas, tachuelas negras o doradas, era en sí una necesidad, un deber legítimo del hombre, un instante de sagrada comunión con el silencio, la oscuridad absoluta.

Por otro lado Bolívar había pedido en su testamento que sus restos fueran llevados a la ciudad de Caracas, su ciudad natal. Aquello era mucho más difícil. Los amigos de Bolívar pensaban que con la muerte se podía conseguir alguna forma de conciliación con Páez; tal vez se apiadara un poco del cuerpo ya inerte del infatigable luchador y permitiría que se cumplieran los deseos de aquel testamento. Ilusión vana, como veremos más tarde. Páez no quería a aquel muerto ni en broma, ni siquiera en pintura.

Iba aquel grupo de amigos silenciosos, pensando tal vez en todo menos en ellos mismos. Unidos por un hombre que habían conocido y admirado y cuyas glorias tenían un peso y una proyección simultánea y permanente en todos los colombianos. (¿No es acaso este simple estudio del Libertador un ejemplo presente del dolor de Bolívar?).

Sí, las tablas y los clavos dorados y las cabuyas eran necesarios para cerrar con una costumbre de siglos la simple trayectoria de un hombre. Aquellos amigos iban dominados por esa realidad sobrenatural, que al igual que la belleza, la verdad o el amor está más allá de toda razón posible.

Inverosímiles y grotescos eran los movimientos que hacían nuestros amigos para organizar los funerales de Bolívar; pero así es la vida. Tal vez la prolongación de la vida de algún preso moribundo facilitaría el cajón.

El alguacil, generoso, ofreció toda su ayuda; pero no era suficiente para cubrir ni siquiera la tercera parte de los gastos. Eran nobles de corazón aquellos hombres, y aunque no querían acto pomposo, al menos una ceremonia sencilla y decente.

Como último medio para asegurarse de que no faltara al menos la urna, se hizo una colecta. Se conoce una lista fechada el 12 de diciembre que puede verse en el libro de Gabriel Pineda Bolívar frente a la muerte, que nos habla de pequeñas contribuciones, hechas en pesos sencillos que se componía de ocho reales.

Una tal María Telésfora Romero, vendió al señor Diego Sojo media docena de tablas por siete pesos y que se utilizarían para el ataúd. El mismo Sojo compró a Narciso Góngora 525 clavos por 2,05 pesos, 600 tachuelas por 1,04 pesos, 50 de las doradas por 1,02, hilo de carrete, hilo negro, 4 cabuyas, etc.

Ya para el 14 de diciembre la urna estaba casi lista; restaba saber dónde se enterraría. Aquí se inicia otra serie de consultas, hasta que finalmente los Díaz Granados -que también habían contribuido para hacer la urna- ofrecen un sepulcro, propiedad de la familia, ubicado al pie del altar de San José, en la catedral de Santa Marta.

Finalmente, el 17 de diciembre, a la una de la tarde, muere el Libertador.

El reducido grupo de amigos de Bolívar consiguió entre los vecinos una camisa limpia para sepultarlo decentemente. Aquella muerte, al mismo tiempo, iba a traer muchas alegrías secretas, algunas tal vez sañas, otras viles, que no pudiendo contenerse iban a estallar en las grotescas revelaciones de un tipo americano pérfido, infernal, común denominador de los grupos partidistas. El 21 de enero llega a Maracaibo la noticia, y el gobernador Gómez, no pudiendo contener su contento, corre a dar la buena nueva a su gobierno: Todos los informes y todas las noticias están acordes; me apresuro a participar al gobierno la nueva de este gran acontecimiento, que seguro ha de producir innumerables bienes a la causa de la libertad y felicidad del país: Bolívar, el genio del mal, la torcida de la discordia o, por mejor decir, el opresor de su patria, ha dejado de existir y de promover males, que sin cesar llovían sobre sus compatriotas... Su muerte que en otras circunstancias, hubiera sido un día de duelo para los colombianos y les hubiera impresionado dolorosamente, hoy es motivo poderoso de regocijo, porque viene a constituir la paz y la tranquilidad de todos... Me congratulo con Usía por tan plausible noticia. . .

En el sepulcro, propiedad de Díaz Granado, fue enterrado el Libertador, el día lunes 20 de diciembre. No se puso ninguna lápida en la tumba sino meses más tarde. Después el capitán Joaquín Anastasio Márquez donó una lápida que hizo tallar e inscribir en los Estados Unidos; pero para entonces, ¿se encontraban los restos en la bóveda de los Díaz Granado?

Misterios. ¿No era acaso el cuerpo muerto de Bolívar como el de cualquier otro muerto: polvo, cenizas, barro? Es posible, seguramente no hay ninguna diferencia; pero. . . ¿quién ordenó el traslado? Se dice que Manuel Bizais, aunque en esto hay también dudas. Pero la naturaleza, que nunca se equivoca, se adelanta a las hipocresías, y en 1834 un terremoto sacude a Santa Marta y destruye parte de la nave de la catedral. Al parecer se hacen nuevos cambios de cadáveres y sigue una serie de insólitas confusiones y dudas.

Años más tarde, el mismo Páez ordenó el traslado de los restos del Libertador a Caracas, y según todos creen ahora, se encuentran en el Panteón Nacional, de esta ciudad. Pero la naturaleza, alerta, hizo su trabajo: no permitió que aquellos venezolanos, aduladores de Morillo, infames soldados de Boves -más tarde soldados de Páez-, esclavos de Morales y Calzada, serviles alcahuetes de Mariño, Santander, Obando y demás "liberales", fueran a su tumba hipócritamente a hacer honores decorativos en

presencia de sus restos. Por más de cien años han estado orando, discurseando, sobre el polvo de algún mandria colombiano o realista, muy propio y adecuado para intrigantes partidistas. Ironías y bromas del destino. En fin, hay uña burla, un adulterio moral, una desgraciada confusión, una historia culpable y vergonzosa.

Antes de terminar quisiera decir algo sobre el doble fondo patético y trágico de la huida y de la muerte de Bolívar y Tolstoi. Al final recibieron las extrañas exequias que hablarían de un estado de contrariedad y de ironía eterna que está detrás de todas las vidas geniales: Tolstoi, que fue casi siempre un hombre encerrado en su cuarto de trabajo, reescribiendo hasta catorce veces una misma novela, un humanista, moralista y religioso alejado de los tumultos, murió rodeado de una mayoría de fantoches y fanáticos religiosos; gente frívola, imitadora de toda moda, carente de personalidad, sin decisiones propias; delegaciones oficiales, turistas, cameramen; en general, gente disipada, desorbitada y tonta. Por el contrario, Bolívar, hombre público por más de veinte años, pero tan solitario como Tolstoi en los asuntos de profunda trascendencia moral y espiritual, murió rodeado de unos pocos amigos; abandonado de los miles de soldados que dirigió, de los políticos que formó; rodeado sólo de desierto y abandono; aislado de los pueblos lejanos que le alabaran y vitorearon, y de las mujeres que le amaron. San Pedro Alejandrino, el 17 de diciembre de 1830, fue un lugar silencioso, triste y oscuro como el fin que nos espera a todos... ¡Vaguedades del eterno adiós!

1.-Justo Briceño